

Sophie Saint Rose

El juego

del

Amor



El juego del amor

Sophie Saint Rose

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

Capítulo 14

Epílogo

## Capítulo 1

—¡Abuelo, ya he llegado! —gritó Diana desde el hall colgando el abrigo y la bufanda. Como no le contestó, frunció el ceño apartándose sus largos rizos morenos del hombro—. ¿Abuelo? —Metió la cabeza en el salón. —¡Abuelo, tengo noticias!

Atravesó el salón y abrió la puerta del jardín, pero allí tampoco estaba. Miró hacia arriba y su corazón dio un vuelco porque no era normal que a esa hora no se hubiera levantado. Ya era medio día. Con el corazón en la boca corrió escaleras arriba y abrió su puerta de golpe gritando del susto al ver a su abuelo con la cabeza metida entre las piernas de la vecina de al lado, que totalmente en pelotas la miró con los ojos como platos. Gritó horrorizada tapándose los ojos antes de gritar de nuevo girándose y golpeándose con la puerta para girarse de nuevo sin quitar la mano de los ojos y golpearse contra el marco.

—Oh, por Dios —dijo su abuelo exasperado—. ¡Diana, no pasa nada!

Teniendo esa imagen en la retina chilló de nuevo saliendo al fin de la habitación. ¡Mierda! ¡Era algo que le dejaría un trauma seguro! ¡Hasta su

abuelo ligaba más que ella!

Puaj, quería morirse, pensó bajando las escaleras a toda prisa para coger el abrigo. —¡Bueno... sigue con lo tuyo! —Gimió poniéndose el abrigo. —Quiero decir... ¡Te quiero, abuelo! ¡Señora Turner... su tarta de manzana me encantó! —gritó todo lo que pudo abriendo la puerta—. Mierda, voy a tener que ir al psicólogo. Eso me pasa por venir sin avisar. —Madre mía, cómo se estropeaban los cuerpos. Sí, definitivamente necesitaría un psicólogo. ¿Trabajarían en sábado? Necesitaba una guía de teléfonos. Cruzó la calle corriendo casi atropellando a Billy que pasaba con su bicicleta de ruedines y entró en la casa de su padre cerrando de un portazo. —¡Estoy en casa! — Como no le contestó gritó con fuerza —¡Papá!

—¡Estoy en el jardín!

—Menos mal, porque sería como entrar en otra dimensión.

—Voy preparando café.

—¡Voy ahora!

Cinco minutos después su padre no salía de su estupor con la taza de café en la mano sentado frente a ella en la mesa de la cocina. —¿Con la señora Turner? —preguntó con los ojos exageradamente abiertos mientras la veía mirar en las páginas amarillas psicólogos de urgencia antes de poner cara de asco. —Uy...

Su hija levantó la vista de la guía y le señaló. —¡Esa! ¡Esa es la cara que debí poner yo! —Miró la guía y pasó las páginas a toda prisa. —Leche, esto es Nueva York, tiene que haber psicólogos que trabajen en sábado. Si hay uno en cada esquina.

—Hija, tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Y ahora a ver con qué cara le miro. A mi abuelito del alma. ¡Los abuelos no practican sexo! Los abuelos son personas que te quieren con locura, que te consienten y que sentados en su sofá te dan el regalo de Navidad mientras cuentan historias de personas que están bajo tierra y que realmente no escuchas. ¡No hacen sexo! Solo de pensarlo se me ponen los pelos como escarpas. ¡Ni siquiera los padres tienen sexo! —Su padre iba a decir algo. —¡Ni se te ocurra! —Abrió sus ojos verdes como platos. —¡Ya lo sé! En el hospital tiene que haber uno para este tipo de urgencias.

—Diana...

Se señaló la sien. —Lo tengo grabado aquí. Esto es un trauma para toda la vida. Te lo digo yo. —De repente su padre se echó a reír a carcajadas. —¡No tiene gracia! ¡Cómo se nota que tú no lo has visto! Es como un accidente de coche. ¡No puedes dejar de mirar y cuando te das cuenta de lo que has visto no se te quita de la cabeza!

Escucharon un portazo. —¡Ya estoy aquí, familia!

Los dos miraron hacia la puerta de la cocina y por allí apareció su abuelo con su barba blanca de tres días y sonriendo radiante como si fuera el hombre más feliz del mundo.

—Oh, Dios. —Evidentemente mucho más avergonzada que él, se puso como un tomate y su abuelo chasqueó la lengua.

—Mi niña, tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Te aseguro que no necesitaba saber que tienes pelos en el trasero, abuelo —dijo con cara de asco—. Por cierto, ¿sabes que existe algo que se llama depilación?

Su abuelo se sonrojó. —A Gertu no le importa.

—¡Ja! Te aseguro que le importa. ¡A todas nos importa! —Volvió a mirar la guía antes de chillar. —¡Miraré en internet! —dijo alterada levantándose—. Con lo contenta que estaba yo... ¡Pero ahora no te llevo! Que igual te me despendolas y ya tienes una edad...

Padre e hijo se miraron sin entender nada. Bill le preguntó a su hijo —  
¿De qué habla?

Éste se encogió de hombros sin perder de vista a Diana que había cogido el portátil del bolso y lo estaba encendiendo sentándose de nuevo. —  
Hija, ¿de qué hablas?

—Del viaje a las Vegas —respondió distraída—. Vamos, enciéndete

de una vez... —Chasqueó la lengua. —Este portátil cada día funciona peor.

—¿Viaje a las Vegas? —preguntaron los dos a la vez acercándose por encima de la mesa.

Levantó la vista exasperada. —¡Me lo habéis fastidiado! ¡Me ha tocado!

—Robert, pregúntale tú, que me está poniendo nervioso.

Su padre rodeó la mesa sentándose a su lado. —Vamos a ver, cielo. Despeja esa mente tan atolondrada que tienes y explícanos de qué viaje hablas.

—Muy gracioso, papá. —Miró sus ojos castaños. —Pues que la agencia de enfrente de donde trabajo acaba de abrir y por ir a visitarla para informarse, ya participabas en un viaje a las Vegas de una semana con la familia. Yo por supuesto os apunté a vosotros. —Sus preciosos ojos brillaron. —¡Y me ha tocado a mí! ¿A que es increíble? Me llamaron ayer por la noche y yo quería daros la sorpresa. —Miró con rencor a su abuelo que se sonrojó. — Pero la sorpresa me la he llevado yo.

—Niña, el sexo es algo natural —farfulló su abuelo—. Hay que ver cómo te pones.

—¡Es que descubrir que tu abuelo es un Don Juan con una pata en la tumba, es muy gordo! ¡Y verlo aún más! ¡Abuelo, si le sacas veinte años!

—Me van jovencitas, ¿qué pasa?

—¿Nos ha tocado un viaje a las Vegas? —preguntó su padre encantado de la vida.

Diana le miró con desconfianza. —Uy, uy... Voy a llamar al cura. ¡Eso! —Chilló levantándose—. Es más barato que un psicólogo y mucho más práctico porque está aquí al lado.

Robert la cogió de la muñeca sentándola de nuevo. —Mejor dejemos al padre Jeremy fuera de esto. —Su abuelo se puso a su otro lado con una sonrisa que ponía los pelos de punta. Miró a su padre que tenía una sonrisa igual. La estaban rodeando. —¿Y para cuándo es el viaje, cielo?

—Tendríamos que irnos dentro de una semana. —Levantó la barbilla. —Pero me lo estoy pensando.

Su padre cogió su mano. —¿Pero qué te vas a pensar, cielo? ¡Un viaje a las Vegas! Qué bien lo vamos a pasar.

—Ya, pero las Vegas es el centro de la depravación y el vicio. —Fulminó a su abuelo con la mirada. —¡Y mira tú por donde ese es un picha floja! Qué ciega me tenías.

—¡Niña! —Su abuelo la miró ofendido. —Es mía y con ella hago lo que me da la gana. ¿Acaso te digo yo lo que debes hacer?

Le miró atónita. —Sí, a todas horas.

—¡Es que yo sé mucho de la vida!

—Papá déjame a mí. —Sonrió dulcemente apretando su mano para que le mirara. —Hija, nunca salgo de Brooklyn. Y nunca nos hemos ido los tres de vacaciones. Tienes un corazón enorme por escogernos a nosotros para ir contigo.

—Yo también pensaba que era genial, pero...

—¿Qué te preocupa? —preguntó Bill poniéndole una mano en el hombro—. Lo pasaremos muy bien.

Bufó porque estaba claro que lo que había visto en la casa de su abuelo la había alterado. Miró el ordenador sin verlo realmente. —No sé.

Su abuelo suspiró sentándose a su izquierda. —Sé que siempre me has visto como tu abuelo, pero también soy un hombre.

Ella entrecerró los ojos girando la cabeza lentamente hacia él. — Precisamente porque me acabo de dar cuenta de que eres un hombre me lo estoy pensando. ¡Allí hay mucha lagarta suelta y te casan en una noche!

Su abuelo y su padre se echaron a reír. —Eso no nos va a pasar a nosotros, cielo. ¿Nos imaginas casados de nuevo? Si estamos muy bien así. — Su padre perdió la risa de golpe al darse cuenta de lo que acababa de decir. —Que eso no significa que no disfrutara mucho de la vida de casado con tu santa madre.

—¡Pues no lo sé, porque nunca os he visto juntos! Y deja de hablar de ella como si estuviera en el otro barrio. ¡Vive en las Vegas! —Le señaló con el dedo. —Ni se te ocurra acercarte a ella.

—Ni se me pasaría por la imaginación, te lo aseguro —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Que no, cielo. Cada uno a nuestra vida. —Su padre la miró mosqueado. —¿No habrás participado en el concurso para conocerla?

—No, claro que no. —Se sonrojó demostrando que mentía como una bellaca y los dos levantaron las cejas. —Bueno, se me ha ocurrido un par de veces, pero ya lo he olvidado. Solo quiero pasarlo bien con mi familia. A ella no le importo nada.

—No digas eso —dijo su abuelo acariciándole el cabello—. Siempre te envía un regalo de cumpleaños.

—¿Una tarjeta? A eso no puede llamársele regalo. No me ha llamado una sola vez en veinticuatro años.

—Es que Meredith es un poco... —Su padre buscó la palabra exacta. —Despreocupada.

Eso era decir poco. Se había desentendido totalmente de ella. Tenía una cara... Menos mal que sus abuelos y su padre siempre estuvieron a su

lado, porque por su madre podía haber terminado en un orfanato y ni se habría enterado. La única madre que había conocido había sido su abuela, pero desafortunadamente había fallecido cuando tenía quince años. Entendía que su abuelo tuviera necesidades, pero como hasta ese día había sido suyo se dio cuenta que estaba algo celosa. Y ese pensamiento la hizo sentirse egoísta porque si alguien se merecía disfrutar de la vida eran ellos. Sonrió tímidamente. —Lo siento.

Los dos la miraron preocupados. —¿Qué sientes, cielo?

—Hacer un drama de lo de la señora Turner. Tenéis razón, tampoco es para tanto.

Su abuelo sonrió. —No pasa nada. —Se echó a reír. —Pusiste una cara que Gertu me ha preguntado si eras virgen.

Diana se puso como un tomate. —¡Abuelo!

—Yo le he dicho que por supuesto, porque te reservas para el matrimonio.

—¡Abuelo! —gritó horrorizada—. ¡Cómo se chive por el barrio, se van a reír de mí!

—Qué tonterías. Si tienes a todos loquitos por tus huesos.

—Eso, deberías estar muy orgullosa —dijo su padre satisfecho—. Lo mío me ha costado espantarte a todos esos moscones.

Gimió muerta de la vergüenza. —Voy a darme una ducha.

—¿No te has duchado en tu apartamento en la ciudad? —preguntó su padre extrañado.

—No funciona el agua caliente, otra vez.

—Te he dicho mil veces que aquí vivirías mucho mejor y que estás tirando el dinero. Además...

—Sí, ya, ya.

Ambos vieron cómo se alejaba hacia las escaleras y se cruzaron de brazos frunciendo el ceño. En cuanto la perdieron de vista y escucharon la puerta de su habitación que se cerraba Bill preguntó —¿Qué opinas?

—Se ha llevado un susto, papá. La verdad es que...

—Joder, ya lo sé. Pero no me di cuenta de que era sábado. Es lo que tenemos los jubilados, que ni sabemos en el día en que vivimos.

—Bueno, se le ha pasado. Menos mal que la mía se fue bien temprano, porque como la hubiera visto, se hubiera desmayado de la impresión.

Miró a su hijo a los ojos. —La proteges demasiado.

—Como si tú no la protegieras. ¿Te recuerdo quién fue a espiarla a su apartamento?

—¡Es que ese barrio no me gusta!

Robert se echó a reír. —Es nuestra niña, es normal.

—Creo que debemos espabilarla un poco. —Bill sonrió. —Y buscarle marido. No quiero irme al otro barrio sin tener un biznieta.

—Papá... —Robert fue hasta la cafetera y Bill miró hacia la escalera antes de acercarse a toda prisa para servirse una taza. Su hijo rió por lo bajo. —¿Le tienes miedo?

—Se pone como una fiera cuando me ve con una taza en la mano.

—Eso es porque te quiere con locura y no quiere que te mueras.

El abuelo sonrió. —Lo sé. —Bebió de su taza y apoyó la cadera en la encimera. —¿No has pensado en ello?

—¿En qué, papá?

—En buscarle un buen marido.

Le miró horrorizado. —¿Si veo a un tío tocándole un pelo a mi niña, le corto los huevos!

—Robert sé razonable. Ya tiene veinticuatro años.

—¿Me importa un pito!

—Ni siquiera ha tenido novio que nosotros sepamos.

—¿No ha tenido novio! ¡Punto! ¡Yo me hubiera enterado y tú también!

Bill hizo una mueca. —Eso no es normal.

—¿Acaso tú conoces alguno que la merezca?

—No, pero...

—Pues asunto zanjado.

—Es que a ti no va a gustarte ninguno.

—¡Y a ti tampoco! —Le miró incrédulo. —¿Pero qué coño te pasa? ¿A qué viene esto cuando has sido tú el que ha espantado a la mitad que le miraban con ojitos? ¿Te recuerdo que esperaste a aquel chaval a la salida de misa para echarle la bronca por guiñarle un ojo?

—Uy, menudo delincuente. Le vi robando una lata de refresco y eso que tenía unos dieciséis años. Ahora debe estar en el trullo porque eso va a más.

—¡Es abogado!

Bill hizo una mueca. —Vaya. Se ha pasado al otro bando. Tampoco me gusta que se relacione con criminales.

—Reconoce que a ti tampoco te gusta ninguno para Diana. Lo que pasa es que te ves en el agujero y quieres dejarla con alguien que la cuide como tú.

Su padre sonrió de oreja a oreja. —Qué bien lo has entendido.

—Todavía quedo yo, ¿sabes?

—¡Sí, pero ya tiene veinticuatro años! Debe formar una familia. ¿Quieres que se quede sola? Tú no la viste, Robert, pero está muy verde por

haberla protegido tanto. Casi se muere del susto cuando nos sorprendió.

Robert le miró fijamente. —¿Acaso conoces a alguien para ella? —Su padre chasqueó la lengua. —Pues asunto zanjado. Además, aunque lo conociéramos, debería ser ella la que decidiera. Nosotros no podremos hacer nada si se enamora y tendremos que tragar con quien nos ponga delante.

—Ah, no. ¿Uno que no la merezca? Ni hablar. Debe ser un hombre serio, cabal, que se gane bien la vida, que la tenga como una reina y la quiera con locura. Yo no me conformo con menos.

—Ni yo. Así que cambiemos de tema. ¿Crees que tendremos habitaciones separadas? Yo no quiero dormir contigo. Roncas.

—Lo que tú quieres es escaparte por la noche —dijo divertido.

—Como si tú no lo hubieras pensado.

Bill sonrió malicioso. —Tranquilo, la niña se irá a dormir y jugaremos un poco. En una semana tenemos tiempo de sobra para comprobar si la ciudad hace justicia a su fama.

Robert sonrió. —Iré buscando por internet los mejores garitos de la ciudad.

—Perfecto.

## Capítulo 2

Se bajaron del coche que había ido a recogerlos al aeropuerto y los tres miraron hacia arriba para ver la fachada del hotel, que impresionantemente iluminado parecía un palacio de la India.

—Bienvenidos al Gran Mahal —dijo un botones sonriendo antes de acercarse al maletero para empezar a recoger sus maletas.

Su abuelo la miró con los ojos como platos. —Es un hotel de lujo.

Ella soltó una risita encantada. —Me muero por ver las habitaciones.

—Y nosotros —dijo su padre mirando de reojo a una morena que pasaba con un vestido ajustado como si fuera una segunda piel. Su abuelo le dio un codazo antes de sonreír a su nieta—. Vamos, cielo. Veamos lo que nos espera.

Se acercaron a las puertas y éstas se abrieron mostrándoles un suelo de mármol blanco que brillaba como un espejo. Una gran lámpara central llena de cristales pequeñísimos iluminaba una gran fuente en el centro del hall que tenía nenúfares en el agua. Había oro y blanco por donde miraras y todo era

tan bello que cortaba el aliento. Hasta olía diferente. —Vaya —susurró su padre llegando a la recepción donde tres recepcionistas les sonrieron.

—Bienvenidos al Gran Mahal. ¿En qué puedo ayudarles?

—Hemos ganado un concurso —dijo su abuelo sonriendo a la preciosa rubia que les había hablado.

Diana carraspeó antes de mirarla a los ojos. —Yo he ganado el concurso. Diana Grison.

—Oh, sí. Les estábamos esperando. ¿El vuelo ha sido de su gusto?

—Perfecto —dijo su padre sonriendo de oreja a oreja apoyando el codo sobre la recepción.

¿Qué diablos les pasaba? Parecían idiotas. —Ha estado muy bien, gracias.

—Si me permiten su documentación.

La chica empezó a teclear en el ordenador y sacó unas tarjetas de plástico con el logo del hotel mientras ellos sacaban sus carteras. Estaba rebuscando en el bolso cuando escuchó un tintineo persistente y de repente aparecieron en el hall cinco mujeres vestidas de mil y una noches y empezaron a bailar moviendo las caderas de un lado a otro. Los tres dejaron caer las mandíbulas por sus contoneos cuando tras ellas pasó un hombre moreno bastante alto que distrajo a Diana. Mirando su perfil perdió el aliento viéndole

caminar hacia la salida hablando por el móvil. Sin poder evitarlo le siguió con la mirada hasta que mostró su cuerpo por completo al llegar a la salida cuando pasó al grupo de baile y su corazón saltó al ver el impecable traje azul que llevaba que le sentaba como si fuera un actor de cine.

—Señorita, su documentación por favor.

Diana ni se enteró viendo como salía por la puerta y decepcionada porque seguramente nunca le conocería dejó caer los hombros.

—Diana... —Su abuelo la cogió por el brazo. —Te están llamando.

Se volvió sobresaltada y se sonrojó cuando la chica levantó una ceja.

—Disculpe. Me he distraído.

La recepcionista sonrió. —Bailan bien, ¿verdad?

Dejando el carnet de conducir sobre la encimera preguntó confundida

—¿Qué?

—Si quieren verles esta noche, actúan en el teatro. Está al otro lado del casino.

—Iremos —dijo su padre cogiendo una copa de una bandeja que había aparecido a su lado—. ¿Esto es gratis, chaval?

—Todas las bebidas son gratuitas en el Casino, señor. Excepto si pide una marca específica.

—Esto es el paraíso —dijo su abuelo cogiendo una.

—¿Eso tiene alcohol?

—Niña, que estamos de vacaciones.

Decidió morderse la lengua y miró a la recepcionista que le dijo en ese momento —¿Me da una tarjeta de crédito?

—¿Para qué? Todo está pagado.

—Por si hay algún desperfecto en la habitación o hacen cargos extra, señorita. Es la política del hotel.

Se sonrojó porque eso no lo sabía y sacó de inmediato la tarjeta esperando que no se hicieran cargos extra porque solo tenía cuatro mil dólares en la cuenta. —Aquí tiene.

—Gracias. Se la devuelvo ahora mismo.

Los tres se volvieron y ella susurró —Como gastéis de más, os mato.

—¿Qué vamos a gastar, niña? Si todo está pagado. Y no habrá desperfectos. —Su abuelo la cogió por los hombros apretándola a él. —¡Lo vamos a pasar genial!

—Disculpen. —Se volvieron y la chica les entregó las llaves de plástico. —Están en la suite Velo. En la planta catorce.

—¿Una suite? —preguntaron los tres a la vez con los ojos como platos.

La chica soltó una risita. —Les gustará, tiene cuatro habitaciones y vistas a la ciudad. Creo que la agencia pensaba que serían más personas y era

la que había reservado. Además... —Miró detrás del mostrador y puso unos vales sobre el impecable mármol. —Aquí tienen vales para el buffet. Está abierto las veinticuatro horas. —Les puso un mapa del hotel a su lado. —Si tienen algún problema no duden en decírnoslo, por favor. Queremos que su estancia sea lo más agradable posible.

—Gracias —dijo ella cogiéndolo todo—. Es muy amable.

La chica miró a su alrededor y susurró —Espere un momento.

Los tres se la quedaron mirando y se alejó entrando por una puerta. —¿Qué ocurre? —susurró su abuelo.

—Espera, que creo que le hemos caído bien. —Salió en ese momento y los tres sonrieron de oreja a oreja. La chica les correspondió y dejó algo sobre el mostrador. —Son pases para la sauna y un masaje gratuito para cada uno. —Les guiñó un ojo. —Yo también soy de Nueva York.

—Gracias —dijo Diana cogiéndolos rápidamente—. Oye, no te meteremos en un lío, ¿verdad? Si es así...

—No pasa nada. Tenemos unos vales al día, pero no está el jefe de recepción, así que puedo dárselos a quien quiera. El botones les llevará el equipaje. No se preocupen por él.

—Gracias —dijeron a la vez antes de volverse sin poder creérselo—. Esto es la leche —susurró ella emocionada—. Un masaje.

—No me han dado un buen masaje en mi vida —dijo su abuelo—. Tu abuela lo intentó una vez y me provocó una torticollis. No pude mover el cuello en tres días.

Se echaron a reír entrando en el ascensor y Diana sin poder evitarlo miró hacia la puerta. Las puertas de cristal se cerraron y empezaron a subir viendo el hall de la que se elevaban hasta que todo se puso en negro y vieron luz a sus espaldas. Alucinaron al ver la ciudad de las Vegas mientras ascendían. —Este es el mejor viaje de mi vida —dijo su abuelo haciéndola reír mientras se acercaba al otro lado de la cristalera.

—Guau, es impresionante —susurró viendo el precioso atardecer tras las luces de la ciudad. El color anaranjado era precioso y le daba un aspecto de postal que parecía idílico. Realmente habían tenido mucha suerte al conseguir estar allí.

—Vamos —dijo su padre sacándoles de su ensoñación—. Ya hemos llegado. Me muero por ver la habitación.

—Y yo —dijo ella saliendo a toda prisa. El suelo seguía siendo de mármol e impresionados por los arcos del pasillo miraron hacia el techo. Estaba claro que se habían dejado una pasta para montar aquel chiringuito. Soltando una risita miró el cartel dorado donde indicaba que la suite Velo estaba al final del pasillo. —Es allí.

Casi corrieron hasta la puerta soltando risitas y su abuelo fue el primero en pasar la llave. Abrieron la puerta y chillaron de la alegría al ver unas vistas impresionantes desde allí. El salón era como las mil y una noches con sofás sin respaldo llenos de cojines de colores y una gran televisión integrada en la pared pintada a mano como si estuvieran en el desierto. Hasta había una barra con todo tipo de bebidas en un lateral. Diana señaló a su abuelo. —Nada del minibar que me lo sacan de la tarjeta.

—Pero si abajo las bebidas son gratis, niña.

—No, papá. Abajo te las regalan para que pierdas el norte y que gastes en el casino. —Miró a su hija. —Vamos, elige habitación. Tú has ganado el premio y tienes derecho a decidir la que más te guste.

Recorrió las habitaciones que eran muy bonitas, pero al llegar a la última se le cortó el aliento al ver que tenía un precioso dosel blanco cubriendo una cama redonda que era un sueño. —¡Me quedo con esta!

Su padre que estaba viendo la habitación del otro lado del salón se acercó a toda prisa y se echó a reír. —Parece una habitación de cuento.

—Mi cuento —dijo emocionada cuando oyeron llamar a la puerta.

Su abuelo fue a abrir y vieron al botones que llevaba sus maletas. —Papá, la propina —susurró al ver que esperaba con una sonrisa en los labios.

—Oh, sí. Por supuesto. —Su padre sacó cinco pavos y el botones sin

ver siquiera cuanto era salió de la habitación deseándoles una feliz estancia.

—¿Sería poco? —preguntó su padre preocupado.

—No lo sé, papá.

—Esta es la suite y puede que estén acostumbrados a más —dijo dándole vueltas porque él que era taxista le daba mucha importancia a las propinas.

—Hijo, no te preocupes y ponte el bañador. ¡Vamos a ver esa piscina!

Robert asintió antes de mirar a su hija y ella sonrió. —No le des más vueltas. Saben que hemos ganado la habitación y seguro que también saben que no somos ricos. No se van a ofender.

Su padre sonrió más tranquilo. —Bien, en cinco minutos aquí.

—¡Voy a estrenar mi bikini!

Padre e hijo miraron a Diana en la tumbona que estaba entre los dos. Ésta suspiró de gusto con los ojos cerrados dejando que el sol bañara su cuerpo apenas cubierto con un trocito de tela blanca. Ambos gruñeron antes de mirarse apretando los labios. —Hija, ese... traje de baño...

—Bikini, papá.

—Ese... bikini te queda un poco pequeño.

Diana abrió los ojos cubriéndoselos con la mano. —Es así.

Robert gruñó de nuevo. —¿No me digas? —siseó antes de fulminar con la mirada a un tipo que pasaba ante ellos comiéndola con los ojos sin cortarse.

—No enseño nada —dijo indignada.

—¡Te están mirando!

Se sentó en la tumbona mirando a su alrededor. —Pero si está lleno de chicas como yo.

—No, como tú no. Que ese bikini no tiene ni parte de atrás.

—Es un tanga brasileño. Se lleva mucho, es para...

—¿Crees que a esos les importa cómo se llame? Están encantados viéndote el culo.

—El sexo es algo natural —dijo ella con pitorreo—. ¿No abuelo?

Robert miró a su padre de una manera que partiría rocas y Bill se sonrojó. —¿Ves lo que has provocado con tu exhibición sexual?

—Hijo... yo... ¡Me pilló por sorpresa!

—Voy a bañarme.

—¡No! —exclamaron los dos a la vez.

Diana soltó una risita. —Sois más exagerados...

Sin hacerles caso se levantó y fue hasta el borde de la piscina. Se tiró de cabeza y se le salieron los pechos de la parte de arriba. Chilló bajo el agua y tragó agua al intentar recomponerse para salir a la superficie. Salió tosiendo y se miró los pechos suspirando del alivio al ver que no mostraba nada. Se volvió con una sonrisa en los labios mientras los dos la miraban con el ceño fruncido sentados muy tiesos en sus hamacas. —¡Está buenísima! ¿No os bañáis? —Ambos negaron con la cabeza. Se encogió de hombros girándose y vio ante ella a dos hombres que le sonreían con dos copas en la mano con sombrillita. Sonrió tímidamente impulsándose a un lado, pero ellos se movieron bloqueándole el paso.

—Hola bonita. ¿Estás de vacaciones? —preguntó uno con el pelo teñido de rubio con pinta de surfista fracasado. Aunque tenía buenos músculos.

—Pues sí. —Intentó nadar hacia el otro lado, pero ante ella apareció el otro que tenía un tatuaje con forma de dragón sobre el pectoral.

—Me llamo Clide y él es Romeo.

Miró a uno y luego al otro forzando una sonrisa. —Pues muy bien por vosotros. Me alegro mucho. Ahora si me disculpáis... ¡Me estaba bañando!

Su abuelo se echó a reír a carcajadas antes de chocar la mano con su hijo que sonreía satisfecho.

El rubio le dio un codazo a su compañero. —Vámonos, Clide. No

pienso perder el tiempo con esta estrecha teniendo mucho donde elegir.

—Sí... —Se giró y dijo en voz lo suficientemente alta —Mira esa rubia. Está mil veces más buena. Seguro que tiene una amiga.

Diana puso los ojos en blanco alejándose de ellos hasta llegar al borde de la piscina. Inclino la cabeza hacia atrás dejando que su larga melena flotara en el agua y se enderezó sujetándose en el borde. Se quedó sin aliento al ver al hombre del traje que había visto en el hall a su llegada, sin chaqueta y sentado en una silla hablando por teléfono. En ese momento llegó un camarero y le sirvió lo que parecía zumo de piña. Él le hizo un gesto con la mano y a Diana se le secó la boca al ver como su fuerte mano cogía la delicada copa y se la acercaba a los labios sin dejar de hablar por teléfono. Se mordió el labio al ver como su labio inferior tocaba el cristal antes de beber y Diana tragó a la vez que él sin poder evitarlo viendo como subía y bajaba la masculina nuez de su garganta. Sintió que todo su cuerpo se tensaba y apretó los dedos sobre el borde de la piscina sintiéndose acalorada a pesar de estar en el agua. Era tan guapo que sin poder evitarlo se le quedó mirando atontada y vio como bebía antes de seguir hablando por teléfono. Se notaba que hacía ejercicio porque a pesar de estar sentado no tenía la típica curvatura en el vientre de la mayoría de los hombres. Sus ojos recorrieron su antebrazo apoyado sobre la mesa y se estremeció sin darse cuenta por el vello negro que lo recorría. Su corazón saltó al ver que no llevaba anillo de casado y sin poder evitarlo miró la mano

que sostenía el móvil por si tenía costumbre de tenerlo en la otra. Pero no. No llevaba. La única joya que tenía puesta era el carísimo reloj que lucía. Ella no entendía mucho, pero tenía pinta de ser carísimo. Sonrió sin darse cuenta sin dejar de observarle. También se había quitado la corbata que llevaba unas horas antes y se fijó en su rostro. Era increíble que le pareciera aún más guapo que antes. Llevaba el cabello peinado con una raya al lado y estaba impecablemente cortado. Y esa barbilla... Decía a gritos que era el hombre más masculino del mundo y que tenía algo de mala leche. Sonrió aún más acercándose al borde e intentó ver el color de sus ojos, pero su cabeza estaba a la sombra y no se le veían bien. Pero tenía unas pestañas negras larguísimas que serían la envidia de cualquier mujer, incluida ella.

En ese momento se escuchó un grito al otro lado de la piscina y él levantó la vista mirando hacia allí. Diana sintió un vuelco en el corazón al ver como sus ojos azules se entrecerraron como si algo le hubiera enfadado, pero sin poder dejar de mirarle vio como chasqueaba los dedos y de inmediato dos camareros rodearon la piscina. En un acto reflejo Diana miró hacia atrás y vio que los chicos de antes estaban discutiendo con la rubia. Los camareros se acercaron a ellos y en voz baja les dijeron algo, pero ellos no se quisieron mover. Sin cortarse los empleados les cogieron por los brazos tirando de ellos al exterior mientras las chicas aplaudían.

Diana se volvió de golpe y la silla estaba vacía. Miró a su alrededor,

pero había desaparecido. Decepcionada dejó caer los hombros.

Bill giró la cabeza hacia Robert. —¿Has visto lo que yo?

Su hijo observaba a Diana con cariño antes de sonreír con tristeza. —  
Se ha enamorado. Ha pasado antes de lo que me gustaría.

—Un flechazo en toda regla. Y vaya ojo que tiene, porque parece todo un hombre.

—Ese tío las tiene a puñados. Solo hay que verle. Además, es un pez gordo del hotel.

—¿Y qué? ¡Cómo nuestra niña no hay ninguna aquí!

—Ni aquí ni en ningún sitio —dijo divertido por su defensa.

—Pues lo que yo digo. —Bill miró al frente y vio como Diana salía de la piscina. Parecía decepcionada y eso le repateó en el estómago. —Puede tener al hombre que quiera. ¿Por qué no a ese?

—Papá... Ese tío vive aquí.

—Pues me mudo, mira qué problema. ¡Y tú también!

—Olvídate de eso, ¿de acuerdo? No le metas ideas en la cabeza que luego se decepciona más.

Bill apretó los labios y Robert sonrió a su hija que se acercaba. —  
¿Qué tal el baño, cielo?

—El agua está muy buena —respondió distraída antes de tumbarse.

—¿Quieres beber algo?

—Un zumo de piña.

Padre e hijo se miraron y Bill le hizo un gesto con la mirada para que hablara con ella. Robert negó con la cabeza levantando la mano para llamar al camarero que se acercó de inmediato. —Tres zumos de piña, por favor.

—Enseguida señor.

El camarero se iba a alejar cuando Bill preguntó —Chico, ¿quién es ese hombre que estaba sentado allí? Me pareció conocerle. ¿Es famoso?

El camarero le miró confundido y su abuelo señaló hacia donde había estado sentado su desconocido. Diana se puso como un tomate. ¿Por qué preguntaba por él?

—Oh, ¿habla del señor Bradley? Igual le suena porque es el dueño del hotel. De la prensa.

—¿El dueño del hotel? —preguntaron los tres a la vez estupefactos.

El camarero sonrió. —Y de otros dos más de la ciudad.

—Gracias —dijo Bill—. Sí, debía ser de eso de lo que me sonaba.

—Enseguida les traigo sus bebidas.

Esa información a Diana la dejó hecha polvo. Era el dueño del hotel...

Estaba claro que estaba totalmente fuera de su alcance. Robert miró a su padre como diciendo ya te lo decía y Bill gruñó mirando al frente. Pues no se quedaba tranquilo. Si a su niña le gustaba ese, ese iba a tener. Tendría que hacer unas preguntas por ahí para ver si estaba soltero antes de nada, no fuera a ser que metiera la pata haciendo que su niña se hiciera ilusiones. En eso Robert tenía razón. Mejor asegurarse de que era un hombre como Dios manda.

## Capítulo 3

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó saliendo de su habitación y encontrándose con que su padre estaba solo esperándola—. ¿Todavía no está listo? —Sonrió a su padre que se había puesto el traje de los domingos. — Estás muy guapo.

—Tú sí que estás preciosa —dijo emocionado—. Te has puesto el vestido de la boda de tu prima.

Se miró el vestido de gasa verde que se había comprado hacía dos años para la boda de su única prima por parte de madre. La habían invitado por compromiso y había ido a regañadientes, así que se había gastado una pasta en el vestido para no quedar mal. Lo había amortizado poco. Así que iba a aprovechar. —¿Estoy bien? —Se giró haciéndole reír.

—Perfecta. Y me alegra que te hayas dejado el cabello suelto. Así estás más bonita.

—Papá, para ti estoy bonita de cualquier manera.

Robert hizo una mueca. —Eso es cierto.

Ella miró hacia la puerta del abuelo. —¿Le falta mucho? —Le miró con horror. —¿No se habrá traído el traje de cuadros?

—Se lo saqué de la maleta y le metí el que fuiste a comprar con él el año pasado. —Diana suspiró del alivio. —Pero no hace falta que le esperemos, ya está abajo. Quería dar una vuelta para echar un vistazo.

—Y tomar una copa a escondidas para que no le diga nada.

Su padre se echó a reír. —Seguramente.

Sonrió radiante. —Pues he decidido que os voy a dejar a vuestro aire. Las vacaciones son para disfrutarlas. Ya le echaré la bronca en casa.

Sin dejar de reír asintió. —Me parece muy bien.

—Y si queréis ligar... que yo no lo vea.

Su padre se partía de la risa. —Pondré la corbata en el pomo.

—Buena idea. Y si ligo yo...

Robert perdió la sonrisa de golpe. —Mejor no termines esa frase.

Diana se echó a reír divertida, pero por su mente pasaron esos ojos azules que no se le quitaban de la cabeza. Bueno, daba igual. Nunca tendría la oportunidad de conocerle y mucho menos de salir con él. Dudaba que encontrara otro que le gustara tanto en las Vegas.

Cuando llegaron al hall vieron a su abuelo salir del casino con una sonrisa de oreja a oreja. —He ganado veinte pavos en una máquina. Y eso que

no tenía ni idea de cómo funcionaba.

—Genial. Empieza bien la noche. ¿Vamos a cenar? Estoy muerta de hambre.

—Me han dicho que el buffet es impresionante. —Su abuelo la cogió por la cintura. —Y que hacen figuras de hielo que son verdaderas obras de arte.

Robert se acercó a él y susurró —¿Te has enterado de algo?

—Luego te lo cuento.

—¿Qué? —preguntó Diana distraída mirando a su alrededor por si veía a su señor Bradley, pero no hubo suerte. Claro, si tenía otros dos hoteles se repartiría.

Entraron en el comedor y estaba a rebosar, pero el maître les consiguió una mesa justo al lado de la mesa de los postres. Diana gimió viendo la tarta de cinco pisos de chocolate. —Me da que en este viaje voy a ganar cinco kilos por lo menos.

—Tonterías niña, Siempre has comido lo que te ha dado la gana. ¿Por qué no vas a ver lo que hay por ahí mientras nosotros pedimos las bebidas?

—Genial.

Se levantó a toda prisa para dar una vuelta y Robert le miró interrogante. —Has ido a preguntar por él, ¿verdad?

—Claro que sí, ya me conoces. Y te aseguro que hay mucho cotilla suelto en este hotel.

—Al grano.

—Vive aquí, en el hotel. En la suite del ático. —Levantó una de sus cejas blancas. —Imagínate como es. Tiene un salón como un campo de fútbol.

—¿Qué más?

—Es soltero. Y muy duro en el trabajo. Los lleva a todos como a velas. Sus tres hoteles son los mejores de la ciudad y heredó éste de su abuelo. Era un cuchitril y después de llevarlo él durante cuatro años, lo cerró y lo convirtió en lo que es ahora. Dicen que invirtió todo lo que tenía.

—Así que es trabajador. No es un niño rico.

—No era lo que es ahora. La chica que me contó esto, me ha dicho que no se le caían los anillos si tenía que limpiar una habitación en el hotel de su abuelo. Y trabajaba en él los veranos cuando era adolescente.

Robert asintió. —Por eso conocía tan bien el negocio.

—Exacto. Lo mamó desde pequeño y ha sabido sacarle partido. Ahora ya tiene tres hoteles y todos son así. De lujo.

—¿Y cómo es con las mujeres?

Bill carraspeó mirando a su alrededor donde Diana con un plato en la mano no se decidía a qué escoger. —Hijo, es un hombre hecho a sí mismo.

—O sea que es un crápula.

—Bueno, digamos que se ha divertido. Pero siendo rico, guapo y teniendo a mano a tantas mujeres hermosas...

—Papá, mejor lo dejamos que se me están poniendo por corbata.

—¡No! Ya tiene treinta y cinco años. Tiene la edad perfecta para sentar la cabeza.

—¡Eso será si quiere! ¡Igual sigue picoteando de flor en flor toda la vida! ¿Y si picotea con Diana y después la deja? La destrozaría. —Al ver que su hija se acercaba con el plato a rebosar ambos sonrieron. —Sí que tenías hambre.

Se echó a reír. —Todo tiene una pinta estupenda. La chica del buffet de las carnes me ha recomendado el cordero.

—Pues vamos allá.

Confundida dejó el plato sobre la mesa. —¿Y las bebidas?

—El camarero todavía no ha venido.

Ella levantó la mano y de inmediato se acercó un camarero. Robert se levantó con su padre mientras su hija pedía las bebidas. Se acercaron a las ensaladas y pasaron de largo con el plato en la mano. —De verdad, todo esto es una tontería. Ese tío no le va a hacer ni caso. Si ni siquiera la vio en la piscina.

—Ya, pero tengo un plan.

—¿Qué plan? —El abuelo alargó la mano y cogió una aceituna metiéndosela en la boca. De repente dejó caer el plato al suelo que se hizo añicos y Robert asombrado vio que se llevaba las manos al cuello como si se estuviera ahogando. Levantó las cejas y Robert reaccionó. —¿Papá? Papá, ¿te estás ahogando?

Diana que estaba en la mesa se levantó asustada para correr hasta ellos. —¿Qué alguien haga algo, se va a ahogar! —gritó histérica cogiéndole del codo.

En ese momento un camarero enorme le rodeó con sus brazos el torso y le apretó con fuerza levantándole del suelo. El abuelo gritó abriendo los ojos como platos y la aceituna se le cayó de la boca.

—Ay —dijo el abuelo llevándose las manos a las costillas.

—¿Qué ocurre aquí? —Un hombre apartó a la muchedumbre y miró hacia ellos. —¿Qué ha pasado, señores?

—Mi abuelo, que se estaba ahogando con una aceituna.

El hombre entrecerró los ojos. —Entiendo. Pero ya se encuentra bien, ¿verdad?

—Pues... —Diana le cogió por el brazo. —¿Estás bien, abuelo? Te veo un poco pálido.

—Creo que me ha roto una costilla —se quejó tocándose el costado.

—Señor Colbert, le aseguro que yo he seguido la técnica como nos enseñaron —dijo el camarero sonrojándose.

Todos miraron hacia él que medía dos metros y parecía un oso. Diana le miró furiosa. —¿Le has roto una costilla a mi abuelito? —Le metió una patada en la espinilla que le hizo saltar a la pata coja pisando a una mujer que tenía al lado. Ésta cayó sobre el buffet de las ensaladas tirando la mesa abajo y antes de darse cuenta su marido se lanzaba sobre la chepa del camarero que gritó girando de un lado a otro cuando le agarró del pelo. Los pies del hombre chocaron con la cara del señor Colbert que salió disparado sobre una de las mesas. Los comensales se levantaron como pudieron y antes de darse cuenta la mitad del comedor estaba discutiendo y pegándose los unos a los otros. Diana miró a su familia susurrando —Vayámonos.

Su abuelo la cogió por la muñeca. —Tú no te muevas de aquí. Me han roto una costilla y vamos a sacar tajada de esto. Vaya que sí.

Le miró asombrada. —¡Abuelo! ¡Qué te ha salvado la vida!

Robert puso los ojos en blanco antes de cubrir a Diana para recibir el golpe de una silla sobre la espalda. —¡Ay!

—¡Papá!

En ese momento llegaron los de seguridad y empezaron a separar a la

gente. Un hombre de unos sesenta años con un traje gris gritó —¡Qué no se mueva nadie! ¡La policía ya viene de camino!

En ese momento hubo una estampida, pero ellos se quedaron en su sitio. Diana miraba de reojo a su padre que cogió una servilleta cubriéndose la cabeza. —Estás sangrando.

—Esto no es nada.

—¡Ella! ¡Ella es la culpable de todo! —Asombrada vio que el señor Colbert lleno de lo que parecía mayonesa la apuntaba con el dedo. —¡Ella ha pegado a Lloyd, señor Braun! ¡Seguro que lo ha hecho para que le salga gratis la estancia!

—¡Eh, que yo no tengo que pagar nada! —protestó ella dando un paso hacia ellos.

—¡Ve, jefe? ¡Lo sabía! Son unos sinvergüenzas.

Diana jadeó y a punto estuvo de lanzarse sobre él, pero su padre la cogió por la cintura reteniéndola. —Déjame papá, que se va a enterar este gilipollas.

—Muy bien. ¡Todos a mi despacho! ¡Ahora! —Miró a su alrededor. Había varias mesas rotas y comida por todos los sitios. —¡Y recoger este desastre! ¡Quiero el restaurante abierto en dos horas!

—¡Mi abuelo necesita un médico!

—Gracias, hija.

—Es que no me has dejado acabar, papá. —Fulminó al tipo con la mirada. —¡Y mi padre también!

—Les atenderá el médico del hotel. Síganme a mi despacho. ¡Ahora!

Media hora después el que al parecer era el director del hotel visionaba las imágenes y apretó los labios al ver como el camarero le rompía una costilla a su abuelo. Cuando vio que ella le pegaba una patada Diana gimió. —Fue un impulso. Le estoy muy agradecida de que haya salvado al abuelo, de verdad. Pero ya ha oído al médico. Le ha roto una costilla. No me pueden retener por eso.

—No, señorita. El camarero no presentará cargos, se lo aseguro. Y sentimos mucho lo que ha ocurrido. Por supuesto el hotel les compensará las molestias.

—Oh, no necesitamos nada. Todo iba muy bien y estamos muy contentos.

—Quiero ver al dueño del hotel —dijo su abuelo sentado en una silla abrochándose la camisa dejándola con la boca abierta.

El director palideció. —El dueño del hotel es una persona muy

ocupada y...

—A mí me han abierto la cabeza —apostilló su padre dejándola de piedra.

—Pero papá si...

—No pueden insultarnos de esta manera y quedarse tan frescos. —Su abuelo estaba indignado. —¡Nos han estropeado las vacaciones!

—Por supuesto el hotel les invita a pasar otra semana en el momento en que se encuentren mejor con todos los gastos pagados y...

—¿Y a nosotros también? —preguntó la mujer que había caído sobre la ensalada.

—Por supuesto, señora. Y tendrán pases vip para las mejores actuaciones de las Vegas.

—Eso a nosotros no nos vale. —Su abuelo se levantó con dificultad y Diana le cogió del brazo para ayudarle. —¡Tengo casi ochenta años y le aseguro que jamás me he sentido tan insultado! —Señaló al señor Colbert. — ¡Nos ha humillado en público sin saber lo que había ocurrido! ¡Exijo reparación!

El señor Colbert sonrió. —¿Ve, jefe? Lo que yo le decía.

—¡Esto es el colmo! —gritó su padre asombrándola—. ¡Sigue en sus trece!

—Discúlpenle. —El director rodeó su mesa. —Les aseguro que repararemos el error. Durante esta semana pueden usar gratuitamente todas las estancias del hotel y cuando regresen...

—En mi barrio es el dueño quien pide disculpas, porque él es el responsable de todo lo que ocurre en su negocio. —Su padre le señaló con el dedo. —Queremos ver al dueño para que sepa de primera mano lo que ocurre en su hotel con los clientes que sus empleados no consideran de primera.

El director se sonrojó. —Le aseguro que tratamos a todo el mundo igual.

Diana no salía de su asombro. Se moriría de la vergüenza si le conocía de esa manera. Aunque seguramente se moriría de la vergüenza únicamente por conocerle. Qué leche. Así al menos le conocería. Asintió poniéndose al lado de su padre. —No queremos otra semana. —Además no podía pedir más vacaciones. —Queremos ver al dueño.

El señor Colbert gimió pasándose la mano por los ojos.

—¿Qué les parece si van a su suite y...?

—¿Están en una suite? —preguntó la mujer asombrada—. Nosotros queremos una.

—Los señores ya estaban en una suite.

La mujer hizo una mueca antes de mirar a Colbert. —Menuda metedura

de pata, ¿eh? A estos no vais a poder comprarles. Pero a nosotros sí. Por una suite y otra semana de vacaciones.

—Colbert llévate a los señores a recepción y realiza los cambios.

—Enseguida, señor Braun. —Forzó una sonrisa abriendo la puerta. —

Si me acompañan...

—Y también queremos esos pases vip —dijo la mujer dándose importancia.

—Y vales para el buffet. Sé que los tienen —añadió el marido.

—Por supuesto. No tienen que preocuparse.

Salieron del despacho y Diana se cruzó de brazos. —Mi abuelo tiene que ir a hacerse una placa.

—Enseguida llegará el coche que les llevará. Y por supuesto el hotel corre con todos los gastos. —Forzó una sonrisa. —Pero entiendan que el señor Bradley es un hombre...

La puerta se abrió de repente y Diana creyó que se desmayaba al ver esos ojos azules mirándola a ella fijamente provocándole un vuelco en el corazón.

—Señor Bradley, no tenía que molestarse.

—El comedor está cerrado, George. ¿Cuál es la razón? —preguntó fríamente mirando a los tres antes de volver su mirada hacia ella que se puso

como un tomate sin poder evitarlo. —¿Qué ha pasado aquí?

Diana separó los labios a punto de hablar, pero su abuelo preguntó —  
¿Es usted el dueño? —Su abuelo sonrió de oreja a oreja extendiendo la mano.  
—Bill Grison.

Con desconfianza le dio la mano. —¿Nos enfrentamos a lo de siempre,  
George?

—No, jefe —respondió el director por lo bajo—. Los señores han  
ganado su estancia en uno de los concursos que tenemos con las agencias del  
este. Ha habido un accidente y al señor Grison le ha roto la costilla un  
camarero.

—Al hacerle una reanimación de esas —dijo su padre extendiendo la  
mano—. Robert Grison. —El dueño le apretó la mano más relajado. —La  
verdad es que nos hemos llevado un susto.

—Se estaba atragantando —dijo ella casi sin voz. Leche, parecía tonta.

El señor Bradley la miró a los ojos. —¿Y usted es?

—Diana Grison. Es mi abuelo y mi padre.

Asintió alargando la mano y se puso como un tomate llevando la suya  
hacia él. Sintió un estremecimiento al tocar su piel y queriendo que se la  
tragara la tierra agachó la mirada.

—Los señores querían verte como responsable del hotel. Ya les he

dicho que yo me ocuparía del asunto...

—Da igual, ya estoy yo aquí. Vete a ver cómo va el comedor. Lo quiero abierto de inmediato —dijo sin dejar de observar a Diana que ya no sabía a dónde mirar. Estaba claro que ese hombre era mucho para su corazón porque estaba a mil por hora.

—Sí, jefe.

Pareció aliviado de largarse y el señor Bradley sonrió. —Por favor, siéntense.

Diana forzó una sonrisa y su padre y su abuelo sonrieron encantados. —Mi abuelo tiene que ir al hospital y...

—Me encargaré yo mismo de que alguien les lleve.

—Nos han insultado —dijo su abuelo indignándose otra vez—. Como si lo hubiéramos hecho a propósito o...

—Bill, ¿puedo llamarle Bill? —Su abuelo asintió. —En el último mes el hotel ha tenido tres amenazas de demandas por negligencias de algún tipo. Un hombre bebió lejía de un carrito simplemente porque había perdido todo su dinero al Black Jack y quería que yo le indemnizara por dejar la botella en el carrito de la limpieza. Todavía deben estar doliéndole las orejas por lo que le dijo mi abogado. Tenemos este tipo de casos continuamente.

—¿En serio? —preguntó Diana asombrada con la cara de la gente.

Padre e hijo se miraron—. Vaya cara.

—Señor Bradley...

—Pueden llamarme Turner.

—Turner, nosotros no buscábamos nada más que disfrutar de nuestras vacaciones y míranos ahora.

—Y me disculpo por ello. Por supuesto la estancia...

—Vamos a demandar —dijo su padre dejándola de piedra.

—¡Papá!

Turner sonrió sentándose en la esquina del escritorio. —Muy bien, ¿qué es lo que quieren? No me parecen los típicos aprovechados, así que algo deben estar buscando para querer verme cuando George les hubiera atendido muy diligentemente. —Padre e hijo se miraron y Diana no entendía nada.

—Pues ya que lo dice... —Su abuelo la miró de reojo antes de soltar —Una cita con mi nieta, eso es lo que queremos. Te he echado el ojo en la piscina y creo que serías un buen yerno para mi hijo.

Diana se quedó con la boca abierta antes de mirarle a él que también parecía sorprendido. Eso la hizo ponerse como un tomate de la vergüenza. ¡No podía creer que hubiera dicho eso! Cerró la boca de golpe y forzó una sonrisa. —Mi abuelo es un bromista —dijo entre dientes.

—No bromeo. Sino demando.

—¡No tiene gracia, abuelo! —chilló levantándose sin poder evitarlo. Dios, qué vergüenza. Quería que la fulminara un rayo en ese momento.

—Seguro que en esta ciudad hay abogados a patadas —dijo tocándose el costado con un gesto de dolor.

—Hecho. —Bradley se incorporó y dio un paso hacia ella. —Te recojo mañana a las seis. Bill, Robert... tendréis un coche en la puerta esperándoos para llevaros al hospital.

Asombrada vio que salía del despacho. Miró a su abuelo y a su padre como si quisiera matarles. —¡No me puedo creer que hayáis pedido eso! —gritó a los cuatro vientos—. ¡Debe pensar que soy lela o algo así para que mi abuelo vaya pidiendo citas por mí por ahí!

—Cielo, es que...

—¡Cómo que es que! ¡Es que nada! —Les señaló con el dedo. —¡No me he sentido más avergonzada en la vida! —gritó furiosa cogiendo su bolso—. ¡Ya le estáis diciendo que todo era una broma o no os hablo más! —Les apuntó con el dedo mirándoles como si quisiera cargárselos. —¡Y enteraros bien, a partir de ahora saldré con quien me dé la gana! ¿No os acostáis vosotros con quien os apetece? ¡Pues ahora yo también!

—¡Diana! Si te lo hemos puesto en bandeja... —protestó su padre viéndola salir—. ¿Diana? ¿En serio te has ido?

Bill suspiró. —Menudo cabreo tiene.

—¡Por tu culpa!

—Hijo... ayúdame a levantarme.

## Capítulo 4

Sentada en la barra de la discoteca del hotel gruñó quitándole la aceituna al segundo Martini que se había pedido. Un hombre apoyó el codo sobre la barra y le guiñó un ojo. —¿Bailas?

—¿Tengo pinta de querer bailar? —Le miró como si quisiera matarle. —¿Por qué no te largas? ¡Por qué no me dejáis en paz! ¡Solo estoy de vacaciones! ¿Llevo un cartel en la frente que dice que estoy desesperada por un polvo? ¿Lo llevo? No, ¿verdad? ¡Pues fuera de mi vista! —El tío se sonrojó antes de prácticamente salir corriendo y Diana chasqueó la lengua. —Así vas a seguir virgen hasta los cuarenta. —Cogió el Martini bebiéndoselo de golpe.

—Preciosa, será porque tú quieres. Has espantado a siete. —Se atragantó poniendo la barra perdida y tosiendo vio que Turner se sentaba a su lado mirándola divertido. —Eres una cajita de sorpresas.

—¿No has colaborado bastante en humillarme esta noche? ¿También tienes que espiarme?

Él le hizo un gesto al camarero que se acercó de inmediato. —Otro

para la señorita y un bourbon.

—Enseguida, jefe.

La miró a los ojos. —Eh, que yo he seguido las indicaciones de tu abuelo. —Parecía a punto de reírse. —Ni loco me enfrentaría a una demanda contra él.

—Muy gracioso. —Se volvió dándole la espalda, pero cogió el Martini y quitó la aceituna. Él la cogió de entre sus dedos y se la metió en la boca cortándole el aliento.

—¿Sabes? Eres la mujer más interesante que ha pasado por aquí en años.

—Venga ya. ¿Te digo a ti también lo del cartel en la frente? Porque parece que no lo has pillado.

—Oh, pero la diferencia es que conmigo sí vas a terminar en la cama. —Su corazón saltó en su pecho y él sonrió cogiendo uno de sus rizos. —¿No es cierto, nena? Te gusto.

¡Le estaba diciendo claramente que se acostaría con ella! Casi le da un infarto de la impresión, pero su orgullo le hizo levantar la barbilla haciéndole reír cuando le arrebató el mechón de pelo. —No te molestes en recogerme mañana. No voy a ir.

—Eso ya lo veremos. —Bebió de su vaso mirándola a los ojos. —Así

que estás de vacaciones con tu familia. Primera sorpresa.

—¿Por qué?

—Aquí no suelen venir muchas familias como vosotros. Más bien amigos a pasarlo bien.

—Lo paso muy bien con ellos cuando no se les ocurren ideas raras.

—Creo que en realidad te conocen mejor de lo que piensas. En la piscina no me quitabas ojo.

Diana se puso como un tomate. —¿Estabas en la piscina?

Turner se echó a reír. —¿Creías que no te había visto? Nena, ese bikini puede provocar infartos.

Él sí que podía provocar infartos. —Pues no te vi.

—No mientas que puede crecerte la nariz—dijo acercándose más antes de susurrar a su oído —Me comías con los ojos.

Le miró con rencor. —No es cierto. Lo que pasa es que eres un creído de...

La besó en los labios y fue tal la sorpresa que no se movió con los ojos como platos. Turner besó suavemente su labio inferior antes de acariciarlo con la lengua y ella suspiró cerrando los ojos, separando los labios sin darse cuenta. No fue consciente hasta segundos después de que se había apartado y abrió los ojos para encontrarse con los suyos. —Vamos nena. Necesitas tomar

el aire.

La cogió de la mano ayudándola a bajar del taburete y la sujetó de la cintura pegándola a su costado. Diana miró hacia su rostro algo nerviosa. ¿Acaso quería ir a su habitación? ¿Iban a acostarse juntos? Dios, su cuerpo se moría por él, pero aquello era de locos. Una hora antes ni se le hubiera pasado por la cabeza que tuviera una oportunidad y ahora la había besado. —¿A dónde vamos?

—Ya te lo he dicho, a tomar el aire.

Confundida vio que salían del hotel y le hizo un gesto al aparcacoches que salió corriendo. —¿No quieres conocer algo de las Vegas?

—¿Me estás vacilando?

Turner se echó a reír. —No, nena. No te estoy vacilando. Si estás más tranquila esta noche no tendremos sexo.

Pues la verdad es que era un alivio porque no sabía si estaba preparada para una sesión de sexo con él. Tenía pinta de saber mucho del asunto e iba a dejarla fatal.

Sonrió ilusionada relajándose —¿Y a dónde me llevas?

—Es una sorpresa.

Un Porche gris descapotable apareció ante ellos y emocionada se subió en cuanto le abrió la puerta. —¿Este es tu coche?

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¿Me lo dejas? Mira que te demando.

—Muy graciosa. ¿No has oído eso de que nunca hay que prestar el coche ni a la mujer? Pues lo llevo a rajatabla.

—Ah, ¿pero tienes mujer? —Se iba a bajar del coche, pero Turner la retuvo sujetándola por la cintura. —Oye mira, si estás casado...

—No, Diana. Era un decir —dijo a punto de reírse a carcajadas.

—Te lo pasas muy bien a mi costa, ¿verdad?

Cerró la puerta con fuerza y él gimió. —Nena, con más cariño... Es un clásico.

—Uy, perdona. —Salieron del aparcamiento y recorrieron las calles de las Vegas. Diana disfrutó mirando a su alrededor y sonriendo le gritó —¿A dónde vamos?

—¿Tienes hambre?

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —Sí, al final no he cenado.

—Pues te vas a chupar los dedos. —Aceleró adelantando a dos coches, pero Diana se sintió segura. Salieron de la ciudad y llegaron a un aparcamiento de un bar de carretera que estaba a rebosar.

—¿Es aquí? No parece tu estilo.

La miró a los ojos apagando el contacto. —¿Y cuál es mi estilo?

—No sé. Un lugar más pijo. Dorado y con mármol blanco.

—Muy graciosa.

—Gracias. —Abrió la puerta del coche y salió encontrándose con él ante el vehículo.

La cogió de la mano y Diana se sonrojó. —¿Siempre haces eso?

—¿El qué?

Ella miró sus manos unidas e intentó soltarla, pero él se lo impidió tirando de ella hacia el restaurante como si no supiera de lo que hablaba. Abrió la enorme puerta de madera y se escuchaba música country. —Las mejores costillas de este lado del país.

—Ahora entiendo lo de chuparse los dedos.

Turner sonrió cuando un anciano con sombrero de cowboy se acercó a ellos. —Turner, cómo me alegro de verte. —Se dieron un abrazo. Sonrió alejándose para mirarle bien. —¿Todo en orden?

—Perfecto, venía a cenar con mi novia. —La cogió de la mano acercándola ignorando su cara de pasmo. —Diana Grison, él es Nicolas Monroy. Toda una institución en las Vegas.

—Tonterías. —Se echó a reír. —Bueno, solo un poquito.

Diana vio las fotos que tenía con un montón de gente famosa que

estaban colgadas en la pared. —Ya lo veo. Dios mío, ¿conoció al Rey? —preguntó impresionada.

—Se pasó por aquí poco antes de fallecer. Era un hombre muy agradable. Ahora tendría mi edad.

—Mi abuelo se moriría. Tiene todos sus discos.

—Espero que le traigas por aquí algún día. Le contaré algunas anécdotas.

—Lo haré. —Sonrió encantada mirando las fotos y chilló —¡Es Madonna!

Nicolas miró a Turner. —Me gusta tu chica. Está claro que le van los verdaderos artistas. No como esas jovencitas que ni saben quién es Elvis. —Movié la cabeza de un lado a otro. —La verdad es que...

Turner rió cogiéndola por la cintura. —¿Has perdido el hambre?

—Qué va.

El jefe les hizo un gesto. —Venid por aquí. La mejor mesa del local para mis amigos. —Les llevó hasta una mesa muy íntima, pues estaba algo alejada de las demás cerca de una pared de piedra. Nicolas le apartó una silla como todo un caballero. —Señorita...

—Gracias.

—Le podrás decir a tu abuelo que has cenado en la mesa de Elvis.

Le miró asombrada y acarició la superficie. —Debería estar en un museo. —Ambos se rieron. —Eh, que hablo en serio.

—Eso es evidente, nena. Tráenos lo de siempre.

Miró a Diana de reojo. —¿Seguro?

—Ahí donde la ves, come como una lima.

Se puso como un tomate mientras Nicolas se alejaba riendo. —¿Y tú cómo lo sabes?

—He revisado el video del desastre que me organizaron tus familiares en el comedor.

—No hicieron nada, se atragantó —dijo indignada.

—Sí, preciosa. Lo que tú digas.

—Oye, que no lo hicieron a propósito.

—¿Ah, no? Me echaste el ojo en la piscina.

Levantó la barbilla. —Ya te lo había echado antes, listillo.

Divertido puso los codos sobre la mesa. —Lo dijo tu abuelo. Le gustaba para ti y organizó lo del restaurante para conocerme.

Jadeó ofendida. —¡Menuda mentira!

—Nena, eres muy inocente —dijo comiéndosela con los ojos.

—Y tú eres muy desconfiado.

—En mi profesión hay que desconfiar.

—Como si no te rodeara también gente buena. Seguro que el noventa por ciento son buenas personas.

—Por supuesto, pero ese diez por ciento son los que me ponen los pelos de punta, así que desconfío de todos.

Les sirvieron una botella de vino. —¿Prefieres agua? Después de los Martinis...

Levantó la barbilla. —Estoy bien.

Turner cogió la botella de vino y le sirvió una copa como todo un profesional girando la botella al final para que no cayera ninguna gota fuera de la copa. —Tú has trabajado de camarero.

—He trabajado en mil cosas.

—Pues no tienes pinta.

—Eso ya lo has dicho antes. —Dejó la botella sobre la mesa. —¿Te dejas llevar por los estereotipos?

—Normalmente no. Pero estoy fuera de mi ambiente. Últimamente no doy una. Como con mi abuelo. Si me dicen que iba a pedir una cita por mí, me hubiera reído a carcajadas y fíjate ahora. Estoy muy cabreada —dijo desinhibida por el alcohol cogiendo la copa de vino y dándole otro sorbito—. Uy, qué bueno.

—Nena, ¿bebes normalmente?

—Una copa de champán en Nochevieja. ¿Eso cuenta?

—Uy, uy. —Cogió su copa de vino apartándola. —Mejor dejamos el vino para cuando estés más curtida. —Hizo un gesto al camarero que se acercó de inmediato. —Agua para la señorita.

—Enseguida, señor Bradley.

—Al parecer te conoce todo el mundo.

La miró fijamente durante varios segundos. —Vengo mucho. Ceno y charlo un rato con Nicolas. Es una fuente de información buenísima.

—¿Así que lo haces por cotillear?

Turner se echó a reír. —No, nena. Son negocios.

—Pero también es un amigo.

—Y uno muy bueno. Era amigo de mi abuelo.

—¿Falleció?

—Sí, hace años.

—Lo siento mucho. No sé qué haría yo si perdiera al mío. Lo pasé muy mal cuando murió la abuela y...

—Se nota que te quiere con locura. —Rió por lo bajo. —Hasta te busca marido...

Gruñó molesta. —Y mi padre también está metido en esto. Mi padre, que una vez le pinchó las ruedas de la bici a Antonio porque me había invitado a un helado.

Turner sonrió. —¿Cuántos años tenías?

—¿Doce? Por ahí. Y se aseguró de que se enterara de que había sido él. El pobre solo me habla a escondidas desde entonces. Me ha espantado a todos los del barrio.

—Pero tú no debías tener mucho interés.

—La verdad es que no.

—¿Vives con ellos?

—No, vivo en la ciudad. —Le miró a los ojos. —En Manhattan, digo.

—Así que vives sola.

—Si en un cuchitril que mide cuarenta metros. Duermo en el sofá y la ducha está en el fregadero. —Turner se echó a reír a carcajadas. —¡Eh, que es un lujo de mil pavos al mes!

—Me lo imagino. ¿Y en qué trabajas?

—Soy ayudante de un higienista dental. Se me da de perlas darle los algodoncitos.

—Así que te has independizado. Menudo avance.

Le miró a los ojos. Era muy listo. —Quería salir del nido.

—¿Y qué tal la experiencia?

—Una mierda. —Turner se partía de la risa. —Bueno, al principio no estuvo mal, pero después era llegar a casa sola...

—Y les echas de menos.

—Mi abuelo vive en la casa de enfrente y siempre cenábamos juntos. Por no hacer la cena para mí sola, me he hinchado a pizzas. Ahora solo les veo los fines de semana.

—¿Y en esa independencia no incluiste a los hombres? Ya estabas alejada de ellos.

—Ya, pero para conocer hombres hay que salir, porque los que vienen a la consulta pierden todo el encanto al verles el interior de la boca —dijo con cara de asco.

—Yo uso hilo dental todos los días.

Diana sonrió. —Perfecto.

Se miraron a los ojos y Turner se acercó cogiéndole la mano sobre la mesa. —¿Sabes que eres una muñequita preciosa de grandes ojos verdes? —Hipnotizada por sus ojos asintió y Turner se echó a reír. —Ahí viene nuestra cena.

Les pusieron una bandeja llena de patatas fritas con un montón de

costillas a la brasa que tenían una pinta buenísima. Cogió una costilla impaciente y se quemó la yema del dedo. —Quema. —Se metió el dedo en la boca y levantó los párpados para ver que la observaba. Soltó una risita. —Ya empiezo a chuparme los dedos.

—Nena, no hagas eso o no vas a cenar —dijo con voz ronca alterándole el corazón.

Se sonrojó con fuerza. Decidió cambiar de tema. —¿Qué más quieres saber?

Él sonrió. —¿Te sientes interrogada?

—No, qué va. Pero es que no sé qué preguntarte a ti.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—No estás casado. ¿Novia?

—No, nena. Sino no estarías aquí.

—¿Y por qué le has dicho a Nicolas que soy tu novia?

—Porque lo eres. —Dio un mordisco a su costilla.

—Si nos acabamos de conocer.

—Ya. Pero me fío de tu abuelo. Se nota que es un hombre que sabe lo que dice.

—Ja, ja. ¿Te gusta tu trabajo?

La miró sorprendido. —¿Sabes que eres la primera persona que me lo pregunta? Dan por hecho que estoy encantado por ser el dueño de los hoteles.

—¿Y no lo estás?

—Claro que sí, nena. Sino no habría abierto más.

Diana entrecerró los ojos mientras él se reía. —No sabía que habías abierto más. —Él levantó una ceja como si no se lo creyera. —Hablo en serio.

—¿Qué te imaginabas? ¿Un rico torturado?

—No. No se te ve torturado en absoluto. —Arrancó la carne de la costilla con los dientes mirándole con rencor.

—La verdad es que me gusta mucho. Me metió mi abuelo en el negocio y he continuado la tradición.

—Estaría orgulloso de ti —dijo con la boca llena y salsa barbacoa en la comisura de la boca.

Turner sonrió. —Sí que lo estaría.

—¿Y tu padre qué dice?

—A mi padre no le conocí. Mi madre cometió un error de una noche y llegué yo. Fue mi abuelo el que hizo de padre.

—¿Y tu madre...? —preguntó temiéndose lo peor.

—¿Mi madre? —Apretó los labios. —Murió de una sobredosis de

coca hace veinte años.

—Lo siento mucho.

—Por eso mi abuelo me puso a trabajar. Porque fue un shock para él y temía que me desviara. Así que después del instituto, al hotel. Y las vacaciones también.

—¿Y para ti fue un shock?

—Siempre supe que terminaría mal. —La miró a los ojos y se quedaron en silencio sabiendo que le había contado algo que no sabía mucha gente. —¿Sabes? Eres peligrosa. ¿Me guardarás el secreto?

—Soy una tumba. —Turner sonrió. —¿El hotel de tu abuelo es donde estoy yo alojada?

—Sí, nena. Era el Mahal, pero le hice una reforma y le cambié el nombre. Después vinieron los otros.

—Mi madre vive aquí.

La miró sorprendido. —¿De verdad? ¿Y por qué no os alojáis con ella?

Se sonrojó ligeramente. —No la conozco. Se fue cuando era un bebé. Mis padres se divorciaron un par de meses después. Me criaron mis abuelos y mi padre. Ella se mudó aquí y ni sé si la reconocería si me la cruzara. La última vez que tuve noticias fue una tarjeta que llevaba un osito con dos globos

deseándome feliz cumpleaños. Eso fue hace dos meses y cumplía veinticuatro. Una tarjeta cada cumpleaños. Ni una llamada en todo este tiempo.

—Olvídala, nena —dijo mirándola muy serio.

Ella agachó la mirada. —¿Sabes? Siempre he tenido la esperanza de poder conocerla. Por eso participé en el concurso, pero en cuanto me inscribí me arrepentí.

—Pues me alegro de que lo hicieras porque ahora estás aquí.

Diana sonrió. —Sí, te he conocido a ti. Solo por eso ya ha merecido la pena.

## Capítulo 5

Se pasaron horas hablando y sorprendida él le dijo que debían irse porque cerraban a las tres. —¿Son las tres de la mañana? —preguntó asombrada.

—Esto son las Vegas, preciosa. Aquí no hay horarios —dijo rodeando la mesa y apartándole la silla—. Ahora viene lo mejor. —Diana se sonrojó y él se echó a reír. —¿Qué te estás imaginando?

—Nada.

—Ya, claro.

Cogió su mano y se acercaron a Nicolas que estaba hablando con una mujer rubia preciosa. Casi se tropieza de la impresión al ver que era una actriz famosísima. —Dios, es...

—Shuss... —Como si nada se acercó a la mesa sonriendo. — Nosotros nos vamos. Venimos a despedirnos. —Miró a la actriz. —Tiffany...

—Te veo bien, Turner. ¿Es tu nueva presa?

—Tiffany no seas mala —dijo Nicolas a punto de reírse—. Mi sobrina

tiene mucho sentido del humor.

—Soy su novia —dijo Diana rodeando su brazo.

—¿Y lo sabe él, bonita? —preguntó con ironía—. Porque suele ser el último en enterarse.

—Pues esta vez se enteró antes que yo. —Le miró comiéndoselo con los ojos y Turner sonrió.

—Es cierto, Tiff. Me la ha presentado como su novia.

Eso sí que la sorprendió. —No fastidies Turner. ¿Te casas?

Bueno, eso ya era pasarse.

—No puedo dejarla escapar, pero será algo íntimo.

—Vaya, me voy a perder la boda del siglo —respondió Tiffany mientras Diana disimulaba su sorpresa—. Os deseo toda la felicidad del mundo.

Diana levantó la barbilla. —Y yo que te creía mejor actriz... Menuda decepción guapa, mientes muy mal.

—Soy una actriz estupenda. Quería que notaras la ironía.

—No, si digo que eres una pésima actriz porque no eres capaz de disimular tus celos. —Sonrió de oreja a oreja. —Buenas noches Nicolas.

—Buenas noches, niña. Has de decirle a tu abuelo que tiene que

pasarse por aquí.

—Se lo diré.

Turner le susurró al oído mientras se alejaban —Tienes mala leche. Me has sorprendido porque Tiff puede llegar a arañar con sus comentarios.

—Esa no me llega ni a la suela de los zapatos. Soy de Brooklyn.

Turner se echó a reír y en cuanto salieron Tiffany miró a Nicolas. —  
¿Qué opinas?

—He hablado un rato con ellos y me gusta. Es hermosa e inteligente.

—¿Se va a casar con ella?

—¡Qué va! Ya conoces a Turner. En cuatro días se habrá aburrido de ella y saldrá con una bailarina. Es la novedad. Le atrae por su inocencia. Eso es todo.

Tiffany miró hacia la puerta. —Esa tía no es tan inocente, te lo digo yo.

—¿Estás celosa? Puedes tener al hombre que quieras.

Le miró a los ojos. —No, al que quiera no.

—Ni le tendrás jamás, así que olvídate de él.

Apretó los labios agachando la mirada. —Lo sé. Me lo ha insinuado mil veces.

—No dejes que esa atracción que sientes por él enturbie una relación

que ha sido como de hermanos durante toda la vida. Y con esos comentarios que sueltas se te ve más desesperada cada día. Pasa página Tiff, porque Turner nunca será tuyo y puede que se cabree de veras. Y ya le conoces cabreado. — La advirtió con la mirada.

—Tranquilo, tío. Sé donde está el límite —siseó mirando hacia la puerta.

—Más te vale.

Entró en la suite y suspiró cerrando la puerta antes de apoyarse en ella. Soltó una risita recordando lo que le había dicho antes de entrar y descalza caminó por el suelo de mármol sintiendo que había pasado la mejor noche de su vida.

Su abuelo y su padre con los ojos como platos la vieron pasar sin que se diera ni cuenta de que estaban allí.

—¡Diana! —gritó su padre sobresaltándola.

Les miró con los ojos como platos antes de sonreír de oreja a oreja. — Ah, estáis ahí. Me voy a la cama que estoy agotada. —Tarareó yendo hacia la habitación recordando cómo había estado toda la noche entre sus brazos al ritmo de la música y soltó una risita.

Cuando cerró la puerta suavemente Robert jadeó de indignación y el abuelo reprimió la risa. —¡No tiene gracia! ¡Ni nos ha dicho dónde ha estado!

—Es adulta. No tiene por qué decir nada.

Se levantó furioso. —¿La has visto?

—Sí, está enamorada hasta las trancas. —Se levantó con esfuerzo acariciándose la costilla. —Esto ha merecido la pena.

—¿Y cómo sabes que ha estado con él? Por lo que sabemos ha podido estar con un pela mangos que no tiene donde caerse muerto.

—Confío en mi nieta. Sabe lo que se hace. Joder, lo que duele esto.

Robert entrecerró los ojos mirando la puerta de su hija. Hizo una mueca porque al menos estaba bien. Pero por mucho que dijera su padre a él no terminaba de gustarle ese tipo. Gruñó pasándose la mano por el cabello y se hizo daño en la herida. —Joder, este viaje nos está dando demasiadas sorpresas. Esperemos que no vayan a más.

Tumbada en la hamaca cogió la copa de su zumo y bebió por la pajita cuando una sombra se puso ante ella. Sonrió poniéndose de pie casi de un salto dejando la copa sobre la mesa y se acercó a Turner que la cogió por la cintura pegándola a él. —¿Estás aquí sola?

—Se están echando una siesta. A papá le dolía la cabeza y no ha dejado de gruñir desde la comida y a mi abuelo le duele el costado.

—Así que puedo aprovecharme de ti —susurró agachando la cabeza y besando su labio superior—. Nena, sabes a melocotón.

—¿Ya estás libre? —preguntó en voz baja atenta a sus labios que la rozaban de una manera que la estremecían de arriba abajo.

Él suspiró apoyando la frente en la suya. —Tengo una cena y no puedo. Es un cliente muy importante de una multinacional que trae a muchos de sus empleados a mis hoteles y...

—Entiendo. —Acarició su cuello. —No pasa nada. Nos vemos después.

—¿Por qué no me esperas en el ático? —Lo miró sorprendida y él apartó un mechón de su sien con suavidad. —Así cuando llegue no tengo que ir a buscarte a la habitación.

—¿Y quién te ha dicho a ti que estaría en la habitación? —preguntó divertida—. Esto es las Vegas.

—Muy graciosa. —La pegó a él. —¿A cuántos has espantado hoy?

—Bah, solo a tres, por eso tengo que salir porque si no bajaría mi media.

Turner se echó a reír. —¿Irás con tu padre?

—¿A dónde?

—Muy graciosa, no quiero que salgas sola. Hay mucho psicópata suelto.

—Ayer salí sola y me encontré contigo.

—No, nena. Saliste y yo te seguí, que es muy distinto. ¡También puede seguirte otro! ¡Y aquí hay mucho salido pasado de copas!

—Pues si es tan guapo como tú...

Turner se tensó. —¿Qué has dicho?

Diana perdió la sonrisa al darse cuenta de que le había molestado. — Era una broma, Turner.

Él la cogió por la nuca inclinándole el cuello hacia atrás para que le mirara a los ojos. —Mira, guapa... Si estás conmigo, lo estás para todo. No pienso tolerar que juegues a que estás de vacaciones y me tomes el pelo. Como se te ocurra, te vas a acordar de mí. Eso te lo juro —siseó dejándola helada por su frialdad. Sus ojos azules la miraban como si la odiara.

—Suéltame Turner —dijo casi sin voz sintiendo que se le retorció el corazón de la decepción.

Él se apartó y apretó los labios. —Será mejor que no nos veamos esta noche.

—Sí, creo que será lo mejor. —Dio un paso atrás. —De hecho, creo

que no deberíamos vernos más. No me gusta que me amenacen.

Turner apretó las mandíbulas antes de asentir alejándose de la piscina. Diana le observó irse sin mirar atrás y apretó los puños sin saber qué era lo que había ocurrido. Estaba bromeando y de repente se había enfadado sin razón. Se sentó en la tumbona apoyando los codos sobre las rodillas pensando en ello. Estaba claro que le había molestado que saliera sola y era muy libre de hacer lo que le viniera en gana. Furiosa se levantó cogiendo su bolsa y salió de la piscina sin ponerse el pareo siquiera. Llegó a la suite y cerró de un portazo. Su abuelo la miró con la boca abierta. —Niña, qué pas...—El portazo de su habitación le hizo hacer una mueca. —Está furiosa.

Robert recorrió el salón ya preparado para la cena y llamó dos veces. —Hija, abre.

—¡Déjame papá! ¡Voy a cambiarme!

—¿Qué ha pasado? ¡Y no me refiero a ahora que es evidente que habéis discutido! ¡Me refiero anoche!

—No ha pasado nada, ¿vale? ¡No me he acostado con él!

Los dos se miraron atónitos y el abuelo sonrió. —La ha respetado.

La puerta se abrió de golpe. —¡No, no me respeta! ¡Por eso he cortado con él! ¿Contentos?

—No —contestaron los dos a la vez. Robert entrecerró los ojos—.

¿Cómo que no te respeta? Explícamelo bien por si tengo que comprar un bate de beisbol, porque el mío me lo he dejado en casa.

Diana sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas. —Me ha amenazado.

Su abuelo se levantó. —¿Qué has dicho?

Dudó en si contárselo, pero necesitaba una segunda opinión por si le había malinterpretado. —Él tiene una cena y no podía quedar. —Ambos asintieron. —Me ha dicho que le esperara en su suite y yo le he dicho en broma que esto es las Vegas. Él no quería que saliera sola. —Ambos asintieron de nuevo. —Que había mucho sinvergüenza pasado de copas o algo así. Yo le he dicho que si era tan guapo como él... —Se encogió de hombros. —Pero era broma y se enfadó. ¡Me ha dicho que si le estaba tomando el pelo me iba a acordar de él!

Robert tomó aire por la nariz antes de mirar a su padre. —Voy a comprar el bate.

—Sí, hijo.

—¿He hecho bien? —preguntó antes de echarse a llorar.

—Sí —respondieron los dos a la vez de nuevo de manera vehemente.

—¿Entonces por qué me siento tan mal? —gritó antes de entrar en su habitación cerrando de un portazo. Volvió a abrir un segundo después y les

señaló con el dedo—. Pues ahora sí que voy a salir.

—Muy bien dicho, hija. Nosotros te vigilamos.

—¡Voy a quemar la maldita discoteca!

—Bueno, no exageremos que terminamos en la cárcel —dijo su abuelo sonriendo con malicia—. ¿Sabes? Creo que voy a ir a comprarte un vestido a la boutique de abajo mientras te duchas. —Robert y Diana le miraron con horror. —Me asesorará la dependienta, ¿de acuerdo?

Ella asintió. —¡Algo rojo! Quiero sangre.

Entró de nuevo en su suite y Robert suspiró. —¿Dónde habrá una tienda de deportes por aquí?

—Mejor ven conmigo a la tienda y compramos algo entre los dos, que tiene pinta de ser carísima.

—¡Hija, vuelvo enseguida! ¡Tú no llores más que nosotros lo arreglamos!

Diana se miró al espejo del baño y les escuchó salir. Todavía no se lo podía creer. Con lo bien que les había ido el día anterior la había tratado como si fuera una fresca a la que le valía cualquiera.

Llamaron a la puerta y frunció el ceño porque su familia tenía sus llaves. Se puso el albornoz de detrás de la puerta y salió del baño saliendo de la habitación rápidamente. Como fuera él se iba a enterar. Abrió la puerta de

golpe para ver únicamente un enorme ramo de rosas. —¿Que? —gritó sobresaltando al chico que había detrás.

—El señor Bradley se lo envía con sus disculpas. —Intentó verla, pero el ramo era gigantesco.

Ella gruñó. —¿No me digas? —Cogió el ramo de rosas con jarrón y todo para lanzarlo con fuerza tras él y éste se estrelló en medio del pasillo salpicándolo todo y desparramando las rosas. —Dile que se lo meta por el... —Apretó los labios antes de cerrar de un portazo ante el botones que estaba atónito. —¡Trasero! —gritó desde el otro lado antes de volver a su habitación caminando como si fuera a la guerra.

Se duchó hasta con agua fría intentando calmarse porque pasaba del odio al llanto tan rápidamente que parecía una loca.

—¡Ya estamos aquí! —gritó su padre desde el salón.

Dejó la barra de labios roja y salió de la habitación dejando caer la mandíbula por el vestido que le habían comprado. Era de licra entallado con cristalitos en la cintura. La cosa más hortera que había visto en su vida.

—¿No te gusta? —preguntó su padre dudoso mirando el vestido—. Pues la gerente de la tienda me ha dicho que no sé qué cantante tiene uno igual. Y al parecer es muy famosa. A mí no me sonaba de nada, pero...

La madre que la parió. Se lo había querido quitar del medio y se lo

había encasquetado a ellos. Forzó una sonrisa porque aún así cumpliría su misión y no quería decepcionarles. —Me encanta.

Ambos sonrieron aliviados. —Y rojo como tú lo querías.

—Gracias, sois los mejores. —Se acercó a ellos y les dio un beso a cada uno en la mejilla.

—Para mi niña lo que haga falta —dijo su abuelo orgulloso.

—Estoy enseguida. —Cogió el vestido y se metió en la habitación posándolo sobre la cama. Hizo una mueca. Bueno, estaban en las Vegas. Allí no llamaría tanto la atención. Vio la etiqueta y gruñó por lo bajo al ver que se habían gastado dos mil pavos en aquella cosa que apenas le taparía el trasero. Si pillaba a esa bruja se iba a enterar.

Escuchó que llamaban de nuevo y se enderezó de golpe. —¿Quién es? —gritó antes de acercarse a su puerta y abrirla para ver en la puerta principal a un botones con algo en la mano—. ¿Qué quiere?

—Trae algo para ti.

—¿No me digas? —siseó acercándose fuera de sí. Vio un paquete con celofán dorado y lo cogió de su mano—. ¿De Turner?

El chico asintió antes de ver como recorría el salón y salía a la terraza para tirarlo con fuerza. El botones chilló antes de salir corriendo. Robert hizo una mueca. —Me da la sensación de que era algo carísimo.

—¿No me digas? Vaya, pues es una pena. —Les señaló con el dedo amenazante. —Enseguida estoy.

Desapareció de su vista y padre e hijo se miraron. —¿La has visto alguna vez tan furiosa? —preguntó Bill preocupado.

—Solo una vez...

—Pues yo no lo recuerdo.

—Estabas en Florida con mamá. Por vuestro aniversario.

Su padre abrió los ojos como platos. —No fastidies.

—Sí, papá. Estaba así, o casi. Creo que esto lo supera.

—Exageras, aquello fue una niñería.

—¡Una niñería por la que casi acaba en el correccional, papá! ¡Casi incendia el colegio porque la habían suspendido en matemáticas!

—No, fue solo la sala de profesores. Y ya sabes qué ocurrió. La niña tenía razón. ¡Esa profesora le tenía manía!

—Sí, por eso no se presentaron cargos, porque todo el mundo vio como desquiciada la llamaba de todo mientras la metían en la ambulancia. Y porque revisaron el examen y tenía un diez. ¡Ah, y porque pagué la reparación!

—Bah, solo tenía doce años. Tampoco fue para tanto. Nunca volvió a tener problemas con ningún profesor. Tiene un carácter buenísimo.

—¡Hasta que explota!

—En eso se parece a tu ex. Menudo carácter tenía. Le iban los dramatismos. —Hizo una mueca. —Sí que se parecen, sí.

Diana salió de golpe de la habitación y los dos sonrieron. —Estás... —La miraron de arriba abajo antes de fruncir el ceño porque el vestido se pegaba como una segunda piel y le llegaba por debajo del trasero. Con lo recatadito que parecía en la percha con sus mangas largas y su cuello redondo. Robert carraspeó. —Un poco apretada. Apretada y... cielo, ¿se te ha quedado la parte de abajo colgada en la percha?

—Es así, papá. —Caminó hacia la salida. —Vamos, me comería una vaca. Necesito energías.

—Uy, uy... —dijo su abuelo por lo bajo—. Al menos no lleva cerillas.

—Con ese vestido no las necesita. ¡Te dije que quería el otro!

—No era rojo.

—¿Nos vamos de una vez? —gritó ella desde el pasillo como un sargento.

Al llegar al comedor pasó ante el señor Colbert que dejó caer la mandíbula mirándole el trasero. —Con lo bonito que era el vestido verde —

dijo el abuelo antes de darle un empujón al hombre. Del impulso le espatarró en el hall—. Uy perdón... hombre, no le había visto. Es que se pierde vista con los años, ¿sabe?

Un camarero se acercó a toda prisa a ayudarlo. —¿Está bien?

Diana ignorándoles miró a su alrededor y vio la mesa de la noche anterior libre. —Nos sentaremos allí. —Sonrió maliciosa. —Así estaremos cerca del buffet.

—Perfecto —dijo Robert mirándola de reojo antes de que Diana pasara entre las mesas farfullando por lo bajo algo de una boda íntima—. ¿Qué ha dicho de boda? —preguntó mosqueado a su padre.

—Hijo, si no lo has oído tú, ¿crees en serio que ha llegado a mis oídos?

Se sentaron a su lado y Diana sonrió. —Qué noche más preciosa.

—Pero si no hemos salido, cielo. ¿Cómo sabes la noche que hace?

Diana miró a su abuelo como si quisiera cargárselo. —¡Me lo imagino!

—Ah, mejor me pido una cerveza.

—¡Agua! ¡Agua para todos!

—Vaya, al parecer se han acabado las vacaciones.

Diana sonrió como una loca. —No abuelo, las vacaciones acaban de empezar. Pero bebemos agua que el alcohol nos nubla el juicio y vemos cosas

donde no las hay. —Golpeó la mesa con la mano sobresaltándoles. —Y luego nos llevamos sorpresas.

—Pues si hay que beber agua, se bebe agua. Que es muy sana. —  
Asombrado miró a su hijo que gimió tapándose los ojos.

En ese momento llegó el camarero y Diana se levantó de golpe. —Voy a ver qué encuentro.

Suspiraron del alivio al verla coger un plato acercándose al buffet de las carnes. —Igual cuando coma algo se encuentra mejor —dijo el abuelo.

—No lo creo. Mira quien acaba de entrar.

Diana se tensó al ver por el rabillo del ojo que Turner vestido de smoking entraba en el restaurante mirando a su alrededor. Cogió el pincho de la carne y lo clavó en un solomillo como si quisiera asegurarse de que estaba muerto antes de dejarlo caer sobre el plato gruñendo por lo bajo que el muy cabrito estaba guapísimo. Llegó hasta ella el aroma de su after shave, pero no se movió. —Nena... —susurró tras ella—. Me gustaría hablar contigo un momento y...

Diana se alejó como si no hubiera oído nada y miró los diferentes tipos de patatas fritas. Él se puso a su lado y dijo por lo bajo —Te estás comportando como una cría.

Ella vio el pincho que tenía en la mano y lo dejó a un lado para coger

las pinzas sirviéndose una buena ración de patatas. —Me pasé, ¿vale? Por un momento me olvidé de como eras y creí que eras como las demás.

Vio unas salchichas y cogió el pincho de nuevo para pinchar con saña dos con él. Las dejó caer en el plato empujándolas con las puntas del índice antes de chupárselo. —Si vienes esta noche a mi ático, podemos hablarlo y...

El pincho apareció en sus partes y gimió al sentir las puntas sobre la delicada tela de su entrepierna. Le fulminó con sus preciosos ojos verdes. —Vamos a ver si te enteras... No quiero verte más. No quiero hablar más contigo y no, repito, no vuelvas a acercarte a mí.

—Nena... —Intentó ponerse de puntillas, pero ella presionó de nuevo haciéndole gemir con voz ronca. —Vale.

—¿Vale? ¿Vale qué?

—No quieres hablar más conmigo —dijo mirándola fijamente con esos ojos azules que la hacían temblar por dentro. Su corazón lloró porque los iba a echar mucho de menos.

—Es exactamente lo que he dicho. Ahora desaparece de mi vista. —Dejó el pincho sobre la encimera y sonrió cogiendo su plato para ir hacia su mesa como si estuviera encantada de la vida cuando en realidad le hubiera gustado patearle el culo hasta el comedor.

Con descaro se sentó en su sitio cruzando las piernas y él gruñó cuando

un tío a su lado se la quedó mirando. —¿Y tú qué miras? —gritó sobresaltándole.

—Nada —respondió antes de alejarse prácticamente corriendo.

—Cada vez hace mejor noche —dijo ella antes de coger una salchicha entre sus dedos y darle un fuerte mordisco.

Turner apretó los puños antes de acercarse a la mesa y sentarse en la silla libre. —¿Bill? ¿Robert?

—Hijo, creo que no es buena idea —dijo su abuelo.

—Tranquilo, se defiende muy bien sola. —La miró fijamente. —Nena, me voy a perder la cena. Solo quiero hablar contigo unos minutos para que te des cuenta de...

—¿Habéis oído algo?

Un tío de la mesa de al lado le guiñó un ojo y Turner perdió la paciencia. —¿Cómo la habéis dejado que salga así de la habitación? —Les fulminó con la mirada.

—¿Nos está echando la bronca? —preguntó Robert atónito.

—Sí, hijo. Nos está echando la bronca. —El abuelo sonrió. —Se lo hemos comprado nosotros. ¿A que está preciosa?

—¡Os gusta tanto como a mí! ¡Solo lo hace para fastidiarme!

Robert hizo una mueca. —Diana...

—No escucho nada —dijo cogiendo su tenedor y pinchando con saña la carne—. Uy, qué blandita.

—¿Sabes cuántas mujeres pasan por este hotel con ganas de echar una cana al aire? —siseó Turner furioso—. ¡No te conozco de nada! —Eso la cabreó aún más y cogió el cuchillo cortando la carne hasta que el plato chirrió. —¡Joder, si hasta te he pedido matrimonio y me sueltas que te vale otro mientras sea guapo!

Su padre y su abuelo la miraron sonrojándola. —¡No me pidió matrimonio! ¡Para fastidiar a una borde, dijo que nos casaríamos! —Abrió los ojos como platos. —Ni os imagináis quien era. ¿Y me puse yo celosa? ¡No!

Volvieron a mirar a Turner. —¡No estaba celoso! —Robert y Bill levantaron las cejas. —¡No lo estaba! —Miró al de la mesa de al lado. — ¡Vuelve a guiñarle el ojo y te vas a quedar tuerto, imbécil!

—Uy, menudo ataque de cuernos —susurró su abuelo—. Hijo, ¿no tenías una cena?

Él miró su reloj. —Joder, voy a llegar tarde. —La miró como si fuera culpa suya. —¡Sabes lo importante que es esta reunión!

—Pues vete. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—Diana... —la advertencia era clara.

Le señaló con el cuchillo. —¡A mí no me hables en ese tono!

—¡Es que estoy cabreado!

—¡Y yo también!

Se miraron a los ojos, pero Diana dolida agachó la mirada. Él apretó los labios. —Nena, no quería hacerte daño. Sé que no eres como las demás y no sé qué se me pasó por la cabeza para decirte lo de la piscina.

Le miró fríamente a los ojos. —Sí que soy como las demás. Vete.

Él apretó los labios levantándose. —Muy bien. Por cierto, la pulsera que te regalé terminó en la piscina. La mujer que la haya cogido, estará encantada de la vida porque me ha costado doce mil pavos.

—¿No me digas? —preguntó como si le diera igual antes de seguir comiendo.

—Me alegro de que eso no te haga perder el apetito.

—Pues no.

—Te veo después de la cena.

—No si te veo yo a ti primero —dijo con burla—. Por cierto, no estaré en mi habitación. Pienso irme de fiesta. —Sonrió dulcemente. —Espero que se te indigeste la cena, cielo.

Él gruñó antes de alejarse con paso firme y gritarle a Colbert —¿Qué coño hace ese carrito ahí? ¡Y arréglese la corbata, hombre! ¡Este es un hotel de lujo!

—Sí, señor Bradley.

—Menudo cabreo lleva. —Su abuelo la miró antes de sonreír. —  
¿Boda?

—No le habéis visto en la piscina. —Cogió la copa de agua. —Ahora va de víctima, pero no me trago nada. ¡Y no va a haber ninguna boda! —Bufó cortando la carne de nuevo molesta consigo misma porque su corazón se había alegrado de verle. —No me conviene.

—Hija, pues si tú crees que no te conviene... —Robert sonrió. —  
Asunto zanjado.

Miró de reojo a su abuelo. —¿No dices nada? —preguntó inquieta.

Bill suspiró. —¿Sabes, niña? Yo solo quiero que seas feliz. Pero no os conocéis. Solo habéis pasado unas horas juntos y no tenéis nada en común. —  
Dejó caer los hombros decepcionada. —Pero si hay lo que debe haber entre un hombre y una mujer, el amor fluye. No se puede evitar. Mira tu abuela. El día en que me conoció me pegó un empujón que me tiró del tiovivo y todo porque me burlé de sus trenzas. Y seis años después nos casábamos. —  
Frunció el ceño pensando en ello. —Lo mío me costó convencerla de que me encantaba su cabello. Creo que nunca se quedó tranquila con eso.

—¿Me estás diciendo que debo conocerle mejor? —preguntó asombrada.

—Y estás perdiendo un tiempo precioso porque nos vamos en seis días.

Robert gruñó. —Necesito una cerveza.

—Papá, ¿tú qué opinas?

—Yo no tuve un matrimonio feliz, así que no soy nadie para dar consejos sobre cómo llevar una relación. —La miró a los ojos. —Pero sé una cosa. Mis padres discutían constantemente y se querían con locura. Yo nunca discutí con Meredith hasta que encontré la nota que decía que me dejaba. ¿Y sabes por qué creo que me dejó? Precisamente porque asentía a todo para no perderla. Y al final fue lo que conseguí. Eso y una úlcera de tanto morderme la lengua.

Se quedó sin aliento. —¿De veras?

Robert sonrió. —No está mal que te diga lo que piensa, cielo. Pero con un límite, ¿me entiendes? Y ese límite lo tienes que poner tú.

Diana sonrió maliciosa y su abuelo gimió. —Me equivocaba, eres igualita que tu abuela. Éste se va a pegar una leche al caer del tiovivo...

## Capítulo 6

Sentada en la barra dejó la aceituna al lado y bebió de su Martini. Se estaba aficionando a esa bebida. Un hombre se puso a su lado y sonrió. —  
Hola, ¿estás sola?

—Parece el título de una peli de terror —dijo antes de beber de su copa.

El tipo se echó a reír. —Me llamo Jason.

Giró la cabeza hacia él y forzó una sonrisa levantando la cabeza porque era enorme. —No quieres conocerme.

—Claro que sí. ¿Quieres otro de esos?

—No, gracias. Y te digo que no quieres conocerme, porque mi novio está a punto de llegar. —Ya se estaba retrasando y la molestaba un poco. ¿A qué hora terminaba la cena? Estaba muerta de sueño.

—Bueno, pues te hago compañía mientras tanto.

Parecía majó y antes de que se le acercara otro pesado... Alargó la mano hacia él. —Diana.

—Diana, preciosa como una diosa.

—No me digas que te van las rimas, porque me pego un tiro.

Jason se echó a reír. —Qué va. Pero tú me inspiras. Así que tu novio está al caer.

—Tenía una cena de negocios.

—Ah, ¿eres de aquí?

Negó con la cabeza. —De Nueva York, pero él sí que es de aquí. ¿Y tú?

—De Minnesota. Venimos a una despedida de soltero. —Señaló con la cabeza a un grupo de tíos que brindaban en ese momento.

—¿Eres tú el que se casa?

—No, es mi hermano mayor. —Apoyó los codos sobre la barra mirándola como si realmente le gustara mucho. —Así que eres de Nueva York. No lo conozco. ¿Me gustaría?

—No conozco a nadie al que no le guste Nueva York. —Se echó a reír.

—Aunque claro, todos son de allí.

—Estuve a punto de ir a estudiar a Columbia.

—¿Y al final fuiste a...?

—Stanford.

Silbó haciéndole reír. —¿Y qué has estudiado cerebritito?

—Soy abogado. ¿Y tú, preciosa? —Uy, uy con este. Iba de amiguete, pero quería un polvo como todos.

—Soy auxiliar de dentista. Aunque mi jefe solo se dedica a la higiene bucal. —Se la comió con los ojos y ella se sonrojó. —¿Por qué me miras así?

—Porque eres la chica más bonita y simpática que he conocido nunca.

—Pues está conmigo —dijo Turner tras él con mala leche.

Diana sonrió al verle. —¡Turner, estás aquí!

—Nena, ¿cuántos de esos has bebido?

—Dos. Papá ya me mira mal.

Turner mosqueado miró a su alrededor y Robert le saludó llevándose la mano a la frente antes de levantarse y salir del local. Jason carraspeó y Turner se le quedó mirando. —¿Qué esperas? ¿El autobús?

—¿Este es tu novio? —preguntó molesto.

—Bueno, novio, novio... —Se acercó para decir en voz baja —Me lo estoy pensando.

—Diana... Vamos a casa, que me estoy poniendo de mala hostia.

—Está enfadado porque hoy le he dejado.

Jason frunció el ceño cruzándose de brazos al ver que se le escapaba

su presa. —¿No me digas?

—Creo que eso no es asunto tuyo —dijo Turner sin intimidarse en absoluto—. Ahora fuera de mi vista que quiero hablar con mi mujer a solas.

—Pues ella no considera que sea tu mujer. Lo acaba de decir.

—Es que es abogado. Sabe sacarle puntilla a todo. —Bebió de su Martini y Turner le cogió la copa apartándola de sus labios. —¡Turner! ¡Me has manchado el vestido!

—Oye tío... —Jason le apartó dándole un empujón en el pecho. —No te pases.

Tres de seguridad y los camareros aparecieron a su alrededor, pero Turner les hizo un gesto con la mano dejando caer la copa al suelo. —No es cosa vuestra, chicos. Yo me encargo —dijo sin dejar de mirar a Jason fijamente haciendo que se tensara cuando se abrió la chaqueta del smoking.

Jason le sacaba media cabeza y pesaba mucho más que él. Diana asustada susurró —Turner, déjalo.

—No, cielo. ¿No era esto lo que querías? —Se puso como un tomate porque no podía negar que quería provocarle, pero no al punto de que le rompieran la cara.

—No, no quiero esto.

—Pues ahora ya no hay vuelta atrás. —Le entregó la chaqueta a un

camarero y levantó una ceja. —Vuelve a empujarme si tienes huevos.

Jason sonrió malicioso. —Mira, enano... —Diana levantó una ceja porque medía más de uno noventa. —Contigo no tengo ni para empezar, así que quédate tranquilito antes de que me toques esos huevos que sí tengo y tenga que partirme la cara. Si esta zorrita te da problemas no es asunto mío.

Diana jadeó del asombro por el insulto y siseó —¡A mi novio nadie le llama enano, bestia parda! Pártele la cara, cielo.

Pero Turner no la escuchó porque se había tensado tanto cuando la había llamado zorra que todos sus músculos se notaban a través de la camisa. —Nena, apártate. Este gilipollas va a salir de aquí calentito. —Sonrió de una manera que ponía los pelos de punta. —Espero que no tengas habitación en el hotel, aunque eso da igual porque hoy duermes en el hospital.

Un camarero la cogió por el brazo haciendo que caminara hacia atrás varios metros justo antes de que Jason picado por sus amigos se lanzara sobre Turner y Diana gritó para ver como éste le esquivaba sin esfuerzo provocando que cayera sobre una de las mesas que rodeaban la pista de baile. Varios gritaron apartándose y los de seguridad les ordenaron que se alejaran. Jason se levantó furioso mientras los suyos seguían animándole y le lanzó un puñetazo a Turner que se inclinó hacia atrás por un pelo antes de darle un rechazazo que a Jason le rompió la nariz. Se tambaleó hacia atrás y Turner le cogió del brazo haciéndole una llave de artes marciales que le hizo volar por los aires antes de

caer sobre una mesa haciéndola añicos. —¿Te rindes? —preguntó Turner divertido mientras él gemía en el suelo antes de darle otro puñetazo—. Si quieres puedo seguir toda la noche hasta que tengas que arrastrarte hasta el cuchitril del que hayas salido.

Alguien gritó con furia y Diana asombrada vio que los amigos de Jason se tiraban sobre Turner, que cayó al suelo con al menos dos encima. Chilló de miedo lanzándose sobre la espalda de uno grandote y le tiró de las orejas con fuerza haciéndole gritar. Entonces se desató el caos porque los de seguridad se tiraron sobre ellos y aquello se convirtió en una batalla campal. De repente alguien la cogió por la cintura y ella le dio un codazo en la cara para que la soltara antes de gritar como una loca lanzándose sobre otro de los amigos de Jason arañándole la cara. —¡Malditos abusones! ¡Soltadle!

—Nena, estoy aquí.

Sin dejar de tirar del pelo de uno, miró hacia atrás para ver a Turner mirándola divertido con el ojo algo hinchado. —¿Quién te ha hecho eso?

—Tú. Vamos, fiera. Ya se encarga mi gente de despejar el local. —Un tío iba a golpearle con una botella y ella gritó arrancándole un mechón de pelo al que tenía agarrado. Turner se volvió y le metió una patada en el estómago que le tiró sobre la barra resbalando del impulso al otro lado, antes de pegarle un puñetazo al que le había dejado medio calvo que se volvía hacia ella. Puso los ojos en blanco antes de caer sobre Jason que parecía desmayado.

—Qué bien pegas —dijo ella con admiración antes de coger su mano.

—Nena, te voy a prohibir la entrada al hotel —dijo mosqueado.

—¡Esto lo has empezado tú!

—Me estás costando un montón de pasta. —Tiró de ella hacia la salida y siseó a uno de los empleados. —Echadles a la calle. No quiero verles de nuevo por aquí.

—Sí, jefe —respondió sonriendo orgulloso.

Ella se miró la mano y gimió con asco soltando el pelo que aún tenía agarrado. Turner gruñó —Dos días aquí y dos peleas. Tu familia y tú sois un peligro. Os voy a enviar a los hoteles de la competencia a ver si los hundís.

—Repito, esto lo has empezado tú. Yo estaba hablando con él tranquilamente.

—¡Para fastidiarme a mí!

Ella se detuvo en medio del hall. —¡Oye, yo hablo con quién me da la gana!

—¡Ese quería mucho más que hablar contigo!

—¿Y qué? ¡Para eso tengo boca! ¡Para decir que no cuando yo quiera!

Él apretó los labios. —¡Nena, hablaremos de esto arriba que bastante espectáculo hemos dado ya!

Se sonrojó cuando vio que varios estaban mirándoles, así que respondió —Vale.

—¿Vale? ¿No tienes nada que replicar? Menudo milagro.

Jadeó indignada dejándose llevar hasta el ascensor que ya estaba allí y le observó de reojo pulsar el botón del ático con un golpe seco. En cuanto las puertas se cerraron susurró —No te quiero de novio si vas a ser un dictador.

—¿Seré dictador cuando crea que haces algo mal si es por nuestro bien!

—¿Por lo que tú crees que es nuestro bien!

—¿Exacto! ¿No creo que tu salida de hoy nos haya beneficiado en nada!

Levantó la barbilla. —Me ha beneficiado a mí en dejarte muy clarito que pienso seguir haciendo lo que me da la gana.

—No, nena. ¿Lo que has dejado muy claro es que te encanta salirte con la tuya! ¿Acaso te vas de copas sola por Nueva York? ¿Lo has hecho para joderme a mí! ¿Y lo que ha pasado ahí abajo se venía venir! ¿O pensabas que me iba a quedar de brazos cruzados mientras ligabas con otro? Lo has provocado tú. ¿Si no hubiera hecho nada, habría quedado como que no me importabas y como me importas, ha pasado esto!

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Te importo?

—¡Ahora no me sonrías, que estoy cabreado!

Salió del ascensor dejándola atrás y Diana jadeó saliendo tras él. — ¡Oye, yo te sonreiré lo que me dé la gana! Eres tú el que ha metido la pata y eres tú quien debería disculparse.

—Lo que más me jode de todo esto es que me has tenido miedo — Abrió la puerta del ático furioso pasando sin esperarla.

Diana cerró de un portazo viéndole ir hasta el bar. —¡Será porque me amenazaste!

—Mira guapa, en mi mundo eso no es una amenaza. ¡Es una advertencia! ¡Cuando te amenazan, suele haber una pistola por el medio!

—¿Qué? —Perdió todo el color de la cara. —Turner, ¿de qué hablas?

Él apretó los labios antes de beber su bourbon de golpe. —Déjalo.

—¡No, déjalo no! —Caminó hacia él. —¿De qué estás hablando? ¿Te han amenazado?

Turner la miró a los ojos durante unos segundos y sonrió antes de acariciarle la mejilla. —Eres tan inocente... Debería enviarte a tu habitación y olvidarme de ti.

—¿Y por qué no lo haces? —susurró abrazándole por la cintura necesitando sentirle.

Se abrazó a ella con fuerza como si la necesitara y los ojos de Diana

se llenaron de lágrimas. —Estoy aquí.

—¿Durante cuánto tiempo, nena?

—¿Cuánto quieres que me quede a tu lado?

Él se apartó para mirarla a los ojos. —Quiero que te quedes para siempre.

Una lágrima corrió por su mejilla y Turner se la limpió con el pulgar. —Me gustaría que te quedaras para siempre. Eres la mujer que siempre he soñado para tener una familia. Mi familia —dijo con posesividad—. Nadie me conoce, nena. Ni siquiera los que se consideran mis amigos saben que lo que más quiero en esta vida es tener mi propia familia y quiero que tú seas mi mujer. Sé que no lo entiendes, sé que es muy precipitado, pero te necesito. Ayer durante la cena me di cuenta de que eres la persona que llevaba esperando toda mi vida y si me puse así en la piscina fue porque no sabes millones de cosas que no quiero contarte porque saldrías corriendo y no volvería a verte.

Casi sin aliento susurró —¿Qué cosas? —Él pareció decepcionado dejando caer los brazos. —No te pongas así. No es justo que me entregue a esta relación sin saberlo todo. —Le sujetó por el brazo impidiendo que se alejara porque no quería perderle, pero no podía entrar en esa relación con los ojos cerrados. —Si quieres que formemos esa familia, debes decirme todo

desde el principio. —Él hizo una mueca sirviéndose otro bourbon. —  
¿Necesitas eso para hablar conmigo?

—Sí, porque prefiero estar borracho cuando te largues.

Se le rompió el corazón. —No digas eso. Significa que no tienes  
confianza en mí o en lo que siento y me haces daño.

Él apretó el vaso entre sus dedos y lo dejó sobre la barra antes de  
mirarla a los ojos. —¿Qué ves en mí? ¿Qué pensaste cuando me viste por  
primera vez?

Diana sonrió sin poder evitarlo. —Que estabas para comerte.

Turner rió por lo bajo. —¿De veras?

—Y que me moría por saber el color de tus ojos. Te vi de perfil.

—Pues la mayoría de las mujeres no piensan en esas cosas. Pero tenía  
que suponer que tú no pensarías lo mismo que las demás.

—¡Claro que piensan que estás muy bueno!

Turner sonrió. —No, nena. Piensan, mira que tío con pasta. Ah, ¿es el  
dueño del hotel? ¿Tiene tres hoteles? Éste no se me escapa.

Le dio muchísima pena que tuviera ese concepto de sí mismo. —No es  
cierto. Tienes miles de virtudes que son evidentes antes de enterarte de esas  
cosas. Eres fuerte, seguro de ti mismo y me hubiera fijado en ti aunque  
hubieras ido en pelotas. De hecho, me hubiera fijado más.

Negó con la cabeza divertido. —No, cielo. Ese es tu punto de vista, pero mis años de experiencia dicen otra cosa. La primera mujer con la que salí tenía dos años más que yo. Mi abuelo me advirtió desde el principio y yo que estaba loco por ella no le hice ni caso. Esa fue la primera vez que mi abuelo me dio una lección. Me la encontré en su cama riendo mientras le regalaba una pulsera de oro. —Diana no se lo podía creer. —Tenía dieciséis años y ella dieciocho. Lo primero que me dijo al verla fue que mi abuelo era mucho más divertido que yo, pero mi abuelo me explicó lo que ocurría después de echarla de la habitación de unas maneras que no voy a describir. Me dijo que nunca me fiara de nadie. Que solo me buscarían por interés y que las Vegas estaba llena de mujeres buscando una oportunidad de encontrar a un idiota como yo.

—Cielo...

—No sientas pena porque tenía razón, Diana. Todas las mujeres con las que he salido han buscado algo de mí. —Se tensó con fuerza. —Todas. Incluso Tiffany quería mis contactos para ser famosa. Con ella no llegué a salir, porque nunca la he visto de esa manera, pero incluso cuando hay una amistad se busca un resultado. Me ha ocurrido durante toda mi vida. Incluso las que aparentaban que tenían dinero me han buscado por el interés. Mi abuelo tenía razón. Pero llegaste tú. —Sonrió mirándola a los ojos. —Y creí que eras igual. Si te lleve a cenar a ese sitio, fue para probarte. Y durante un momento pensé que eras igual.

—Por lo del coche y el comentario que hice antes de entrar en el restaurante.

—Exacto. Pero analicé tu conducta durante toda la noche. Eras amable con todos, divertida, abierta, hablaste por los codos de tu vida y era una vida que no ambicionaba nada. Solo ser feliz con su familia. Porque aunque has querido volar sola, les quieres tanto que les echas de menos cada minuto.

—Vaya, gracias. Perdona, pero yo tengo ambiciones —dijo indignada.

—¿Si? ¿Cuáles son?

Se sonrojó con fuerza. —Bueno, pues...

—Nena, no te esfuerces. Cuando tiraste la pulsera por la terraza me di cuenta de que el dinero te importa muy poco.

—Bueno, si no lo tengo me preocupa.

—Como a todos. Pero no ambicionas más.

—Vale, no me da por ir poniendo hoteles por ahí. Soy feliz así.

—Pues lo que te acabo de decir —dijo divertido al verla enfadada.

Gruñó sentándose en el sofá. —Muy bien, sigue. Me probaste y te gustó lo que viste.

Sus ojos azules brillaron caminando hacia ella. —Me gustó mucho, nena. ¿Crees que le dije a Nicolas que nos casaríamos por las buenas? En cuanto me levanté de esa mesa, tuve intención de llevarte al altar porque eres

lo que siempre había buscado.

—Pero...

—Pero eres demasiado inocente para tener esta vida y como te decía antes, puede que salgas corriendo.

—¡Turner al grano! Se nos va la noche y quiero que me hagas el amor.

Él la miró como si quisiera devorarla y se quitó la pajarita cortándole el aliento. Distraída vio como la tiraba sobre la mesa de centro de cristal antes de ver como esas manos empezaban a abrir los botones de la camisa. — Cariño, ¿dejamos la conversación para después? —Turner se abrió la camisa sacándola de la cinturilla del pantalón y al mostrar su pecho para quitársela del todo, Diana palideció al ver dos cicatrices que recorrían su torso. Una en el estómago y otra sobre el pectoral izquierdo.

—Este es un negocio peligroso, nena —dijo con voz ronca—. Nuestra vida estará en peligro casi continuamente. Con diecinueve años me secuestraron a la salida del hotel y pidieron un rescate a mi abuelo. No podía pagar lo que pedían y murió de un infarto cuando me encontraron de milagro tirado en una cuneta. Me retuvieron seis días y no soportó la tensión.

—Cariño... —Se levantó lentamente y acarició la cicatriz de su pecho.

—Debería llevar seguridad continuamente, pero no lo hago porque no soporto a una persona detrás de mí a todas horas.

—Por eso sabes artes marciales.

—Y en el coche llevo pistola. En mis negocios se mueven millones de dólares a la semana, cielo. Siempre hay alguien que quiere lo que no es suyo y siempre nos enfrentaremos a este tipo de cosas. —Cogió su mano sobre su pecho y ella le miró a los ojos. —Hace tres años se metieron aquí para amenazarme con que no comprara el solar donde está uno de mis hoteles. Una mafia quería comprarlo a un precio menor y quería que me echara atrás.

—¿Y qué hiciste?

—Tuve que negociar con su jefe. —Apretó los labios. —Salió bien, pero...

—Podía haber terminado muy mal.

—¿Lo entiendes? Tu vida cambiará para siempre. Muchas estarían encantadas de llevar la vida que te propongo porque conseguirían lo que quieren, pero yo te deseo a ti y no sé si podrás con esto. La discusión que hubo en la piscina no va a ser la única. Si te digo que hagas algo, debes hacerlo sin rechistar. ¿Me entiendes? —La cogió por la nuca pegándola a él. —Y como no lo hagas, me voy a cabrear.

Nunca en su vida se sintió más excitada que en ese momento. —Te pusiste celoso.

—Otra cosa que vas a corregir, porque si eres mía lo eres del todo.

Su sangre corrió por sus venas de manera alocada y se dijo que prefería sentir con él, aunque corrieran peligro, que no sentir en absoluto. —Sí quiero.

Turner atrapó su boca entrando en ella de manera apasionada y entrelazó su lengua con la suya parándole el corazón de la impresión. Gimió abrazando su cuello y él bajó las manos a sus glúteos pegándola a su sexo endurecido. Abrió los ojos como platos sintiendo que se mareaba y él se apartó con la respiración alterada. —¿Demasiado, preciosa?

—¡No te detengas! —Le besó impaciente y él gruñó levantándola para ponerla a su altura. Ella dejó caer los zapatos saboreándole y Turner gimió abrazándola mientras caminaba hacia el sofá dejándola de pie sobre él. Cogió el vestido tirando de él hacia arriba y apartaron sus bocas impacientes para sacárselo por la cabeza dejando que su melena cayera sobre sus hombros.

Turner la miró de arriba abajo tirando el vestido tras él. Mirando sus pezones endurecidos con deseo, se sintió la mujer más sexy del mundo. Cogió la goma de sus braguitas negras y levantó la vista hasta sus ojos. —Aún puedes arrepentirte. Si vas a detenerme, hazlo ahora nena, porque después no sé si seré capaz de parar.

—Te deseo —susurró acariciando su cuello—. Solo a ti.

Bajó sus braguitas lentamente sin dejar de mirar sus ojos y al llegar a

sus rodillas las dejó caer sobre el sofá de piel negra acariciando sus muslos de vuelta hacia sus glúteos. —Tienes la piel más suave del mundo. —Metió un pezón en su boca sin dejar de mirarla y Diana gritó arqueando su cuello hacia atrás mientras se aferraba a sus hombros temiendo caer por el rayo que la traspasó. Turner lo lamió suavemente antes de chupar con ansias para pasar al otro y adorarlo de la misma manera volviéndola loca de placer. A partir de ese momento Diana no fue capaz de pensar y ni se dio cuenta de cómo la tumbaba en el sofá abriendo sus piernas porque sus labios la estaban volviendo loca. Cuando esos labios bajaron hasta su ombligo gimió retorciéndose de necesidad gritando sobresaltada cuando sus dedos rozaron su sexo suavemente. Ella llevó sus manos hacia atrás aferrándose a uno de los cojines de seda y se le cortó el aliento cuando sintió como uno de sus dedos entraba en su interior lentamente. Arqueó su espalda gimiendo por la presión que sentía y él juró por lo bajo antes de colocarse sobre ella y atrapar su boca besándola de una manera que la dejó sin aliento, para sentir como entraba en su interior de un solo empujón haciéndola gritar de dolor por la sorpresa. Se miraron a los ojos durante varios segundos en los que él la acarició sin moverse. Turner estaba muy tenso y Diana susurró —¿Ya te has...?

Él reprimió una sonrisa. —No, nena. Ni siquiera he empezado todavía.

—Uff, menos mal. —Él besó su labio inferior. —¿Y cuándo empiezas a...? —Turner se movió lentamente saliendo de su interior y Diana gritó

sorprendida por el placer que la recorrió de arriba abajo.

—¿Te duele? —preguntó suavemente en su oído.

—¡Quiero más!

Él rió por lo bajo. —Nena, vas a tener todo lo que tú quieras. —Entró en ella suavemente y Diana clavó sus uñas en sus hombros gritando de placer antes de que Turner gruñera atrapando su boca para volver a moverse. Lo que sentía era indescriptible, pero notaba como con cada movimiento su cuerpo iba necesitando más y más hasta llegar a un punto que todo su interior se tensó con fuerza alrededor de su miembro, provocando que acelerara el ritmo de una manera salvaje. Sin dejar de moverse la cogió por el cabello elevando su rostro y susurró mirándola a los ojos —Córrete, nena. Quiero ver cómo te corres para mí. —Entró en ella de nuevo con tal contundencia que Diana creyó que su corazón se había parado y estaba en el paraíso porque no podía haber nada más maravilloso que eso.

Volvió en sí sintiendo como salía de ella y suspiró de placer haciéndole levantar una ceja. —Preciosa, será mejor que nos traslademos a la cama. —La cogió en brazos y ella sonrió abrazando su cuello.

—Ha sido perfecto.

—Pues no has visto nada.

—Mumm me muero por verlo.

—Aunque tardaré unos años en enseñártelo todo.

Le miró a los ojos divertida. —¿Cuántos años?

—Al menos cincuenta.

—Soy una alumna aventajada.

—Ya me he dado cuenta —dijo mirándola con deseo mientras subía las escaleras—. Pero aún así necesitaremos muchos años para que lo aprendas todo.

—¿Hay mucha teoría?

—Hay más práctica, así que vamos con la segunda lección.

—Pondré mucha atención.

—Me aseguraré de ello.

Diana se echó a reír mientras él empujaba con el pie una puerta y al mirar hacia el interior se le cortó el aliento porque un enorme ventanal rodeaba prácticamente toda la habitación mostrando las luces de las Vegas. La tumbó en la enorme cama redonda con sábanas blancas de seda que estaba en medio de la estancia y susurró —¿Te gusta?

—¿Nos ve alguien? —Él se echó a reír negando con la cabeza. —  
¡Entonces me encanta! Ven aquí profe, que tengo una duda sobre lo de antes...

## Capítulo 7

Feliz entró en su suite y se detuvo en seco al ver a su padre y a su abuelo sentados en el sofá con cara de querer echarle la bronca. Carraspeó cerrando la puerta para ir hacia ellos. —¿Qué tal estáis?

—¿Y bien? —preguntó su padre levantando una ceja.

—¿Y bien qué?

—¿Lo habéis arreglado?

Se puso como un tomate y el abuelo gruñó. —Esta noche no la ha respetado. Ya era pedir mucho.

—¡Abuelo!

—¿Te has acostado con él? —preguntó su padre indignado—. Ahora sí que compro el bate.

—Nos vamos a casar. —Eso les dejó de piedra. —El domingo. —Al ver que no decían nada se apretó las manos. —¿No tenéis nada que decir?

Su abuelo suspiró mirando a su hijo. —No ha seguido mis consejos, ni los tuyos.

—Hija, no puedes casarte con él. Esta mañana no querías ni verle de nuevo.

—Hemos hablado y... —Le miró a los ojos. —Yo le quiero.

—Es evidente que te has enamorado, pero...

—Robert, déjame a mí. Me siento responsable.

—¡Es que es culpa tuya!

Bill hizo una mueca antes de mirarla. —Diana, cuando le pedí una cita para ti fue porque nos dimos cuenta enseguida que te atraía y nos pareció bien porque parece un hombre como Dios manda, pero...

—Lo es.

—Pero no le conoces. Quería que pasaras tiempo con él en esta semana y más adelante...

—Me necesita. No voy a irme y tener un noviazgo a distancia para llegar al mismo sitio. Me voy a casar con Turner.

Viendo la decisión en su rostro se dieron cuenta de que no había marcha atrás.

Su padre se levantó del sofá y abrió los brazos. Diana se tiró sobre él abrazándole emocionada. —Sé que no lo entendéis, pero quiero estar con él.

—Te entiendo perfectamente, cielo. Sentí lo mismo con tu madre. Solo espero que no acabes como yo.

—Tranquilo papá, yo no pienso callarme nada.

El abuelo sonrió abrazándoles a los dos. —Igualita que su abuela. En cuanto me descalabró, me echó el ojo y ya no me soltó. ¿Y dónde está el novio?

Diana se apartó sonriendo de oreja a oreja. —Tenía que ir a uno de sus hoteles. Algo de un intento de atraco o yo que sé. Vendrá en cuanto pueda. Bueno, voy a ponerme el bikini. El más pequeño para hacerle de rabiar. — Soltó una risita mientras sus familiares se quedaban en shock.

Robert susurró —¿Ha dicho intento de atraco?

—Bueno, en estos sitios se mueve mucho dinero.

Fulminó a su padre con la mirada. —¡Ya podías haber buscado un abogado de Nueva York!

—Yo no lo busqué, hijo. Lo encontró Diana. —Le dio una palmada en la espalda. —Vamos a tomarnos una copa, creo que la necesitas. —Sus ojos brillaron. —Y podemos tomarla del minibar. Paga tu yerno.

—Que sea doble. —Se acercó a la barra mientras su padre preparaba las copas. —Joder, no sé si puedo con esto.

—Claro que puedes.

—Es feliz y eso es lo único que me importa.

—¿Crees que venderemos las casas bien como está el mercado? —Su

hijo lo miró como si le hubieran salido cuernos. —Para lo que me queda me vengo con mi nieta. Y esta ciudad tiene pinta de ser de lo más entretenida cuando no te rompen las costillas.

—Papá... —Miró hacia la puerta de Diana y susurró —¡Y dónde vamos a vivir! Y sobre todo, ¿de qué?

—Con el yerno que tienes, te puede meter de chófer para llevar a gente al aeropuerto.

Robert parpadeó. —Pues tienes razón.

—Claro que la tengo. —Le dio la copa y brindó con ella. —Por la siguiente etapa de nuestra vida. —Rió por lo bajo. —Va a ser de lo más interesante.

—¿Y dónde viviremos?

—Algo encontraremos para nuestra nueva vida de solteros. Que esté cerca del hotel.

—¿Y Gertru?

—Lo superará. ¿Y Mary Anne?

—También lo superará. Además, se tira a uno del supermercado.

—Entonces no te echará mucho de menos.

—No. —Bebió de su whisky e hizo una mueca. —Está bueno.

—Tiene veinticinco años. Creo que me puedo acostumbrar a la buena vida. ¿Nos vamos al spa? Paga tu yerno.

—Ya me cae mejor. ¿Crees que puede conseguir entradas para el boxeo?

—¿Qué tal tu padre? —preguntó Turner antes de meterse un buen pedazo de solomillo en la boca mientras uno de los camareros de su restaurante de lujo le servía una copa de vino.

Diana esperó hasta que se alejara. —Cariño no debes preocuparte por ellos. Se lo han tomado bien. —Soltó una risita. —Después del shock, claro.

—No si no lo digo por eso, más bien lo preguntaba por dónde están exactamente. Para saber qué local tengo que reformar después de su paso.

—Ja, ja. Muy gracioso. ¿Robaron algo?

—No, nena. Me gasto mucha pasta en seguridad como para que consigan nada.

—Perfecto.

—A partir de mañana llevarás guardaespaldas.

Diana que se iba a meter un ravioli en la boca se detuvo en seco mirándole asombrada. —¿Y eso por qué?

—Ya te lo he dicho. No quiero que te pase nada.

—Yo tampoco quiero que te pase nada a ti y tú no llevas.

—Yo sé cuidarme solo.

Sabía que se preocupaba por ella, pero se negaba a llevar a un tío a sus espaldas el resto de su vida. —Cariño... ¿Y si aprendo a disparar? Puedo llevar una pistolita conmigo. De esas discretas. —Le guiñó un ojo. —Me la ataré al muslo.

—¿Y si te cogen por la calle vas a levantarte la falda? —preguntó divertido.

—Oye, que soy de Nueva York, puedo defenderme. No soy una muñequita tonta que se desmayaría del susto.

—Por como tiras de los pelos, lo sé de sobra.

—¿Y si...?

Turner perdió la sonrisa. —No, nena. Necesitas protección. Hablo en serio.

No quería discutir y menos en medio del restaurante. —Al menos será chica.

—No, preciosa. Es una mole de ciento veinte kilos que ha estado en el ejército.

—Suena muy divertido —dijo mosqueada.

—No es una amiga. Se encarga de que no te pase nada.

—Como que si quisieran hacerme algo él iba a impedirlo —dijo por lo bajo.

—Pues espero que sí, porque si te pasa algo y él sigue vivo, me lo cargo yo. —Cogió la copa de vino. La observó durante unos segundos. —Esta noche estás preciosa. Ese vestido negro te sienta muy bien.

—¿Esto es porque me has dejado plantada durante todo el día? Tuve que espantar a nueve en la piscina y no estabas para verlo.

Turner chasqueó la lengua antes de reír. —¿Estás enfadada?

—Un poco. —Sonrió mirándole a los ojos. —Pero me compensarás esta noche.

Él carraspeó mirando a su alrededor. —Nena...

—¡Ah, no! ¡Las noches son para mí!

Le cogió la mano sobre la mesa. —Hay una partida de póker con clientes muy importantes y debo asistir, aunque solo sea un rato.

Diana entrecerró los ojos. —¿No me digas? Pues quiero ir.

—No.

—¡Cariño! Me he pasado todo el día sola. Mi padre y mi abuelo desaparecieron y no tengo ni idea de donde están. Y tú... —Le miró con rencor. —Tienes mucho trabajo.

—¿Ya te estoy descuidando? —preguntó a punto de reírse.

—Sí, y no me gusta.

—Nena, no puedes ir porque solo irán hombres. Es una partida privada. Solo serán tres horas como mucho. Te lo prometo.

—Pues iré a la discoteca.

—Ya estamos.

Diana sonrió maliciosa. —Y esta vez haré que te destrocen el local.

—Te vas a aburrir.

—Qué va. Ya verás como no.

Dos horas después miraba sobre el hombro de un tipo que no tenía ni idea de lo que hacía y puso mala cara. Turner sentado a la mesa puso los ojos en blanco antes de decir —Nena, ven aquí.

Ella rodeó la mesa a toda prisa y se acercó a su oído. —Dime, cielo. ¿Quieres beber algo? ¿Estás concentrado? Aquí se mueve mucha pasta.

—Siéntate ahí detrás y no te muevas —siseó él con ganas de pegarle cuatro gritos.

—Me aburro. —La fulminó con la mirada y ella levantó una ceja. —

Vale, como te pones.

Se sentó en la silla que estaba en la pared a sus espaldas, pero estirando el cuello no veía la partida. Así que se levantó tirando de la silla hasta ellos haciendo chirriar las patas sobre el suelo de mármol. Los cinco la miraron y ella se sonrojó. —Es que no veo.

Uno de ellos que al parecer era un multimillonario de esos que nunca trabajan sonrió como todo un playboy. —¿Tu prometida quiere jugar?

Diana iba a abrir la boca cuando Turner dijo —Ella solo es una observadora.

—Es una pena. —Le guiñó un ojo haciéndola sonreír.

Turner la miró furioso y Diana se encogió de hombros. Su novio se descartó en ese momento dejando pasar la mano y ella se indignó porque tenía un póker de doses. Se acercó a su oído. —¿Por qué has hecho eso?

—¿Porque me desconcentras!

Ella sonrió radiante. —¿De verdad? Qué mono.

Le echó una mirada que helaría el desierto y en ese momento entró en la sala el gerente del hotel. Rodeándola le susurró algo al oído a Turner, pero por mucho que lo intentó no se enteró de nada. —Señores, tengo que ausentarme unos minutos. El trabajo, ya saben. Vuelvo enseguida.

—¿Puedo jugar por ti? —preguntó ella ansiosa.

—Claro que sí —dijo el millonario encantado—. Ella cuidará tus fichas, Bradley.

—Ahora me daré más prisa aún. —La advirtió con la mirada. —Nena, no me arruines.

—Tranqui, que yo controlo.

Todos se echaron a reír y sentándose en su sitio sonrió radiante. —Esto es genial. —Cogió las fichas de mil dólares y silbó. —Cariño, ¿lo que consiga de más es para mí?

Turner sonrió. —No tardaré tanto.

—No tengas prisa.

El chillido de Diana le hizo acelerar el paso y abrir la puerta a toda prisa para oírla gritar como una loca mientras levantaba los brazos. Y sorprendentemente sus compañeros se echaron a reír. Turner se acercó con curiosidad y se quedó atónito cuando vio que dos se levantaban y que otro ya se había ido. —¿Os vais ya?

—Nos ha desplumado —dijo el señor Garbar antes de darle una palmada en la espalda—. Menuda suerte tienes, cabrón. Es un diamante en bruto.

—Cariño, ¿cuánto tengo aquí?

Se acercó aún más para ver que tenía cientos de fichas de mil dólares en su lado de la mesa mientras estiraba los brazos cogiendo el resto que estaba en el centro de la mesa. —Soy rica.

Miró de reojo a Justin que no parecía nada molesto y le quedaban cuatro fichas sobre la mesa. —Una fortuna nena, eso es lo que tienes.

Diana miró al señor que tenía en frente. —¿Quiere jugar otra?

—Por supuesto, señorita. Será un placer. —Turner vio como metía la mano en el interior de la chaqueta antes de mirarle a los ojos. —¿Puedo extender un cheque?

—Por supuesto Justin, tú siempre tienes crédito. Ya lo sabes.

—Perfecto. —Levantó una mano y uno de sus guardaespaldas le puso un bolígrafo en la mano. —Creo que tiene cuatrocientos mil en la mesa —dijo escribiendo a toda prisa. Diana abrió los ojos como platos mirando sus fichas —. Así que extenderé uno por la misma cantidad.

Turner disimuló sus nervios antes de mirar a Diana tranquilamente y sonreír. —¿Lista, cielo? Esta mano será distinta. Tenemos costumbre a jugar en abierto en la última mano.

Asintió tragando saliva. ¿Es que estaba loca? ¿Cómo se le ocurría jugar con tanto dinero? Como lo perdiera se iba a morir de la impresión. No

pensaba abrir la boca nunca más. —¿Conoces el póker abierto de cinco cartas, nena?

—Sí —susurró ella algo pálida.

—El que tenga la mejor mano gana.

—¿Está de acuerdo, señorita?

—Sí.

Justin sonrió. —Pues vamos allá.

Un empleado del casino apareció a su lado y cogió las cartas empezando a embarajarlas de manera profesional mientras ella veía como él dejaba caer el cheque en el centro de la mesa. —Lo apuesto todo.

Diana gimió por dentro antes de empujar las fichas al centro de la mesa. No se iba a echar atrás cuando ella había sugerido jugar.

Le pusieron una carta boca abajo delante y una boca arriba. Apretó los labios al ver que era un dos de corazones y que él tenía una reina de picas. Bueno, de todas maneras, ya no podía hacer nada, así que sonrió. Ante ella apareció el tres de picas y después un tres de corazones y un as de diamantes. Mierda no tenía nada a no ser que le saliera un tres en la carta que le quedaba. Miró sus cartas que tenía una pareja de damas. Si ella no sacaba nada ya la ganaba porque su pareja ya era de un valor más alto que las suyas. —Vamos allá.

—Las damas primero —Justin sonrió irónico.

Diana miró de reojo a Turner que asintió y volvió la carta. Suspiró del alivio al ver un tres de tréboles. Ahora tenía que rezar para que no tuviera una dama.

Mirando fijamente su carta vio como la volvía con el pulso a mil sintiendo que se le detenía el corazón al ver los colores de una figura. Su cerebro tardó en comprender que era el rey de picas y asustada miró sus cartas de nuevo por si se le había escapado alguna combinación. Con los ojos como platos miró sus cartas durante unos segundos y Justin se echó a reír levantándose. —Felicidades.

Turner se levantó sonriendo y le dio la mano. —¿Te lo has pasado bien?

—Como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Si vuelves a organizar otra, llámame. Sobre todo si participa ella. —Ambos la miraron. Aún en la misma posición ni había reaccionado. —Aunque creo que le he quitado las ganas.

—Y debo darte las gracias por ello, amigo.

Justin se echó a reír haciéndole un gesto a sus hombres que salieron tras él. Turner hizo una mueca sentándose a su lado y le cogió la mano. —¿Nena? —Se la besó y aún con la boca abierta giró la cabeza hacia él. —

¿Estás bien?

—He ganado setecientos mil pavos en una hora —dijo casi sin voz.

Turner sonrió. —La suerte del principiante.

De repente chilló tirándose sobre él llenándole la cara de besos y Turner se echó a reír. —¡Ha sido genial! —gritó casi dejándole sordo justo antes de mirarle perdiendo la sonrisa—. Pero no lo voy a volver a hacer.

—Más te vale.

—No he pasado tanto miedo en mi vida. ¡Me hubiera muerto si lo hubiera perdido!

Él sonrió. —A partir de ahora tienes vetadas las partidas de cartas.

—Vale, y no protestaré.

—¿Estás segura?

Pareció pensarlo. —Sí. Nada de juego, es peligroso. Mira que si te arruino...

Turner reprimió la risa. —Nena, no ibas a arruinarme.

—Bueno, pero por si acaso.

La besó suavemente en los labios. —¿Y qué vas a hacer con el dinero?

—¡Comprarle una casa a mi familia! —dijo emocionada—. ¡Aquí en las Vegas!

—Ya me imaginaba que sería aquí —dijo divertido.

—Y un vestido de novia. —Sus preciosos ojos verdes brillaron de ilusión. —El que más me guste de la tienda. No pienso escatimar.

—Me parece bien. Es el vestido más importante de tu vida. —Le acarició la mejilla. —¿Y algo más?

—Y te voy a comprar un regalito, pero no te voy a decir qué es. —Le dio un rápido beso en los labios antes de levantarse. —Cariño, ¿nos vamos a la cama? Estoy molida. —Para su asombro fue hasta la puerta sin preocuparse por el dinero. —Aunque también tengo hambre. ¿Nos vamos al buffet? Me apetecen uno de esos pinchitos de carne...

Turner sonrió y le hizo un gesto a su empleado. —Que abran una cuenta su nombre y que se ingrese el total. Quédate con mil de propina.

—Gracias, jefe.

Fue hasta la puerta, pero se volvió en el último momento. —¿Se lo han pasado bien?

—Diría que se lo han pasado más que bien, señor. Su novia es muy divertida.

Turner sonrió. —Sí que lo es.

—Cariño, ¿nos vamos a bailar? Ya se me ha quitado el susto. Pero antes quiero el pinchito. —Soltó una risita. —Uy. No me refería a eso, aunque

si estás con ganas pasamos de bailar.

Su empleado reprimió la risa y Turner carraspeó saliendo de la sala. —Nena, te va a oír todo el mundo. —Se acercó a ella cogiéndola de la mano para ir hacia los ascensores del hall cuando se detuvo en seco al ver como su futuro suegro y el abuelo de su prometida entraban en el hotel borrachos como cubas sujetándose el uno al otro mientras reían a carcajadas. —Mejor vamos al buffet —dijo tirando de ella hacia la derecha—. Que tenías hambre.

—¿Por qué hay tanta prisa?

—¿No querías comer algo?

Diana le miró extrañada cuando por el rabillo del ojo vio que alguien se caía al suelo. Miró sobre su hombro y se detuvo sin salir de su asombro. — La leche.

Turner gimió dándose la vuelta para ver que Robert espatarrado en el suelo seguía riéndose mientras el abuelo se tambaleaba de un lado a otro mirándole. Diana se puso como un tomate sintiendo que hervía de furia porque su padre ni era capaz de sentarse. —¿Has visto eso?

—Ya se encargarán mis hombres de llevarlos a la habitación. Esto pasa mucho. —Tiró de ella, pero Diana soltó su mano caminando por el hall como si fuera a la guerra. —Esto de la familia política no lo tenía previsto — dijo él por lo bajo antes de seguirla.

Diana no se lo podía creer. ¡Jamás les había visto en esas condiciones y aquello era el colmo! Cuando terminara con ellos les iban a doler tanto las orejas que ni se les ocurriría volver a hacerlo. Vaya que sí. O se los cargaba.

Se puso ante su padre con los brazos en jarras y él la miró con una sonrisa en los labios antes de perderla poco a poco hasta mirarla con los ojos como platos. —Mierda.

—¡Eso es lo que lleváis encima, una buena mierda!

Su abuelo se tambaleó girándose para entrecerrar los ojos adelantando la cabeza como si no la viera bien. —¿Diana?

—Esto lo vais a pagar.

Ambos gimieron y su padre se puso de rodillas. —Estábamos celebrándolo y...

Sintió a Turner tras ella y muerta de la vergüenza apretó los puños mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de la impotencia porque viera ese espectáculo. —No me puedo creer que me hayáis hecho esto. ¡Me habéis dejado en ridículo!

—Vamos, una juerguecita de vez en cuando... —Su padre se giró vomitando en el hall y Diana ya no sabía dónde meterse.

Turner le hizo un gesto a dos empleados que se acercaron de inmediato. —Subidles a su suite. Y que alguien limpie eso de inmediato —

dijo discretamente.

—Sí, jefe.

Uno de ellos se volvió hablando por una radio y Turner le sonrió cogiéndola por la cintura. —Vamos, nena. Ellos se encargan. —Asintió dejándose llevar sin poder quitarles la vista de encima. Cuando soltaron otra risita una lágrima cayó por su mejilla. —No te disgustes. Se les ha ido la mano, pero no debes preocuparte.

En silencio le siguió hasta los ascensores sin saber qué decir. —Nunca habían hecho eso.

—Nena, que tú sepas. —Pulsó el botón del ático divertido.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo hacían a escondidas, pero aquí se les ha visto el plumero. Seguro que salían sin que tú te enteraras. De vez en cuando hay que desahogarse.

—¡No me digas! ¿Y tú te desahogas mucho?

—No me emborracho así desde los veinte. —Reprimió la risa. —Al parecer a tu abuelo le va la marcha.

—¡No tiene gracia!

—No, claro que no. —La cogió por la cintura pegándola a él. —Cielo, si crees que me ha molestado solo lo ha hecho porque tú te has disgustado.

—¿De verdad? —preguntó mirando sus ojos—. Eres el dueño y si soy tu mujer deberíamos dar ejemplo, ¿no? Los empleados...

—No va a haber ningún problema con eso porque les pago para que hagan su trabajo y si hay rumores se cortarían de raíz. Mi gente sabe lo que debe hacer.

Agachó la mirada avergonzada. —Lo siento.

—Tú no has hecho nada malo. Mírame, nena. —Levantó la vista hasta él y Turner apretó los labios al ver que estaba a punto de llorar de nuevo. —Si crees que esto va a impedir que me case contigo el domingo, estás muy equivocada.

Diana sonrió más tranquila y le abrazó por el cuello pegándose a él. — Pues es un alivio, la verdad, porque creía que podían haberte espantado después de lo del restaurante y ahora esto. Y yo les necesito.

—Lo sé —susurró acariciando su espalda.

—Cariño, la casa debemos comprarla lejos de los lugares del vicio.

Turner sonrió. —Nena, esto es las Vegas. Podrían venir en coche.

Gruñó dejando que la cogiera en brazos. —Posibilidad de cambiar los hoteles de ciudad no hay, ¿verdad?

Él se echó a reír. —No, creo que deben quedarse donde están.

—Pues tendré que hablar con ellos muy seriamente.

—Sí, nena... pero mañana cuando se les pase la borrachera y puedan comprender lo que les estás diciendo.

—Sí —dijo ella maliciosa mientras entraban en casa—. Y con una buena resaca para que les retumben mis gritos en esa cabeza dura que tienen. Se van a enterar.

—Ahora olvídate de ellos y céntrate en mí que tenemos que celebrar un montón de cosas.

Le besó en el cuello y susurró —Vas a ser un marido estupendo.

## Capítulo 8

El sonido de un murmullo la despertó y se giró en la cama abrazando su almohada. Abrió un ojo y vio que las persianas estaban bajadas, así que era de día.

—¡No, te he dicho que no, joder! —dijo Turner más alto.

Diana se sentó en la cama para ver que estaba hablando por el móvil fuera de la habitación y que en ese momento se alejaba. —No vamos a seguir esa política en este caso. Ya hablará mi prometida con ellos. Que no vayan los de seguridad a darles una reprimenda. —Preocupada Diana se levantó acercándose a la puerta para ver que estaba de espaldas a ella totalmente desnudo. —Dile a los de la limpieza que repongan lo que está roto y ya está. Yo me encargo de esto. Y ni se os ocurra pasar los desperfectos a la tarjeta de crédito, joder. No quiero que se entere de esto. Y cambia a sus vecinos de habitación con las disculpas del hotel. —Colgó el teléfono apretando los labios y debió verla porque se volvió de repente.

—¿Qué han hecho ahora?

—Nada, sigue durmiendo. Son las siete de la mañana.

—¿Han roto algo en la habitación?

Él suspiró acercándose y la besó en los labios. —Son gajes del oficio.

Diana se volvió y fue hasta su vestido poniéndoselo a toda prisa. —

Nena...

—Si no me lo dices tú, voy a verlo.

—Han roto un jarrón y el tapizado de una de las sillas. Bah, una tontería.

—No me creo una palabra. Si te han llamado es porque ha sido algo muy serio.

Turner la cogió por el antebrazo cuando iba a salir. —Nena, no vayas ahora. Todavía no se les ha pasado la borrachera.

—¡Me da igual! ¡Es que no me lo puedo creer! Si ni siquiera podían moverse.

—Pues al parecer se recuperaron, porque han hecho una fiesta en la suite. Han tenido que desalojar al menos a treinta personas.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿De dónde salieron?

—Te aseguro que a alcohol gratis se apunta mucha gente. Seguro que los invitaron antes de llegar. —Turner carraspeó. —Y según me acaban de decir había varias mujeres en el grupo. Cuando llegaron los de seguridad estaban medio desnudas. Te lo digo por si encuentras ropa interior de mujer

que no es tuya en tu habitación.

—¡Se les ha ido la cabeza! —gritó indignada saliendo a toda prisa sin ponerse los zapatos siquiera.

—¡Diana, no vayas! —Turner entró en la habitación a toda prisa, pero ella ya estaba bajando las escaleras saliendo del ático tan rápido como podía. El ascensor no tardó en llegar y pulsó el piso catorce. Cuando el ascensor se detuvo vio a varias personas ante la puerta hablando en voz baja y el director del hotel la vio llegar.

—Señorita no debería entrar descalza porque...

Diana se quedó de piedra. ¡Habían destrozado la habitación! Hasta una de las cristaleras de la terraza estaba rota como si le hubieran tirado algo con fuerza, pero no había llegado a romperse porque debía ser un cristal de seguridad. Se llevó la mano al pecho de la impresión al ver un montón de botellas tiradas por el suelo y los preciosos cojines rotos. Hasta alguna estúpida había pintado la pared con barra de labios. —¿Cómo no se enteraron antes de lo que ocurría aquí? —preguntó furiosa.

—Los hospedados a su alrededor no llegaron hasta las cinco de la mañana.

Apretó los puños furiosa. —¿Dónde están?

—En las habitaciones. Durmiendo la mona —dijo uno de seguridad

divertido.

—¡Quizás no deberías reírte tanto cuando tu trabajo es mantener el hotel sin este tipo de incidentes! —El hombre perdió la sonrisa de golpe y ella miró al gerente del hotel. —Estos desperfectos los pagaré yo.

—Turner me ha dicho...

Le fulminó con la mirada. —He dicho que los pagaré yo. Es mi familia y son los responsables. No tiene culpa el hotel.

—Sí, señorita Grison. —Miró sobre su cabeza y Diana se volvió para ver llegar a Turner con cara de malas pulgas. —A ver qué dice él.

—Me da igual lo que diga. Páseme la factura de todo lo que se ha roto o lo que haya que arreglar.

Turner se puso a su lado y miró a su alrededor tendiéndole los zapatos. —Nena, entra en tu habitación para comprobar si te falta algo.

Asintió poniéndose los zapatos y pisando los cristales cruzó el salón ignorando a las de la limpieza que empezaban a recoger mientras un hombre sacaba fotos. Al abrir la puerta de su preciosa habitación gimió por dentro al ver el dosel de la cama hecho girones y la cama totalmente revuelta. Eso por no hablar de los preservativos que había tirados a su paso. Abrió la puerta del armario y apretó los labios. Le habían robado el vestido rojo que no echaría de menos y su vestido verde. Entonces recordó que se había llevado la pulsera

de oro de su abuela y nerviosa revolvió en la bolsa de viaje para encontrarse que no estaba donde ella la había dejado. Frustrada la volcó sobre el suelo y al ver que Turner entraba en la habitación levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas. —Me han robado la pulsera de la abuela.

Él apretó los labios. —¿Era muy valiosa?

Negó con la cabeza mirando sus cosas de nuevo. —Era de oro, pero era más importante el valor sentimental. Me la regaló el abuelo cuando falleció. Siempre la llevaba puesta.

—Nena, lo siento. —Se agachó ante ella. —Intentaremos recuperarla.

—También me han robado el móvil, el portátil y setecientos dólares en efectivo. Varios vestidos y... —Se echó a llorar. —Dios, no me puedo creer que haya hecho esto mi propia familia.

—Shusss, se les ha ido de las manos. Eso es todo. No le des más vueltas. —Se levantó y Diana se limpió las lágrimas a toda prisa al ver que una de las limpiadoras estaba escuchando. —Que suban sus pertenencias a mi ático.

—Sí, señor Bradley.

Turner la cogió por los hombros levantándola. —Vamos, nena. Dentro de un rato te encontrarás mejor, ya verás. Vamos a pedir un buen desayuno al servicio de habitaciones y después nos iremos un rato a la piscina para

relajarnos.

Se sintió muy avergonzada al salir de la habitación porque todo el mundo la miraba. En cuanto se alejaron les escuchó cuchichear y no le extrañaba nada. ¿La familia de la prometida del dueño monta un espectáculo así y nadie iba a comentar nada? Imposible. Se enteraría todo el hotel antes del mediodía. Y cada vez que vieran a su familia por allí lo recordarían. Sería un episodio que siempre alguien mencionaría. No abiertamente pero no se olvidaría, estaba segura. Todavía se mencionaba a la hora del café como su jefe se había emborrachado en una cena de navidad y había metido mano a una de las enfermeras de la clínica dental. Y eso que habían pasado diez años y ella ni le conocía entonces, pero sus compañeros se lo contaban a todo el que quisiera escuchar simplemente por burlarse de su jefe. La única que no lo debía saber en todo Nueva York era su esposa. Eso le hizo pensar que había estado muy ciega respecto a ellos. Era evidente que los fines de semana que dormía con sus abuelos su padre se iba de juerga y ella en la inopia pensando que estaba trabajando. Recordaba una conversación que habían tenido sus abuelos cuando estaban en la habitación y ella se había levantado para ir al baño. Su abuela estaba molesta por algo y su abuelo le había dicho que era joven y tenía que divertirse. Que estaba muy solo. Diana por supuesto no pensaba que hablaban de su padre y no le dio importancia. Pero después de haber visto a su abuelo con la vecina y su comportamiento durante el viaje, era

evidente que dentro de su casa se comportaban de una manera y fuera de otra. Cuando ella no les veía. Estaba claro que ahora eso les importaba un pito. Se mordió el labio inferior preocupada recordando el estado de la habitación. No, eso no se iba a olvidar fácilmente en el hotel.

Y se dio cuenta de que tenía razón porque cuando bajaron a la piscina vio como dos camareros les miraban antes de cuchichear. Se sonrojó de la vergüenza poniéndose las gafas de sol.

—Nena...

Miró a Turner que sentado a su lado con un bañador negro estaba para comérselo y él levantó una ceja.

—Dime.

Sonrió divertido. —¿No te han valido los dos orgasmos que te acabo de proporcionar?

—No —respondió como si fuera lo más evidente del mundo.

Él se echó a reír. —He pensado que podíamos ir a ver vestidos de novia esta tarde.

Le miró ilusionada. —Ni de coña.

—¿Y eso por qué?

—Porque el novio no debe ver el vestido hasta el gran día. Así que haz lo que tengas que hacer que me voy sola.

—Eso me recuerda que...

—Sí, ya lo sé. Mi guardaespaldas. —Miró a su alrededor. —¿Dónde está?

—Cuando estés dentro del hotel no lo necesitarás porque están los de seguridad. Le llamarás a un número que te daré para que te espere en el hall.

—Muy bien. —Él miró unos documentos que tenía en la mano. —¿Y si no le llamo no me espera?

Turner dejó caer los documentos antes de mirarla a los ojos. —Nena, ni se te ocurra salir del hotel sin vigilancia.

—No, si yo estaba preguntando. No se me ocurriría largarme sin avisarle —dijo con burla.

—Muy graciosa.

—Gracias. —Él gruñó mirando de nuevo los papeles. —¿No te echas crema?

—No suelo estar más de media hora —respondió distraído.

—¿Qué tienes ahí?

—Un nuevo contrato de lavandería para la mantelería y sábanas.

—¿No tienes lavadoras? —Se sentó para mirarle fijamente.

—Gastaba más en los productos, los arreglos de la maquinaria y los empleados que lo que me cuesta la lavandería. Solo tenemos ese servicio para la ropa de los clientes.

—Ah... Yo odio planchar.

Turner levantó una ceja antes de mirarla a los ojos. —Te prometo que no vas a tener que planchar nunca más en la vida.

—Solo por eso me casaré contigo.

Su prometido se echó a reír. —Está bien oírlo.

—¿Y cuando tengamos hijos también viviremos aquí?

—Sí. —La miró sorprendido. —¿Por qué? ¿Quieres mudarte?

—¿Y no disponer del servicio de habitaciones veinticuatro horas? No estoy tan loca.

Turner sonrió leyendo sus papeles de nuevo. —Me alegro porque el ático tiene trescientos metros cuadrados, creo que estaremos cómodos con cuatro mocosos correteando por él.

Pensando en ello frunció el ceño por el espectáculo del día anterior de su familia. ¿Y si veían cosas así a menudo? Volvió a mirarle. —¿Tú te has criado aquí? ¿Has vivido siempre en el hotel?

—Sí, nena.

—¿Y cuántos borrachos, peleas y cosas así has visto cuando eras pequeño? —Su prometido la miró fijamente antes de entrecerrar los ojos. —¿Has pasado miedo alguna vez? Siempre se oyen historias sobre robos en los hoteles y...

—Este hotel es seguro, cielo.

—Mira lo que pasó ayer. ¿Y si suben al ático? Pueden forzar la puerta. Estamos hablando de una casa rodeada de desconocidos de paso y serán nuestros hijos. Contéstame con sinceridad a esto porque tú eres el que ha vivido aquí toda la vida. —Él asintió. —¿De pequeño quisiste alguna vez irte de aquí porque pasaste miedo? Porque yo quiero que mis hijos se sientan seguros.

Él suspiró dejando los papeles a un lado y sentándose frente a ella cogiendo sus manos. —El hotel era distinto entonces y te aseguro que es mil veces más seguro que cuando yo era pequeño. He visto cosas difíciles para un niño, pero es porque mi abuelo me educó así. Quiso que me endureciera para el futuro y ya te conté un ejemplo. Nosotros les protegeremos y no estarán por el hotel en horarios no deseados, ¿de acuerdo? Y si te preocupa la seguridad del ático, hay cuatro cámaras en distintos accesos para evitar que ningún desconocido suba a esa zona. En menos de tres minutos le abrían detenido y la puerta es blindada. Estarían más seguros en el ático que en ninguna casa que pudiéramos comprar. Mira a tu alrededor, nena. También hay niños y siempre

tendrán con quien jugar. Habrá mil ojos observando que no les hagan nada y eso te lo garantizo porque lo he vivido.

Eso la dejó más tranquila y sonrió. —Vale, esa explicación me ha convencido. Menudo piquito tienes.

Turner se echó a reír y la besó en los labios. —Aquí estaremos muy bien y recuerda el servicio de habitaciones.

—Me he buscado el mejor marido del mundo —susurró sentándose sobre sus piernas y abrazándole.

—Te mueres por tocarme, ¿verdad?

—A todas horas.

Turner se echó a reír. —Y yo también nena, ¿pero no tienes que comprar un vestido? ¿El más bonito del mundo para nuestro gran día?

Sus preciosos ojos verdes brillaron de ilusión. —Tengo unas ganas....

—Seguro que encuentras exactamente lo que quieres. Esto es las Vegas, hay de todo. Vete y disfruta.

No fue tan divertido como pensaba porque no tenía a nadie que se lo viera puesto excepto su alto y gruñón guardaespaldas que estaba mirando a todos los sitios menos a ella. Se llamaba Stuart y desde el principio le dejó

claro que si él decía que se iban, se iban a toda leche y que no estaba allí para divertirla sino para ser su sombra. Punto. Así que no le podía pedir su opinión, aunque con el traje que llevaba en marrón y de panilla ni se le ocurriría pedírsela.

—¿Qué le parece éste? —preguntó la dependienta con una sonrisa en la cara.

—Pues no sé. —Se miró en el espejo y observó crítica su vestido en corte sirena. No estaba convencida de que ese fuera el estilo que le gustaba.

—No. No es éste. Si no le encanta desde el principio es que no es su vestido.

—Ah, pues entonces no. —Forzó una sonrisa porque era el séptimo vestido que se probaba. —Lo siento.

—No se preocupe. Tenemos miles de vestidos. Encontraremos exactamente lo que le guste.

Suspiró con alivio. —Pues menos mal porque me caso el domingo y lo necesito.

—En las Vegas somos especialistas en bodas rápidas —dijo soltando una risita. La miró de arriba abajo—. ¿Estilo princesa?

Se miró el escote. —Pero este escote en corazón me gusta.

—Perfecto. Tengo uno que es exactamente así. Un momento. Voy a

buscarlo.

Distraída se bajó de la plataforma sujetándose el bajo y fue hasta un perchero lleno de vestidos que todavía no había visto, cuando sacando uno con esfuerzo para verlo bien miró hacia la calle a través del escaparate bufando porque ya estaba oscureciendo. Llevaba allí horas. Vio a dos prostitutas acercándose a un coche y se las quedó mirando porque llevaban ropas de lo más llamativas. Una en verde fosforito y otra en rosa. La de rosa miró a su alrededor y se metió en el coche. Sin aliento se acercó al escaparate viendo su perfil mientras se alejaba y al hablar con el conductor la volvió a ver de frente.

—¿Le gusta ese?

Pálida se sobresaltó volviéndose a la mujer para ver que llevaba en las manos un vestido maravilloso confeccionado con una gasa que era un sueño. —Me lo llevo.

—¿Pero no se lo prueba? Mire que no se puede cambiar.

Le puso el vestido que tenía en las manos sobre los brazos. —Entonces vuelvo mañana. Tengo que irme —dijo muy nerviosa llevándose las manos atrás para intentar quitarse el que llevaba puesto.

—Espere que la ayudo. —La mujer la siguió hasta el probador.

—Dese prisa. ¡Tengo que irme!

Stuart frunció el ceño dando un paso hacia ella. —¿Todo bien?

Se sonrojó porque parecía una loca. —Sí, claro. Enseguida nos vamos.

Él asintió sin dejar de observarla y Diana se volvió hacia el vestuario mientras la mujer la seguía a toda prisa. Se cambió lo más rápidamente que pudo y sin despedirse siquiera salió de la tienda cruzando la calle sin esperar a Stuart, provocando que casi la atropellara un taxi. Stuart gritó, pero ella ni se dio cuenta acercándose a la mujer de verde fosforito que la miraba con chulería. Cuando vio que iba hacia ella se tensó poniendo una mano en la cintura. —¿Qué pasa? ¿Quieres algo?

—Perdona, pero la mujer que estaba contigo... La de rosa...

—¿Eres de la pasma? Lárgate por donde has venido porque no te voy a decir una mierda. Estamos paseando.

La miró a los ojos. —¿Cómo se llama?

—¿Y a ti qué te importa?

—Es que se parece a mi madre. Nunca la he conocido, pero he visto su foto y se parece a esa mujer —dijo angustiada—. ¿Cómo se llama?

La mujer la observó durante unos segundos analizando si era sincera y respondió —Carla no tiene hijos. La conozco de toda la vida.

La miró aliviada. —¿Se llama Carla?

—Sí, cielo —dijo con pena—. Esa no es tu madre. Vive conmigo,

¿sabes? Y la conozco muy bien. Si tuviera hijos, yo lo sabría.

Asintió quitándose un peso de encima. —Gracias, has sido muy amable.

—De nada. Espero que la encuentres.

Apretó los labios antes de alejarse y al volverse se encontró con Stuart de frente con los brazos cruzados. —Volvamos al hotel. ¡Y no me eches la bronca!

Él gruñó antes de seguirla hasta el coche que estaba aparcado ante la tienda. Tras el volante la miró por el espejo retrovisor. —¿Quiere que la busque?

Le miró sorprendida. —¿A mi madre? Sé donde está. Tengo la dirección.

—Pero no la conoce.

Vio como la gente paseaba por la calle y como un padre le daba un helado a su hijo que no debía tener más de cinco años. —Ella no quiso conocerme ni estar a mi lado.

—Entonces olvídense de ella, señorita. Es lo mejor. Solo revolverá el pasado y suele ser doloroso en esos casos.

—Sí... tienes razón. Voy a empezar una nueva vida.

—Exacto. El pasado debe quedar atrás.



## Capítulo 9

Durante el trayecto hasta el hotel no pudo dejar de pensar en esa mujer. Estaba más mayor que en las fotos, pero hasta su color de cabello algo caoba coincidía. Aunque ahora tendría unos cuarenta y cinco, podría ser que se lo tiñera. Pero había visto perfectamente sus ojos verdes y parecía ella. ¿Puede haber dos personas que se parezcan tanto viviendo en la misma ciudad? ¿Y si esa mujer le había mentido? Si la conocía tan bien, sabría que tenía una hija y también sabría que no tenían contacto. Y ser prostituta sería una razón poderosa para no haber hablado con ella jamás.

Se pasó una mano por la frente mientras Stuart la observaba por el espejo retrovisor. De repente se sentía agotada. Habían sido demasiadas emociones en pocos días y lo que había ocurrido la noche anterior con su familia tampoco había ayudado nada. Estaba buscando excusas para justificar el comportamiento de su madre y que fuera prostituta sería perfecto para la historia que se estaba montando en su cabeza. Pero esos ojos no dejaron de torturarla y cuando llegó al hotel prácticamente salió corriendo, entrando antes de que Stuart detuviera el motor. Subió al ático y fue un alivio comprobar que

Turner no estaba.

Cuando llegó a la habitación se quitó el vestido rosa que llevaba y decidió darse una ducha. Bajo el agua se preguntó qué ocurriría si fuera ella. Dios, que Turner se encontrara de repente con una suegra prostituta no le iba a gustar nada. Había tolerado a su padre y a su abuelo cuando sabía que si no fuera por ella les habría echado del hotel a patadas después de lo que habían hecho. Y si la gente se enteraba... ¿Qué dirían? Sería la comidilla de todo el hotel. Y su padre se moriría si se enteraba, porque aunque no lo dijera Diana sabía de sobra que su madre había sido el amor de su vida. Le había destrozado cuando se había ido dejándola siendo un bebé y nunca lo había superado. Si hacía unos meses cuando había llegado la tarjeta anual le dio el sobre y ella pudo ver la pena en sus ojos. Después de veintitrés años aun le dolía. ¿Cómo iba a decirle que era una prostituta? Eso si era ella. Como decía Stuart, debía olvidarse del asunto porque solo traería dolor.

—Nena, ¿dónde está el vestido? —Chilló sobresaltándose y miró sobre su hombro pálida. Turner frunció el ceño. —¿Qué ocurre?

—Me has asustado, eso es todo. —Forzó una sonrisa. —No me quedaba ninguno como yo quería.

Él sonrió. —No pasa nada. Mañana tienes tiempo.

—Sí.... Todavía tengo tiempo. —Siguió enjabonándose y preguntó —

¿Estás libre?

—Yo sí, pero tú no.

Le miró sin comprender y él se cruzó de brazos mirándola de arriba abajo. —Tu familia quiere verte.

—Ah, ¿ya han dormido la mona? —preguntó con rabia.

—Tu padre se pasó por aquí hace un par de horas y llamó a la puerta del ático. Me llamaron los de seguridad cuando estaba en las cocinas con el inventario. Me reuní con él en el despacho. Está muy preocupado por tu reacción.

—¿No me digas? —Cerró el grifo volviéndose y dejó que la rodeara con una toalla.

—Tu abuelo no puede levantarse de la cama. He tenido que llamar al médico. —Preocupada le miró. —Tranquila, le ha dado algo para el dolor y se encuentra mejor. Ahora está descansando.

—Pues ayer no le dolía nada. ¡Y eso que tiene una costilla rota!

Turner reprimió la risa. —Creo que ahora está pasando su penitencia.

Le miró a los ojos. —¿Por qué no te enfadas?

—Porque ya te enfadas tu por los dos, nena. Y quiero que seas feliz a mi lado.

Le abrazó por la cintura. —Te quiero. —A Turner se le cortó el aliento

y más aún cuando levantó la cabeza para mirarle con sus preciosos ojos verdes. —Haré lo que sea para que tú también seas feliz.

Él sonrió acariciando su mejilla. —Ya me haces feliz, preciosa. Mientras te cases conmigo el domingo... y eso me recuerda... —Cogió la mano sobre su pecho y arrodilló una pierna. Diana se emocionó viendo que entre sus dedos tenía un anillo precioso. Un solitario montado en platino. El anillo que siempre había soñado. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque ese era su futuro y quería vivirlo a su lado. —Aunque ya me has dicho que sí, voy a hacerlo bien. —Hizo una mueca mirando a su alrededor. —Quizás debería haber esperado hasta la cena, pero estaba impaciente por ver si te gustaba. Me ha costado decidirme. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Eres la mujer que siempre he deseado para compartir mi vida. Eres inteligente, divertida, tierna y te has entregado a mí en cuerpo y alma. Sé que vas a abandonar todo lo que conoces por estar a mi lado y prometo intentar compensarte cada minuto y hacerte feliz. Cásate conmigo —susurró mientras metía el anillo en su dedo—, y formemos esa familia que ambos soñamos. Porque sé que la quieres tanto como yo.

Diana asintió. —Turner, es precioso... El que siempre he soñado, pero lo que me hace realmente feliz es tenerte a ti y me muero por pasar cada segundo que me queda de vida a tu lado formando esa familia que deseamos. —Le abrazó por el cuello y le besó demostrándole cuanto le importaba.

Él gruñó levantándose y la cogió en brazos haciéndola reír en su boca. Se apartó para mirarla a los ojos. —Ya irás a hablar con ellos más tarde —dijo con voz ronca.

—Sí, así tienen tiempo para pensar en lo que han hecho —dijo ansiosa besándole de nuevo.

Entró en la suite y se encontró a su padre sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas pasándose las manos por su cabello negro. Al cerrar la puerta él miró hacia allí y se levantó de inmediato. —Cielo... No sabes cómo lo siento.

—¿Lo sientes, papá? Ya puedes sentirlo. —Caminó hacia él. —¡El coste del arreglo de la habitación superará los cuarenta mil dólares!

Robert palideció. —No tenemos ese dinero y... No te preocupes, pediré una hipoteca sobre la casa. Nos haremos cargo, te lo juro.

—Ya lo he pagado yo —dijo fríamente—. ¡Me habéis avergonzado ante todo el hotel!

—Hija, no sabes cómo lo siento. —Y realmente parecía arrepentido, así que no sabía qué decirle. —Siento haber estropeado tu compromiso. Solo íbamos a tomar unas copas y no sé qué nos pasó.

Disgustada porque quería gritarle cuatro cosas de la impotencia miró a su alrededor. —¿Cómo está el abuelo?

—Se encuentra mejor. Está dormido por la medicación. Puedes pasar a verle si quieres. —Ella negó con la cabeza sin ser capaz de mirarle. —Hija, te juro que lo siento muchísimo. Por favor mírame.

Diana le miró a los ojos. —¿Sabes papá? Llevo toda la vida escuchando lo que está bien y lo que está mal. Los abuelos y tú siempre me habéis dicho no hagas esto o lo otro cuando siempre has hecho lo que te ha dado la gana, ¿no es cierto? Te casaste con una mujer que era una irresponsable y a la que todo el barrio criticaba por su comportamiento, encontrándote con un bebé al que tenías que cuidar. Por eso los abuelos se mudaron enfrente para apoyarte, ¿no es cierto? ¡No sabías que hacer conmigo y fueron a echarme una mano!

—También te querían con locura y hubieran hecho cualquier cosa por estar a tu lado. Como yo, cielo. Eso no lo dudes nunca.

—Pues hoy no habéis estado a mi lado. Esta es la semana más importante de mi vida y he tenido que ir a probarme trajes de novia yo sola después de ver muerta de la vergüenza ante el personal del hotel el desastre que habíais organizado —dijo con lágrimas en los ojos—. ¡No me hubiera extrañado nada que Turner hubiera roto el compromiso por dejarle en ridículo ante sus empleados!

—Hija, él te quiere. No te hubiera dejado por eso. —Dio un paso hacia ella. —He hablado con él y lo ha entendido... Joder, siento muchísimo no haber estado contigo para lo del vestido. —La miró arrepentido y al ver que se ponía a llorar dándole la espalda se acercó a toda prisa para abrazarla. —Lo siento, cielo. Siento haberte avergonzado y no me arrepentiré tanto de algo en toda la vida.

—Siempre me imaginé este día —sollozó entre sus brazos—. Y no era así.

—¿Y cómo era, cielo?

—Estaríais vosotros y cuando vivía la abuela...

—Ella te acompañaría. —Suspiró cogiéndola por las mejillas para mirarla. —Pero tenemos tiempo y te ayudaremos con la boda.

—Solo tengo que comprar el vestido. Del resto se encarga el hotel. —Sorbió por la nariz como cuando era una niña y susurró —¿Vendréis mañana conmigo?

—Claro que sí, cielo.

—No me lo perdería por nada —dijo el abuelo tras ella con una triste sonrisa.

Diana se volvió y vio que estaba algo pálido. —Abuelo...

—Estoy bien. —Abrió los brazos y Diana le abrazó con cuidado. —Lo

siento, cielo. Siento haber estropeado las vacaciones.

—Tengo la sensación de que soy una estúpida por enfadarme por una juerga.

—Tú no eres estúpida y tienes toda la razón. Nos pasamos y os hemos dejado en evidencia ante todo el hotel. No volverá a pasar, eso te lo juro —dijo acariciando su cabello mientras miraba a su hijo—. Las apariencias importan y Turner es un hombre de posición.

—¿Lo entendéis?

—Claro que sí, cielo. —Su padre sonrió con tristeza. —Lo que pasa es que nunca hemos tenido que preocuparnos por el qué dirán y nos hemos dado cuenta demasiado tarde.

Asintió alejándose y forzó una sonrisa. —Odio ver que estás incómoda con nosotros —dijo su padre preocupado.

Decidió ser sincera como siempre lo había sido. —Es que siento que debo protegerle y tengo la sensación de que os estoy traicionando.

—Mi niña, no pienses eso.

—Antes de que apareciera él esto me hubiera importado poco, excepto por el dinero claro —dijo angustiada.

—Es lógico que pienses en él y en vuestro futuro. —El abuelo le cogió la mano. —Y debes protegerle de cualquier cosa que pueda perjudicarle como

él hará contigo.

La imagen de su madre subiendo a aquel coche apareció en su memoria y susurró —¿Sí, verdad?

—Por supuesto. A partir de ahora estarás más unida a él que a nadie. Es ley de vida. Lo entendemos, cielo. No te preocupes por eso.

De repente Diana sonrió. —Uff, qué peso me he quitado de encima. ¡Ahora puedo gritaros a gusto! Abuelo, ¿no te da vergüenza? ¡Ni te tenías en pie!

Ambos sonrieron de oreja a oreja.

—¡Sí, reíros! ¡Era lo que me faltaba por ver! ¡Y ya os estáis vistiendo que cenamos con Turner! —Les señaló con el dedo amenazante. —Portaos bien porque si no...

Como le habían prometido a Nicolas, les llevaron a cenar a su restaurante. Se sentó a cenar con ellos y su abuelo y su padre fascinados oyeron sus historias sobre todos los famosos que habían pasado por allí y las historias más truculentas de las Vegas. Cenar en la misma mesa donde había cenado el Rey les encantó y pasaron una velada agradable.

Estaban en el postre y Diana pidió tarta de chocolate. Su padre se echó a reír. —Si quieres tenerla contenta que haya siempre chocolate en casa, Turner.

Él sonriendo pasó el brazo por el respaldo de su silla y le acarició el brazo. —Lo tendré en cuenta.

—Es estupendo que te vayas a casar, Turner. Debo reconocer que no me lo creí del todo el otro día, pero al parecer esta muchachita tan encantadora te ha robado el corazón.

—Fue idea mía —dijo su abuelo dándose importancia—. En cuanto les vi en la piscina del hotel me dije, hacen una pareja perfecta.

—Pues tienes razón, Bill. —Miró por encima de la cabeza de Diana y se acercó a ellos por encima de la mesa para decir en voz baja —Disculpar un momento acaba de llegar mi sobrina con unos clientes vip.

—Vete tranquilo —dijo Turner antes de acercarse a ella y susurrar mientras su amigo se alejaba—. No pongas esa cara.

—Es que esa quiere lo que no le corresponde y tiene muy mala leche.

—Pues recuérdalo la próxima vez que te diga algo, porque lo hará. Nunca se muerde la lengua.

—Pues si es una rubia que está para morir, viene hacia aquí.

Turner sonrió por el comentario de su padre mientras Diana se tensaba.

—¿Preparada para la guerra, nena?

Le miró a los ojos. —Siempre.

—Tienes chocolate... —La besó en los labios lamiendo un poco de chocolate de su labio inferior y ella sonrió radiante porque era evidente que estaba dejando las cosas claras. —Sabes estupendamente.

—Serás malo. A papá va a darle una apoplejía.

Turner miró a su futuro suegro y se echó a reír. —Lo siento, Robert. Pero ahora es mía.

Su padre gruñó cuando escucharon —¡Pero si está aquí la parejita feliz! Turner al parecer iba en serio y yo que pensaba que era una broma.

Se echó a reír, pero nadie en la mesa la acompañó y su abuelo preguntó —¿Por qué iba a ser broma?

Diana fulminó a su abuelo con la mirada por seguirle el juego y por supuesto Tiffany lo aprovechó. —Oh, ¿no lo saben? Nuestro Turner suele casarse con mujeres ricas de posición.

Palideció mirando a su prometido atónita que apretó los labios molesto. —Tiff, me parece que te estás metiendo en un terreno que no es asunto tuyo.

—Oh, pero seguro que vosotros no tenéis secretos. Por cierto, no me habías dicho que te habías divorciado ya de Teresa.

—Porque no quería que lo supieras.

—Pero si en el hotel decían que estaba soltero —dijo el abuelo sin salir de su asombro.

—Se separaron hace años, ¿no es cierto, cielo? —Que le llamara cielo ante todos era otra provocación y Diana apretó los puños impotente sin saber ni qué decir. —Por eso dirán que es soltero. Teresa no aguantó su vida mucho tiempo. ¿Cuánto fue cielo, tres meses?

Turner se levantó muy serio y la miró fijamente. —Tiffany te aconsejo que vuelvas a tu mesa porque empiezas a fastidiarme con tus comentarios maliciosos y no querrás verme enfadado.

Tiffany perdió parte del color de la cara y la sonrisa antes de soltar con gracia —Cómo te pones. Como si hubiera dicho algo que no supiera todo el mundo. Aunque es evidente que tu novia no lo sabía. Cielo, los secretos no son buenos en una pareja. Después pasan estas cosas. —Se volvió dejando el silencio tras ella y Diana avergonzada miró a su padre que también estaba atónito.

Turner se sentó a su lado y cogió su whisky, diciendo después de bebérselo de un trago —Bueno, al parecer voy a tener bronca, así que si queréis, nos vamos.

—No tiene gracia, Turner —dijo Diana antes de levantarse y salir sin

esperar a nadie.

—No, no tiene gracia —murmuró mirando el vaso de whisky vacío antes de levantar la mano y pedir la cuenta.

—¿Por qué no se lo dijiste? —preguntó su abuelo mosqueado.

—¡Porque mi boda con Teresa fue hace muchos años y casi ni fue un matrimonio, joder! Y si no te importa, me gustaría hablarlo con Diana antes que con vosotros que es a quien tengo que dar explicaciones. ¡Mierda, dónde está la cuenta!

Padre e hijo se miraron preocupados antes de levantarse. —Te esperaremos fuera. Despídenos de Nicolas.

Turner asintió y vieron como Nicolas se acercaba a la mesa a toda prisa. —¿Qué opinas?

—¿Que qué opino? Que esa rubia tiene muy mala leche. Eso opino y que ha ido a hacer daño. Seguro que el chico tiene una explicación para no habérselo dicho. —Empujó la puerta del restaurante y miraron el aparcamiento. Robert miró hacia su derecha y gritó —¿Diana?

—¿Se habrá ido en taxi?

—Dudo que pasen taxis por aquí a no ser que les llames. ¡Diana!

—Igual uno ha dejado a alguien y se ha subido.

—Ni llevaba el bolso. ¿Con qué iba a pagar?

En ese momento se abrió la puerta y Turner frunció el ceño. —¿Dónde está Diana?

Al ver que no contestaban juró por lo bajo corriendo hacia el coche y golpeando el capó al ver que no estaba dentro del vehículo. Volvió hacia ellos mirando a su alrededor antes de llevarse una mano a la nuca pensativo. —Muy bien, revisad los baños.

—Turner, ¿qué pasa? —preguntó su padre poniéndose nervioso.

—Revisad el local por si ha ido al baño. Yo llamaré al hotel para que me avisen si llega. Y a la compañía de taxis por si se ha subido a uno.

—Nos estás preocupando.

Les miró fijamente —Hacedme caso. El tiempo es oro en casos así.

Tres horas después estaban sentados en el sofá del ático mirando fijamente sus móviles. —Joder —dijo Robert levantándose—. ¡Esto es la hostia! —gritó perdiendo los nervios—. ¡Ni la policía nos ha hecho caso!

—Hijo, ya les has oído. No tenemos pruebas de un secuestro y acababa de desaparecer. No pueden hacer nada hasta que haya algo o pasen cuarenta y ocho horas. Los hombres de Turner ya la están buscando.

—¡Y esto es culpa tuya! —le gritó a Turner sin poder evitarlo—.  
¿Cómo no nos dijiste que vivir contigo era peligroso para ella?

—Lo hablé con Diana y le conté los riesgos. —Se apretó las manos sin  
dejar de mirar el móvil. —Ella estuvo de acuerdo en seguir adelante.

—Por eso tu mujer te dejó, ¿verdad?

—No. ¡Pero eso ahora no importa porque cualquier cosa que diga no la  
creeríais!

—¡Claro que no me lo creo! ¡No me creo una mierda! Todo este  
maldito viaje fue un error desde el principio.

—Seguro que estamos exagerando. ¿Quién iba a saber que iba a salir  
del restaurante ella sola? Es una casualidad. Ya conoces a la niña... estaba  
cabreada y se ha largado.

Turner giró la cabeza hacia el abuelo y le miró con el ceño fruncido.  
—Sí, tiene que ser eso. Estará bien. Tiene que estar bien.

—¡Más te vale porque si mi hija no regresa sana y salva al hotel, te  
juro que te mato, cabrón egoísta! ¡No deberías haberla metido en tu vida si te  
importaba algo! ¡Y te juro que pienso sacarla de aquí tan rápidamente que ni te  
darás cuenta de lo que ha pasado!

Turner apretó los labios y asintió antes de mirar los teléfonos de nuevo  
mientras ellos le observaban sin añadir nada más. Las horas pasaron y empezó

a desesperarse como todos los demás. El abuelo palidecía a cada minuto que pasaba y Turner se levantó. —Voy a llamar a un médico para que te dé algo.

—Sí —dijo Robert—. Algo que te haga dormir, papá.

—No quiero dormir hasta que mi niña vuelva.

—Eso lo decidirá el médico. No querrás disgustar a Diana, ¿verdad?

Si regresa y estás enfermo, se echará la culpa.

Bill susurró —Dios mío, ¿quién la tiene? ¿Qué le estarán haciendo? — Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Turner llama al médico. Ya.

Como no quería usar el móvil por si se ponían en contacto con él, llamó desde el teléfono de la habitación de Diana. Distraído mientras hablaba con la recepción, abrió el primer cajón de la mesilla y una barra de labios rodó. Turner la cogió diciendo —Dile que suba cuanto antes. —Colgó el teléfono y se quedó mirando la barra. Sonrió con tristeza porque casi nunca se maquillaba. Esa noche ni había llevado su bolso como cualquier mujer para retocarse de vez en cuando.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Robert desde la puerta.

Se volvió metiendo la barra en el bolsillo de la chaqueta. —Subirá de inmediato.

—Sí, porque no tiene buena cara.

—Le atenderá enseguida, Robert. No dejaré que le pase nada que disguste a Diana. Tendrá los mejores cuidados.

Robert asintió. —Entiendes mi reacción, ¿verdad? Si lo hubiera sabido antes... Si hubiera sabido el peligro al que te has expuesto durante toda tu vida...

—No hubieras estado de acuerdo con este matrimonio. Lo entiendo. No te preocupes, esto se acaba aquí.

Robert le miró sorprendido. —Se nota que no conoces a mi hija.

—La conozco lo suficiente, pero si yo digo que se termina no hay más que discutir. Soy un hombre de palabra.

Salió de la habitación y Robert se le quedó mirando pensativo mientras se acercaba al abuelo acucillándose ante él para hablar en susurros. Estaba claro que sentía algo por ella, pero Robert quería a su hija sana y salva. Si tenía que obligarle a cumplir su palabra, lo haría. Vaya si lo haría. Ahora lo único que le importaba era recuperar a su hija, pero en cuanto estuviera a su lado le alejaría de él lo más rápidamente que pudiera. Dios, solo esperaba que volviera lo antes posible. Se giró acercándose al enorme ventanal que mostraba las luces de la ciudad. Ya estaba amaneciendo. —Hija, ¿dónde estás?

## Capítulo 10

El dolor de cabeza era insoportable y parpadeó intentando abrir los ojos, pero algo se los cubría. Intentó llevar sus manos a la cara, pero se dio cuenta que las tenía atadas a la espalda y que casi no las sentía. Estaba tumbada de costado sobre algo frío. Olía como a humedad o a algo rancio y sintió que tenía la mejilla apoyada en una superficie que parecía cemento. Entonces fue consciente de lo que estaba pasando. La habían secuestrado. Mierda, había salido del restaurante llorando e intentando calmarse caminó de un lado a otro con ganas de entrar de nuevo y pegar cuatro gritos porque le había mentado desde el principio. Había dicho que no había encontrado una mujer para formar una familia cuando ya había estado casado. Se lo había ocultado a propósito. Estaba pensando en eso cuando sintió el golpe en la cabeza. ¡Dios, la habían secuestrado y ni siquiera se había casado con él! ¡No le había dado tiempo a nada! Ni a echarle la bronca siquiera.

Pensando en los disparos que Turner tenía en el pecho, decidió que tenía que salir de allí y cuanto antes mejor. Escuchó atentamente y no oyó nada. ¿Dónde estaba? ¿En un garaje? El suelo era de cemento. Intentó mover

los dedos muy lentamente pero casi no le respondían y se dio cuenta de que no solo tenía dormidas las manos si no también los brazos. En cuanto los moviera le iban a doler horrores. Abrió y cerró las manos como podía y reprimió un gemido para no hacer ruido cuando empezó a sentir. Siguió haciéndolo un rato hasta que el dolor comenzó a cesar. Suspiró de alivio y siguió moviéndolas elevando los brazos por su espalda como podía hasta que sintió la brida que rodeaba su muñeca cuando el saliente rozó su vestido. Movié las piernas y afortunadamente no se le habían dormido. Entonces recordó una peli que había visto en el cine donde ataban a la protagonista de esa manera. Si conseguía pasar los brazos por debajo del trasero tendría las manos delante y podría quitarse las vendas que la cegaban y la amordazaban. La chica era más o menos de su complexión, así que no debía ser tan difícil. Se tumbó boca arriba, estirando los brazos todo lo que podía. Aquella tía debía tener un culo más estrecho que el suyo o los brazos más largos porque su trasero no pasaba por allí. Se dio cuenta de que tenía que relajar los hombros dejándolos caer y gimió cuando parte de su cadera consiguió pasar. Encorvó la espalda todo lo que podía y casi chilló de la alegría cuando el trasero pasó, pero el dolor en los hombros era insoportable. Tiró de las manos hacia arriba encogiendo las piernas sobre su pecho y sudando consiguió pasarlas hasta que chocaron con sus tacones. A toda prisa rodeó sus pies y se sentó llevando las manos a la venda de los ojos, quitándosela sin inmutarse cuando se arrancó varios

cabellos. Estaba muy oscuro, pero había un respiradero del tamaño de una caja de zapatos por el que se filtraba algo de luz. Parecía que estaba amaneciendo, aunque también podía ser una farola que estaba alejada. En penumbra se quedó de piedra cuando miró a su alrededor y pudo ver el logo de un whisky en varias cajas apiladas contra la pared. ¡Estaba en el restaurante de Nicolas! Porque ya sería demasiada casualidad que saliera de un restaurante y la encerraran en otro. Se quitó la mordaza y sintió algo pringoso en la mejilla. Abrió y cerró la boca tocándoselo y al mirarlo vio que era algo oscuro. Por cómo le dolía la cabeza debía ser sangre y no le extrañaría que se la hubieran partido. Cuando pillara a esa zorra la iba a matar a golpes.

Tanteó con las manos a su alrededor y ya podían barrer un poco porque estaba lleno de polvo. No le extrañaba que oliera a rancio. Era el almacén de las bebidas. Menudas pelotas que tenía la tía.

A gatas palpó diciéndose que por allí tenía que haber algo con qué abrir las cajas. Hubo un momento en que se mareó y tuvo que detenerse cayendo de lado. Respiró hondo varias veces centrando la vista y algo se reflejó en el techo. La bombilla. Se puso de rodillas y tomó aire antes de levantarse. Estiró los brazos todo lo que podía, pero no llegaba. Cerró los ojos y se dijo que no pasaba nada. Solo necesitaba algo para subirse y allí había cajas de sobra. Tocó con la punta del pie una caja y se agachó para

palparla. Estaban apiladas una encima de la otra. Mierda. Con las manos unidas solo podía arrastrar, pero palpó una botella que debía ser de cerveza y sonrió. También era de cristal y le valía. Cogió dos botellas lentamente para sacarlas de la caja sin hacer ruido y se sentó en el suelo. Envolvió una de las botellas con el vestido lo mejor que pudo y después con el culo de la otra se mordió el labio inferior esperando que no se oyera desde arriba si es que había alguien. Rezando todo lo que sabía golpeó la botella con fuerza haciéndola añicos en el interior de la tela y escuchó. Nada. Dejó la botella a un lado y se abrió el vestido con cuidado de no cortarse. Cogió un buen pedazo y empezó con la brida de los pies. Forzando los tobillos todo lo que podía para hacer espacio no le costó cortarla liberándolos. Pero la brida de las muñecas le costó algo más y sin querer se cortó en el interior del antebrazo. Juró por lo bajo porque sangraba bastante pero no podía detenerse. Fue un alivio ver que había cortado algo de plástico y tiró con fuerza de las muñecas rozándose la piel, rompiéndolo del todo. Dejó caer los cristales con cuidado y se puso de pie mirando hacia arriba. Nada. Era imposible que la hubieran dejado allí y se hubieran largado. Tenía que haber alguien vigilando. Se detuvo en seco pensando en ello. Tenían que haber cargado con ella hasta allí y dudaba que Tiffany pudiera con su cuerpo sin sentido. Tenía que tener un compinche. Se desabrochó las pulseras de los zapatos y los dejó en el suelo. Cuanto menos ruido hiciera mucho mejor. Caminó por el almacén y sonrió

cuando vio una palanca al lado de unas cajas de madera que tenían pinta de ser de champán. Puede que tuvieran pistola, pero antes de que esa estúpida la matara le iba a meter unos garrotazos que la iban a dejar seca.

Encontró la escalera de madera y subió el primer escalón mirando hacia arriba. ¡Casi no veía nada! Palpó los escalones con la mano libre mientras subía y su cabeza chocó con algo de madera. Juró por lo bajo palpando la puerta y tocó el pomo. No le sorprendió girarlo y comprobar que estaba cerrada. Bueno, era hora de arriesgarse. Metió la punta de la palanca en la pequeña ranura de la cerradura e intentó empujar, pero se le salía la muy puñetera. Entonces sintió aire en sus pies descalzos y miró hacia abajo. Entrecerró los ojos metiendo la palanca por debajo de la puerta y empujó hacia arriba. La puerta crujió y animada siguió haciendo que se aflojara la cerradura hasta que esta saltó abriéndose la puerta muy lentamente haciendo un chirrido que le puso los pelos de punta. Se dio cuenta de que era un pasillo y que había una ventana ante ella que tenía una reja. La ventana estaba abierta por eso había sentido el aire. Miró a un lado y a otro con la luz que se filtraba de la ventana buscando una salida. Vio que a su derecha estaban las cocinas porque había una mesa de acero inoxidable a la vista y a la izquierda debía estar el restaurante. Escuchó una tos y se tensó cogiendo la palanca con las dos manos. Sin poder evitarlo dio un paso hacia allí y después otro escuchando atentamente.

—No debería haberlo hecho, jefe.

—Se la tenía jurada a ese cabrón desde hace tiempo. —Diana pegó la espalda a la pared y estiró la mano lentamente para abrir un poco la puerta abatible que llevaba al restaurante. Nicolas estaba sentado en una mesa con un hombre enorme que estaba sentado a su lado de espaldas a ella.

—Su abuelo no pagó.

—Puto egoísta. Si hubiera pagado, al chico no le hubiera pasado nada. Tuve que ordenar que le mataras y me caía bien.

—Es que seguir reteniéndole hubiera sido una tontería, jefe. No nos servía de nada. —Diana separó los labios de la impresión.

—Y después el abuelo se muere. Joder, qué mala suerte con lo bien que lo había preparado. El muy cabrón se fue al otro barrio sin pagarme lo que me debía. ¡Si secuestré al chico fue por su culpa! ¡Qué hubiera pagado!

—Claro, jefe. —Se rió por lo bajo poniéndole los pelos de punta. — Ya es mala suerte que el chico sobreviviera. Pero no recordaba nada que nos metiera en líos. Además, con la vigilancia que tenía en el hospital hubiera sido un lío. Pero lo arreglamos. Con aquel cantante tuvimos suficiente para salir adelante y pagar las apuestas. —A Diana se le cortó el aliento y separó los labios aún más sin darse cuenta. —Lo que no entiendo es por qué lo hemos hecho esta noche.

—¡Porque quiero mi dinero, joder! ¿Es que eres idiota? ¡Me deben dos millones y nadie se queda con mi dinero! No pude hacerlo antes porque si le retenía a él de nuevo no cobraría nunca porque no tenía quien pagara el rescate. E iba a hacerlo con su esposa anterior, pero esperando a que llegaran de la luna de miel volvieron separados y nunca pagaría por una mujer que no quería. Pero a ésta... En cuanto la vi supe que era perfecta. Lo he visto en sus ojos. Por ésta va a pagar lo que pida.

—Deberíamos trasladarla al zulo.

—Eso si no la has matado con el golpe que le has metido, idiota. Pero da igual. No la necesitamos. Le cortaremos un mechón de cabello y le enviaremos el anillo al hotel. A ver si no paga. —Se echó a reír. —Me voy a cobrar los dos millones más los intereses por todo lo que los Bradley nos han hecho sudar. Eso te lo juro.

—¿Entonces pido cinco?

—Sí. Y esta vez asegúrate de que está muerta. Como vuelvas a meter la pata te rajo la garganta.

—Jefe, no cometo el mismo error dos veces.

—Y no te pongas en contacto conmigo hasta que cobres. ¿El número de cuenta está preparado?

—Por supuesto.

—Envía el anillo y el mechón a las diez de la mañana. Con la cantidad y el número de cuenta. Dale una hora de plazo. Puede hacer la transferencia desde el hotel. En el anónimo dile que si sale del hotel o llama a la policía, la matamos.

—Entendido.

Nicolas sonrió. —Hay que ser gilipollas para casarse con una novata así. —Diana entrecerró los ojos. —Ni hemos tenido que ir a buscarla al hotel.

—¿No tiene miedo de que Turner se entere? Arrasará con todo. Ya sabe la fama que se ha forjado. Ya no es aquel crío que cogimos desprevenido.

Nicolas se echó a reír. —¿Con lo que confía en mí? Durante estos años me he convertido en la persona en la que más confía. Si hasta le di la mano en el hospital al decirle que su abuelo había fallecido. Fíjate en esta noche. Ni revisó la bodega. Solo los baños. En ningún momento sospechó que alguien relacionado conmigo tenía algo que ver. Y por supuesto a ti no te relacionaría con el asunto porque nunca te ha visto a mi lado y nunca te verá. ¿Me has entendido?

—Jefe, mientras tenga mi parte...

—Y la tendrás. Me has servido de mucho en estos años y serás bien recompensado. —Diana vio como el hombre se relajaba mientras que ella sintió una rabia horrible que la recorría de arriba abajo. —Asegúrate de que

lo haces exactamente como yo digo y todo irá bien. No la quiero aquí al mediodía cuando lleguen los repartidores con la mercancía. Y cerciórate de que no ha dejado rastro.

—¿Después voy a trabajar como todos los días?

—Por supuesto. Te quiero en la seguridad del hotel puntual como siempre, así que apúrate. Dejarás el paquete de la que vas a trabajar —dijo divertido antes de beber un chupito de golpe.

Diana dejó la puerta lentamente y respirando profundamente por la nariz intentando calmar su furia por todo el dolor que ese cerdo le había ocasionado a Turner, caminó por el pasillo que llevaba a la cocina. De la que pasaba abrió las llaves del gas de todos los fogones y abrió una nevera con puerta de cristal sacando un bote de nata montada para meterlo en el microondas. Cerró la tapa y giró la rueda. Empujó la barra de apertura de la puerta de atrás, salió al patio trasero y rodeó el restaurante con la palanca aún en la mano sin darse cuenta ni que la llevaba. Se alejó del restaurante caminando hacia la carretera. —Que tengas buen viaje, cerdo retorcido. Ahora sí que vas a cobrar. —La explosión la tomó por sorpresa y la tiró a la calzada. Giró sobre sí misma en el asfalto y se apoyó en los codos viendo como las llamas lo invadían todo. —Espero que te encuentres con el abuelo de Turner en el infierno, cabrón. —Se volvió poniéndose de rodillas y cogió la palanca porque con ella se sentía más segura. Caminó por la cuneta viendo las luces de

las Vegas al fondo. —Lo que es una pena es lo de la mesa de Elvis. Una auténtica pena.

Se tiró a la cuneta cuando un coche de bomberos con varias patrullas de la policía pasaron a su lado. —Joder, no puedo llegar al hotel con esta pinta. Todo el mundo se dará cuenta de que ha pasado algo. —Se mordió el labio inferior y al menos una hora después vio una gasolinera. Había una cabina de teléfonos y ya había amanecido. —Bingo. Espero que funcione.

Cruzó la carretera cuando no pasaba nadie y corrió hasta la cabina. Vio que el empleado estaba distraído viendo la tele. Se agachó cogiendo el teléfono y estiró el brazo para pulsar el cero y llamar a la operadora. En cuanto descolgó le pidió que le pusiera al número del hotel a cobro revertido a la habitación del ático. Con Turner Bradley. Que era muy urgente.

Descolgaron casi de inmediato. —Bradley —dijo muy tenso.

—¿Acepta la llamada?

—¡Sí, joder!

—¿Turner? ¿Eres tú?

—¿Diana? ¿Dónde estás?

—Tienes que venir a buscarme. —Se echó a llorar del alivio.

—Nena, no llores, ¿dónde estás?

—En una gasolinera, pero no puedes venir a recogerme aquí —dijo

levantando la vista para ver que el chico seguía viendo la tele—. Pueden pillarme.

—¿Sabes dónde estás?

—En la carretera que lleva al restaurante de Nicolas, pero no vayas hasta allí —susurró. Miró a su alrededor—. Hay una gasolinera unos kilómetros de vuelta a las Vegas. —Vio un cartel que ponía que se vendían perritos calientes. —Tiene comida. Un cartel que anuncia perritos.

—Sé cuál es.

—Te espero un poco más adelante para que no me vean.

—Nena, no te va a pasar nada. Entra y espérame allí. Llamaré a la policía y...

—¡No puedo! —replicó nerviosa—. Haz lo que te digo. Y no traigas tu coche, llama mucho la atención —dijo pensando a toda prisa—. Coge uno de alquiler que sea negro para que sepa que eres tú. —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —¿Turner?

—Estoy aquí.

—Y necesito ropa. La mía está rota. Algo para curarme y una gorra.

—Joder nena, ¿qué coño ha pasado? ¿Te han atacado?

Se limpió las lágrimas y sorbió por la nariz. —Haz lo que te digo y rápido. Intentaré esconderme mientras tanto, pero ya es de día y aquí no hay

árboles con los que esconderse. Si me ve la policía... Se dará cuenta de que he sido yo.

—Llegaré cuanto antes —dijo antes de colgar.

Para darle tiempo a prepararlo todo se escondió detrás de la gasolinera durante un rato contando hasta que le parecieron que habían pasado al menos veinte minutos. Entonces caminó hacia la carretera y vio una gran piedra como a cien metros. Se escondió detrás esperando que Turner no tardara mucho. Escuchó el sonido de un coche y levantó la vista con cuidado para ver que era una furgoneta. Se escondió de nuevo y cuando pasó vio que era del forense de la ciudad. Sonrió irónica. Oyó el sonido de un motor y vio que era un coche negro con los cristales tintados. Con la barra en la mano sacó la cabeza y el coche frenó en seco antes de dar la vuelta en dirección a las Vegas y colocarse al lado de la piedra.

La puerta de atrás se abrió y ella se metió a toda prisa en el coche. Conducía su padre y al ver a su abuelo sentado en el asiento del copiloto se echó a llorar alargando las manos para tocarles. —Estáis aquí.

—Vamos, Robert. Tenemos que irnos —dijo Turner sentado a su lado. Diana se tiró sobre él abrazándole y la pegó a su cuerpo enterrando la cara en su cabello—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió entre sollozos.

Se apartó para mirarla y se tensó con fuerza al ver la sangre en su mejilla. —Estás herida.

—¿Has traído la ropa?

Le mostró una bolsa de deporte. —¿Qué ha pasado, nena? ¿Quién te ha hecho esto?

—Nicolas. Me desperté atada y amordazada en su bodega.

—Menudo hijo de puta —dijo el abuelo furioso.

—Bill, deja que se explique. —La miró a los ojos. —Nena, ¿Nicolas te ha secuestrado?

Asintió sin saber cómo decirle que su amigo había estado a punto de matarle y decidió decirlo a bocajarro porque no había una manera suave de soltarlo. —Fue él quien te secuestró. Fue él quien intentó matarte, Turner.

Palideció mirándola a los ojos. —¿Qué dices, Diana? Tienes que estar confundida.

—Al parecer tu abuelo le debía dinero. Dos millones. Le escuché cuando me escapé de la bodega. Tu abuelo no le pagó y tenía deudas de juego que tenía que saldar. Por eso te secuestró, cielo. Pero tu abuelo no pagó y tenía que deshacerse de ti. Cuando murió del infarto ya no te hizo nada porque...

—Porque solo yo puedo hacer una transferencia por una gran cantidad de dinero. Mientras estaba en el hospital los del banco me hicieron una visita.

Me propusieron una garantía de seguridad para evitar mi secuestro en el futuro. Si hago una transferencia a través de la red, debo hacer una videollamada para que comprueben que estoy bien con una clave de acceso que solo sé yo. Joder, se lo conté a ese cerdo yo mismo.

—Exacto, así que secuestró a otro para pagar sus deudas. Y como todavía considera que le debes el dinero, me ha cogido a mí.

—Menudo hijo de su madre —siseó su padre con rabia frenando en seco.

—¿Qué haces? —preguntó asustada—. ¡Sigue papá!

—¡Voy a matar a ese cabrón!

—Ya le he matado yo.

Todos la miraron como si le hubieran salido cuernos y levantó la barbilla. —¿Qué? ¡Me iba a liquidar! ¡Y te hizo daño! —exclamó señalando a Turner con el dedo—. ¡Ese cerdo merecía morir! ¡Y no siento ningún remordimiento! Así que les hice pedazos. Creo. El restaurante explotó. Supongo que la habrán palmado. Sí, seguro que sí. Ese viejo no ha podido salir vivo de esto. Saltó por los aires todo el local...

Padre e hijo se miraron sin salir de su asombro. —Nuestra niña ha matado a un hombre —susurró Robert antes de mirar a Turner como si quisiera matarle—. ¡Por tu culpa!

—En realidad he matado a dos —dijo distraída abriendo la cremallera de la bolsa—. Cariño, ¿qué me has traído?

—¿A dos? —gritaron los tres a la vez sobresaltándola.

—Su compinche, el que me golpeó la cabeza e intentó matarte. No le vi la cara, pero debía tener unos cincuenta y por lo que escuché, creo que trabajaba para ti en la seguridad del hotel.

Turner juró por lo bajo levantándole la barbilla. —¿Estás bien? Nos vamos al hospital.

—Sí, claro. Para que me metan en el trullo por cargarme a esos cabrones.

—¡Ya habla como una mafiosa! —gritó su padre escandalizado—. ¡Mi niña que no ha roto un plato en su vida!

—Bueno, con lo de la sala de profesores... —dijo el abuelo.

—¡Eso fue un error!

—No creas —dijo casi en susurros sacando un vaquero de la bolsa—. Cielo, ayúdame. No puedo bajarme la cremallera.

Turner le bajó la cremallera del lateral y con cuidado le ayudó a quitarse el vestido jurando por lo bajo al ver los morados que empezaban a salirle. —¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó su padre mirando por el espejo retrovisor.

—¡Papá no mires! —protestó ella cubriéndose el pecho con la camiseta.

—¡Te he visto mucho más en la piscina con ese bikini que usas! ¿Qué tiene?

—Unos morados por todo el cuerpo. Ese hijo de...

—Estoy bien. Solo me duele un poco la cabeza.

Turner cogió el vestido y una botella de agua que había dentro de la bolsa. De repente sintió mucha sed y se la arrebató bebiendo con ansias. Él la observó beber casi la mitad de la botella y Diana se la tendió. —Bebe, nena. Pararemos a por más.

—No, ya estoy bien. —Le tendió la botella y Diana frunció el ceño al ver que desviaba la mirada. Turner empapó el vestido y la cogió por la barbilla para empezar a limpiarla con cuidado. —Cariño, no ha sido culpa tuya —susurró ella preocupada por él.

—Sí que lo ha sido. Déjame ver la herida. —Inclinó su cabeza hacia delante y con cuidado pasó la tela mojada sobre el chichón que tenía encima de la nuca. —Podrían haberte matado —siseó furioso.

—Podrían, pero al final les ha salido el tiro por la culata. Estoy bien. —Levantó la mirada hacia él. —Ahora ya nos hemos librado de ellos. Estamos a salvo.

Él acarició su mejilla mirándola con pena y Diana sintió miedo porque parecía que se estaba dando por vencido. Asustada le abrazó por el cuello. — Ni se te ocurra, ¿me oyes? Ahora no vas a deshacerte de mí. Ya que he pasado por esto y les he vencido, tengo derecho a conseguir mi premio. —Turner la cogió por la cintura con cuidado intentando apartarla, pero ella no le soltó angustiada. —Dime que todo está bien. No lo volveré a hacer. Llevaré siempre seguridad, te lo juro. Y no saldré del hotel sin alguien que me acompañe. —Pegó la nariz a su cuello deseando sentir su olor. —No me importa que hayas estado casado. Tendrías tus razones para no contármelo — dijo sin darse cuenta de que estaba llorando—. No pienso reprochártelo. Solo quiero que estés a mi lado.

—Nena... tienes que vestirme.

A Diana se le cortó el aliento apartándose para mirarle a la cara y vio que su rostro parecía tallado en piedra. Sus ojos verdes llenos de lágrimas parpadearon sin poder creerse que reaccionara así. —Dímelo —dijo en voz baja llena de rabia.

—No sé de qué hablas.

—¡Dímelo! —gritó furiosa—. ¡Dime que vas a dejarme cuando he estado a punto de morir!

Sus ojos azules la miraron fijamente. —No quiero hablar de esto aquí.

Hablaremos en el ático.

—¡Dímelo!

Él tomó aire por la nariz sin dejar de observarla mientras su familia no perdía palabra. —Sé de sobra que no es el momento adecuado para hablarte de esto después de lo que has pasado, pero tú lo has querido. —Sus fríos ojos azules la traspasaron mientras a Diana se le cortaba el aliento. —Me he dado cuenta de que no eres adecuada para ser mi esposa. Creía que sí, pero tu comportamiento con tu padre por la borrachera y tu respuesta a Tiffany ayer noche no me han satisfecho. No sabes defenderte a las críticas por mucho que aparentes que sí. Y a mi lado tendrás muchas. Te avergonzabas de lo que ellos habían hecho ante el personal del hotel como si fueras una limpiadora a la que pillaron robando y te amilanaste ante Tiffany en lugar de decirle cuatro cosas que la pusieran en su sitio, dejándome a mí en evidencia de paso. Quiero que mi mujer sea cosmopolita y desenvuelta, pero te faltan muchas tablas. Una cosa es que seas inocente en ciertas cosas y otra que te dejes pisar, que es algo que me revuelve las tripas —dijo con rabia—. Ayer saliste del restaurante como una cría que tenía una pataleta y es inconcebible para alguien de mi estatus. Creía que podrías con nuestro futuro modo de vida y me he dado cuenta de que no es así. Te tengo cariño y... —El tortazo le tomó por sorpresa y apretó los labios.

—¿Me tienes cariño? —siseó con ganas de matarle mostrando su dolor

—. ¿Ibas a casarte conmigo y me tienes cariño?

—Si me estás preguntando si te quiero, no recuerdo habértelo dicho nunca y esas palabras ya no saldrán de mi boca.

Fue como si un cuchillo le arrancara el corazón y se le quedó mirando sin poder creerse que le hiciera aquello justo en ese momento. —Lo hubiera dado todo por ti —susurró rota de dolor.

—Lo sé —dijo él desviando la mirada hacia la ventanilla—. Pero no es suficiente.

No es suficiente. Cerró los ojos mientras esas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. No era suficiente para él y nunca lo sería. Era lo más doloroso que había escuchado nunca.

—Hija, tienes que vestirte —dijo su padre preocupado—. ¿Quieres que me detenga en un parking? El hotel está cerca y si nos detenemos ante la puerta sin salir llamaremos la atención.

Miró hacia su padre sin entender ni lo que le había dicho y su abuelo que la observaba sobre su hombro apartó la mirada sin soportar su sufrimiento. Robert frenó el coche al lado de la acera y se volvió hacia ella. —Diana, tienes que vestirte. Después te sacaré de aquí. Te lo juro.

Asintió mientras las lágrimas corrían sin control por sus mejillas. Se puso la camiseta. No era suficiente cuando hasta había matado por él. Hasta

había ocultado las sospechas que tenía sobre su madre para que él no se viera afectado. Y la trataba así. Estaba claro que se había equivocado totalmente con un hombre que no sentía nada por ella.

En el coche no se oía nada excepto los sollozos que intentaba reprimir, pero no podía evitarlos. En cuanto se abrochó los vaqueros, Turner le tendió una gorra y unas gafas de sol. Se las puso sin mirarle antes de volverse hacia la ventanilla. —Enseguida te verá el médico del hotel.

—No quiero nada de ti —dijo con la voz ronca quitándose el anillo y dejándolo sobre el asiento de cuero entre los dos—. Papá arranca.

Robert miró de reojo a su padre que estaba pálido, pero ninguno de los dos dijo una sola palabra mientras Turner apretaba las mandíbulas con fuerza recogiendo las cosas para meterlas en la bolsa. Diana vio como cogía el anillo y se lo metía en el bolsillo de la chaqueta. Cerró los ojos tras las gafas de sol. En cuanto llegaron a la entrada del hotel salieron del coche y los tres la rodearon mientras que con la cabeza gacha iba hacia el ascensor. Al llegar al ático, furiosa se quitó la gorra subiendo las escaleras lo más rápido que podía y se mareó en el penúltimo escalón cayendo de rodillas. —¡Diana!

Turner corrió hasta ella y la cogió por los brazos, pero furiosa se revolvió. —¡No me toques! —Le empujó por el pecho. —¡No te acerques a mí! —Se levantó corriendo hacia la habitación y se cerró por dentro llevándose las manos a la cabeza. Angustiada miró a su alrededor y fue hasta

el vestidor metiendo de mala manera sus cosas en la maleta que había abierto a sus pies, que por otro lado no eran muchas. Se arrodilló para cerrarla cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—¿Diana? —preguntó su padre al otro lado—. Cielo, abre. No puedes cerrar la puerta, ¿y si te pasa algo? El médico está a punto de llegar... —La puerta se abrió y vio cómo su hija tiraba de su maleta hacia la escalera. —¿Diana? El médico. Esos golpes en la cabeza son muy peligrosos. Quiero que te vea.

Sin decir una palabra bajó los escalones mientras la maleta rebotaba en cada peldaño hasta llegar abajo donde Turner estaba mirando por el ventanal con las manos en los bolsillos del pantalón. —Quiero mi dinero —dijo ella fríamente.

—Puedes recogerlo en la ventanilla del casino, nena —respondió como si estuviera agotado.

Ese apelativo cariñoso justo en ese momento fue como una cuchillada y se quedó mirando su espalda apretando el asa de la maleta con ganas de gritarle mil cosas. Pero estaba claro que no había nada más que decir.

Se volvió para ir hacia la puerta, pero en el último momento se volvió. —Siento mucho que Nicolas te traicionara, pero no me extraña nada. Porque no eres capaz de reconocer quien te es leal y quien te quiere, ni teniéndolo

delante de los ojos. Suerte en tu mierda de vida... Ah, y cástate con Tiffany. Seguro que seríais muy felices juntos. —Se volvió hacia su familia. —  
Volvamos a casa.

—Sí, hija. Nunca teníamos que haber salido de Nueva York —dijo su abuelo siguiéndola hasta el ascensor—. Los viajes no son lo mío.

Robert apretó los labios mirando la espalda tensa de Turner. —  
Gracias.

—Nunca debí dejarme llevar. Esto es lo mejor.

El padre de Diana le observó durante unos segundos y se dio cuenta de mil cosas. Estaba en la cima del mundo. Tenía cualquier cosa que pudiera desear menos la más importante de todas, el amor. Y había renunciado a él precisamente porque la quería. De eso no le quedó ninguna duda en el momento en que cerró la puerta suavemente.

## Capítulo 11

—Dios, hemos cometido un error enorme —susurró su padre mirando por la ventana, viendo como su nieta sentada en una silla del jardín tenía la mirada perdida con el periódico en la mano del que no había leído una sola palabra desde hacía una hora que llevaba sentada allí.

Robert a su lado con una taza de café en la mano bebió un sorbo. — ¿Sabes que no ha tocado un solo dólar del dinero? Lo ha metido en el banco para el futuro.

—¿Turner te ha llamado de nuevo?

—No. —Le miró a los ojos. —Solo me llamó hace un par de meses para que nos quedáramos tranquilos respecto a lo de Nicolas. Ya lo sabes. Creen que ha sido la mafia por el modus operandi. Si no ha vuelto a llamar, es porque siguen esa línea de investigación y no hay nada que contar.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Estoy tan confuso que ya no sé qué hacer. He pensado en confesar millones de veces, pero cada vez que recuerdo todo lo que ha pasado en ese

sótano se me ponen por corbata y cierro la boca.

—¿Te preguntó por Diana?

Negó con la cabeza. Tomó aire dejando la taza sobre la mesa de la cocina. —Pero cuando le dije que estaba bien, le escuché suspirar al otro lado de la línea como si fuera un alivio.

El abuelo asintió. —Me lo imagino. El pobre chico lo debe estar pasando fatal.

—Pues lo disimula muy bien —dijo divertido.

—¿Qué quieres decir?

—La he pillado esta mañana mirando esto. Desde que ha dejado su piso se pasa horas en el ordenador. —Abrió la tapa del ordenador y le mostró una imagen de una fiesta que había dado en el hotel. Turner sonreía a la cámara levantando una copa de champán rodeado de preciosas chicas vestidas todas de dorado con faldas cortísimas. En otra foto una le daba un beso en la mejilla mientras él reía a carcajadas.

—Ahora entiendo por qué está así. —El abuelo se pasó una mano por su cabello cano. —Ha debido ser un duro golpe.

—No sé qué hacer. Va del trabajo a casa y apenas sale. Además, creo...

Su padre le miró interrogante y vio como hacía una mueca. —No

fastidies. ¡Pues tienes que hablar con ella!

—No estoy seguro, pero la he escuchado vomitar dos veces por las mañanas esta semana. A Meredith le pasó lo mismo y... ¡Pero joder, no estoy seguro!

—¡Va a tener un hijo del hombre que quiere y él la quiere a ella! ¡No podemos continuar callados! ¡Y si les estamos privando de la única oportunidad que tienen de ser felices! ¿Quiénes somos nosotros para negarles eso?

Robert la miró preocupado. —¿Y si la perdemos por esto?

—Pues prefiero perderla a que sea infeliz. Si no se lo dices tú, se lo diré yo. ¡Tenemos que hacer algo!

—Muy bien. Además, nos quiere. Nos perdonará antes de que estire la pata. No sé si tú tendrás tanta suerte.

—Yo fui un observador. Dile eso y carga tú con todas las culpas. Ya verás como vendrá a mi entierro. Al menos para despedirse.

—Mierda de viaje a las Vegas —siseó abriendo la puerta de la cocina.

Su hija ni les escuchó acercarse y Robert se sentó a su lado. —Hola, cielo.

Le miró sorprendida antes de sonreír. —Estáis aquí. ¿No teníais partida de póker?

—Hemos decidido no ir. Queríamos hablar contigo.

—Si volvéis a preguntarme si estoy bien, os pego cuatro gritos.

—Pues sería un alivio después de que casi no hayas abierto la boca durante semanas y semanas.

—Serás exagerado.

Robert la miró a los ojos. —Mira cielo, quería hablar contigo de una cosa... Es algo que me preocupa mucho y espero sinceramente que me comprendas. A veces ocultamos cosas a las personas que amamos para protegerlas o no hacerles daño.

Los ojos de Diana se llenaron de lágrimas. —Sí, a veces es necesario, ¿verdad? Para no hacer daño a quien queremos.

Robert sonrió. —Claro que sí, cielo. —Le cogió las manos. — Precisamente por eso quería hablar contigo. Creo que estás muy preocupada y es culpa mía porque tenía que haber hablado contigo desde el principio.

—¿Me estás diciendo que lo sabes? —Su padre asintió. —¿Lo sabes? ¿Desde cuándo? —preguntó asombrada—. ¿Por qué me ocultaste algo así?

El abuelo frunció el ceño. —Robert...

—Bueno, tenía que hacerlo. Tienes que comprender que todo lo he hecho por tu bienestar. Tu seguridad era lo más importante en ese momento y no podía dejar que te pasara nada. Mi función ha sido cuidarte y protegerte

desde que naciste. Te quiero con locura y haría lo que fuera por ti. Lo sabes, ¿verdad?

—¿No me dijiste nada para que yo no sufriera? —susurró.

—Exacto, cielo.

—¿Y no te da pena?

—Pues la verdad es que sí. Ese tema me reconcome por dentro, pero estuvo totalmente de acuerdo y para mí en ese momento fue liberador. Creía que una separación rápida era lo mejor para los dos, pero me di cuenta de mi error porque había amor. Un amor profundo que yo no fui capaz de ver hasta que fue demasiado tarde y después temía contártelo por las consecuencias que acarrearía.

Los ojos verdes de Diana brillaron. —Sabía que todavía la amabas, papá. Lo he sabido todos estos años. Y es muy valiente por tu parte reconocer que me lo ocultaste para no hacerme sufrir. ¿Pero sabes qué? Me alegro de que me lo hayas dicho y no debes preocuparte por mí. Si quieres volver a las Vegas para buscarla e intentarlo de nuevo, yo te apoyo. Tráela a casa y daros una segunda oportunidad. También tenéis derecho a ser felices. Estoy segura de que la razón para que se fuera, ahora ya no tiene importancia.

Robert la miró confundido. —¿Qué?

—Estás hablando de mamá, ¿verdad? —preguntó feliz—. Claro, ahora

lo entiendo todo. ¿Cómo iba a volver al ser una prostituta del Strip? Seguro que se avergonzaba de lo que opinarían los abuelos y yo... Pero no la juzgo, de verdad. Seguro que necesitaba el dinero y es muy valiente que tú lo pases por alto. Si sois felices, yo estaré a vuestro lado —dijo sin darse cuenta de que Robert la miraba atónito a la vez que el abuelo dejaba caer la mandíbula del asombro mientras ella se levantaba y le daba un abrazo—. Nunca he estado más orgullosa de ti, papá. Vas a luchar por el verdadero amor. Eres todo un hombre. No como otros... —Sonrió radiante. —Voy a hacer una buena cena para celebrarlo y después yo invito a tu billete de avión. Creo que hay los ingredientes para hacer lasaña. Tengo que mirar. Qué contenta estoy. Dudaba en si decírtelo cuando la vi trabajando en la calle, pero como temía que te doliera no te conté nada. —Se sonrojó ligeramente. —Bueno y que me avergonzaba un poco decírselo a Turner o que alguien del hotel se enterara. Fíjate qué estupidez, porque precisamente por eso me dejó, porque no me enfrentaba a lo que se dijera de nosotros. Pero aún así no te comenté nada porque temía hacerte daño. Me comprendes, ¿verdad papá? Sé que fui egoísta, pero afortunadamente lo sabes y para mí es un alivio. No dejaba de darle vueltas una y otra vez. Cómo me alegro por vosotros. ¿Así que lo sabes desde hace mucho?

Robert asintió pálido.

—Claro, por eso no querías que la viera. Pero ya soy mayor, papá.

Puedo enfrentarme a estas cosas. Me alegro muchísimo de que hayas meditado y te hayas dado cuenta de que todavía la amas y quieras que pase el resto de tu vida a tu lado. No sabes cómo me alegro.

Atónitos vieron como entraba en casa a toda prisa emocionada con la noticia. Pero qué noticia. Robert giró la cabeza hacia su padre que se sentó a su lado como si no pudiera sostenerse en pie. —¿Qué acaba de decir?

Su padre carraspeó. —Básicamente que vas a regresar a las Vegas a buscar a tu exmujer prostituta. Y está muy contenta por ello, hijo.

Con los ojos como platos miró al frente. —Sí, eso me parecía haber entendido.

—¿Es que te explicas fatal, joder! ¡Yo me di cuenta enseguida de que no hablabais de lo mismo! Pareces tonto.

—¿Meredith es prostituta? —susurró impresionado.

—¿Cómo va a ser prostituta? —Bill le miró. —No, ¿verdad?

—Papá, ¿y yo qué sé? —Le cogió por el brazo. —Espera, que se me ocurre una idea...

Su padre entrecerró los ojos. —Ya veo por donde vas.

—¿Seguro? Mira que después siempre metes la pata.

Jadeó indignado. —¿Cuándo meto yo la pata?

—¡Al pedirle la cita a Turner! ¡Con lo tranquilos que vivíamos!

Bill hizo una mueca. —Mejor no nos desviemos del tema... ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí... de tu exmujer prostituta.

—Meredith no es prostituta —dijo entre dientes sintiendo que se lo llevaban los demonios solo de pensarlo.

—Uy, uy, uy... me da que quieres ir a averiguarlo.

—¡Pues claro que voy a ir! ¡Y si lo es, va a volver a casa! —dijo exaltado levantándose y entrecerró los ojos—. Esto es por su sueño de ser cantante, estoy seguro. No tendría dinero y...

—Madre mía, si tu madre levantara la cabeza.

—¡Papá, no empieces!

Bill chasqueó la lengua. —¿Entonces? ¿Cuál es el plan?

—Nos vamos a las Vegas y le voy a decir que venga con nosotros para convencerla. —Sonrió. —Ella no podrá negarse y allí...

—Le pegamos el hachazo. Pero te olvidas de algo.

—¿Sí? ¿De qué?

—De que Turner también estaba decidido a dejarla. Dio su palabra y él me parece una persona que cumple sus promesas.

—Bah, está enamorado hasta las trancas. En cuanto le diga que va a tener un hijo no la deja escapar.

—¿Tú crees? ¿Y ella? —Le miró sin entender. —Está dolida, hijo. El amor de su vida la ha dejado después de lo que hizo por él. Por los dos. Crees conociendo a tu hija como la conoces, que va a aceptarlo de nuevo tan alegremente. ¡Es capaz de quemarle el hotel!

—Bah, tiene otros dos. Tampoco es para tanto. —Entrecerró los ojos pensativo. —Me voy a hacer la maleta.

—¡Pero si hay lasaña!

—¡No nos da tiempo! Date prisa o te quedas aquí.

El abuelo se levantó de golpe. —Vuelvo enseguida. Esto no me lo pierdo. ¿Necesitas ayuda para convencerla?

—Esto está chupado —dijo yendo hacia la puerta de la cocina. Escucharon la música de la radio y ambos sonrieron—. Está animada.

—Remátala. Te veo luego.

Robert asintió subiendo los escalones y abrió la puerta para ver a su hija sacando tomates de la nevera. —¿Sabes? De repente tengo muchísima hambre. Os vais a chupar los dedos.

—Hija, quiero irme de inmediato.

—Oh. —Dejó los tomates sobre la encimera. —Sí, claro... lo entiendo. Ahora te saco el billete.

—Hija, quiero que vengas conmigo.

Parpadeó antes de preguntar insegura —¿A las Vegas? —Robert asintió acercándose—. Papá, no es buena idea.

—Cielo, si tu madre no ve que tú me apoyas en esto... Si no la convencemos entre los dos no va a regresar a casa. Se sentirá avergonzada y pensará que le estoy mintiendo. Tiene que ver que tú no se lo tomas en cuenta.

Diana pensó en ello y se dio cuenta de que tenía razón. Si no la había llamado en tantos años por ser prostituta, hasta que no comprobara que ella les apoyaba, seguiría reticente a volver con su padre. Pero ir a las Vegas... La mera posibilidad de ver el hotel ya le revolvió las tripas. Pero se había sentido fatal por no decirle a su padre la verdad de lo que había visto y en parte si estaban así, era culpa suya. Si se lo hubiera comentado en las Vegas ya estarían juntos. Forzó una sonrisa. —Claro que iré contigo, papá.

—¡Bien! —exclamó contento antes de cogerla por la cintura besándola en la mejilla—. ¡Voy a hacer la maleta! No te preocupes por la cena. Ya comeremos algo en el aeropuerto. Venga, date prisa. El tiempo es oro.

Asombrada vio como salía de la habitación tan contento y sonrió sin poder evitarlo disfrutando de su ilusión. Casi sin darse cuenta el rostro de Turner apareció en su mente. Furiosa cogió los tomates y los metió en la nevera. Eso se había acabado. Tenía que ir a las Vegas, pero ni pensaba acercarse al hotel. Iba a huir de él como de la peste.

—¿Será una broma! —gritó indignada sobresaltando al taxista que había detenido el vehículo ante el hotel.

—Lo he intentado todo, cielo. Pero hay no sé qué congreso de dermatólogos y al parecer si te sale un grano tienes que venir a las Vegas. Está todo lleno y tenía prisa. Este es el único sitio donde pude hacer una reserva y porque mencioné quien era. —Su padre le rogó con la mirada. —Por favor... ya no puedo esperar más.

Diana lo entendía, pero menuda mala leche que tenía el destino. Bufó bajando del coche.

—Bienvenida al Gran Mah...

—Sí, ya, ya —dijo cabreada entrando en el hotel.

Un camarero se acercó con una bandeja. —¿Una copita, señorita Grison?

—¿Desaparece de mi vista! —Caminó hacia la recepción y la recepcionista que la atendió la primera vez sonrió de oreja a oreja al verla. — Mi llave.

—Cómo me alegro de verla, señorita Grison.

—Mi llave —siseó alargando la mano.

—¿El viaje bien? Estamos muy contentos de que esté de vuelta. No sabe cuánto.

—¿No me digas? ¿Entonces tenemos vales para el buffet? —preguntó con ironía.

La chica puso a toda prisa un montón de vales de todos los tipos sobre el mostrador. —Que tenga una feliz estancia. Su suite de siempre está preparada.

Gruñó cogiendo las llaves y pensó en dejar los vales pero que se fastidiara. Los cogió todos antes de ir hacia el ascensor con su familia detrás que sonreía como si les hubiera tocado la lotería. —No me puedo creer que esté aquí de nuevo. ¡Y nada de juergas! —gritó entrando en el ascensor.

—No, hija. Ni se nos ocurriría. Directos al grano. Es lo mejor. —Robert miró de reojo a su padre que miraba el trasero a una mujer que pasaba ante él. Le dio un codazo y Bill le miró sorprendido. —Papá, vete a alquilar el coche.

—Sí, abuelo. Vete a alquilar un coche para ir a casa de mamá. Sino tendremos que ir a buscarla al trabajo. —Robert carraspeó y ella le miró arrepentida. —Lo siento, papá.

—No es culpa tuya, cielo. Mientras el abuelo va a por el coche, nos daremos una ducha. Pareces acalorada.

—Sí, aquí hace un calor espantoso. —Entró en el ascensor y Robert apremió con la mirada a Bill que le guiñó un ojo dándole su maleta. —Odio esta ciudad.

El abuelo reprimió una risa viendo como pulsaba Robert el botón catorce. —¡Yo me encargo de todo!

—Más te vale —siseó su padre.

Bill se volvió hacia la recepción y le guiñó un ojo a la chica que se acercó de inmediato. —¿El jefe?

—Está en una reunión en una de las salas del segundo piso. Estará al salir. ¿La señorita ha vuelto para quedarse?

—En cuanto se le pase el enfado.

La chica sonrió de oreja a oreja. —Perfecto. El jefe ha estado algo...

—¿Deprimido?

—Cabreado. Y exigente. Exigente y cabreado le definiría perfectamente.

—O sea que tiene una mala hostia que no puede con ella.

La chica soltó una risita. —Sí, más o menos.

—¿Puedes conseguirme un coche?

Puso unas llaves sobre la recepción. —Todo suyo. Aparcamiento C.

Tiene la matricula en el llavero.

—Perfecto.

—Oh, ahí está el señor Bradley.

Bill se volvió para verle dirigirse con grandes zancadas hacia la salida. ¿Estaba más fuerte o se lo parecía a él? —¿Va mucho al gimnasio?

—Tiene a su preparador físico agotado. Como al resto del personal. ¡Qué se le escapa!

Bill le siguió hasta la salida y vio como subía en un Porche negro último modelo a toda prisa. —¡Turner! —El aparcacoches golpeó el cristal y Turner bajó la ventanilla para ver qué quería. El chico se apartó y Bill sonrió al futuro marido de su niña, que le miró sin poder ocultar la sorpresa en su rostro. Se acercó al coche y se agachó para mirarle. —¿Tienes prisa?

—Bastante, la verdad. ¿Qué haces en las Vegas, abuelo?

—¿Todavía la quieres?

Turner apretó los labios. —Esa pregunta es algo estúpida en estas circunstancias. Eso ya está acabado.

—Está aquí.

Él miró al frente. —Tengo que irme.

—Nos equivocamos.

—Puede que vosotros os equivocaraís, pero yo tomé la decisión correcta. —Le miró a los ojos. —Que te diviertas en las Vegas. —Aceleró el coche y Bill apretó los labios viendo cómo se alejaba.

El aparcacoches se puso a su lado. —Esta noche tiene una fiesta en la discoteca.

—¿Alguna mujer a la vista?

—Ninguna que yo sepa. Y si no me entero yo, es que no existe. Ha dormido solo en su ático durante estas semanas. Aunque le ha visitado una actriz, pero no se quedó mucho y se fue llorando. Me dio pena porque estaba muy triste. No sé si me entiende. Como alguien cuando se da por vencido. Y no ha vuelto por aquí.

—¿Su nombre?

El chico se acercó para susurrar —Tiffany Bronson.

—Me lo imaginaba. —Sacó cincuenta pавos dándoselos discretamente. —¿Algo más que deba saber?

—Queremos que vuelva el jefe. Es duro, pero razonable. Éste nos pone nerviosos y necesitamos el trabajo. Ya ha echado a seis desde que se fue la señorita.

Miró al chico fijamente. Tenía unos veintitantos y parecía espabilado. —¿Puedes extender un rumor?

—Solo si es jugoso.

Bill se echó a reír. —Un embarazo.

Los ojos azules del chico brillaron. —¿De quién me imagino?

—Exacto. ¿Crees que puedes hacerlo sin que te pillen?

—Déjemelo a mí, jefe. Lo sabrá todo las Vegas antes de la fiesta.

—Eso espero. Tenemos algo de prisa. —Le tendió cien pavos y el chico los cogió encantado.

—¿Sabe, jefe? Usted encajará aquí muy bien.

—Lo sé —dijo tirando de la cinturilla de su pantalón antes de entrar de nuevo en el hotel—. Como me gusta esta ciudad.

## Capítulo 12

—No, ese contrato con la florista queda cancelado —dijo Turner cabreado mirando al director del Cristal Hotel tres horas después—. Te advertí que le dijeras que como volviera a poner flores marchitas en los banquetes, perderían el contrato y no han cumplido. Me importa una mierda que sea tu sobrina. Si quieres conservar el trabajo, harás lo que te digo. —Se levantó y abrochó la chaqueta de su nuevo traje azul. —¿Algo más?

—No, señor Bradley —respondió casi sudando levantándose de su silla—. Todo en orden. El hotel funciona como un reloj.

—Pues procura que siga así.

—Por cierto, jefe... —tartamudeó—. Felicidades.

—¿Felicidades por qué? No es mi cumpleaños y sabes que los odio. —Molesto abrió la puerta.

El director se echó a reír con esfuerzo mientras le seguía casi corriendo. —No, señor, no me ha entendido. Le felicito por su paternidad. O futura paternidad.

Se detuvo en seco mirándole como si fuera idiota. —No voy a ser padre.

—Ah, ¿no? —Se sonrojó con fuerza. —Bueno, era un rumor, pero creía que...

—¿Un rumor?

—Como la señorita Grison ha vuelto a la ciudad. En el Mahal se dice que está en estado y...

Turner palideció cogiéndole por las solapas del traje. —Repite eso.

—Lo dice todo el mundo, jefe. Si me he equivocado... lo siento mucho. No haré caso a los rumores nunca más. Se lo juro. —Cerró los ojos con fuerza. —Pero no me eche.

—¿Quién te lo ha dicho? —Como no respondía le zarandó gritando —¿Quién?

—Un botones. Dijo que lo sabía de buena tinta porque un crupier del Mahal se había enterado por la doncella de planta. Que ella escuchó hablar al abuelo y a su padre del embarazo cuando salían del ascensor. Que su prometida estaba dándose una ducha porque no se encontraba bien y...

Turner le soltó corriendo hacia la salida. El director se estiró la camisa. —Menudo carácter se le está poniendo a este hombre, joder. Espero que el crío le endulce el carácter.

Frenó en seco ante el hotel y tiró las llaves al aparcacoches mientras iba hacia la entrada. —No están, jefe.

Se volvió de golpe sintiendo un vuelco en el estómago. —¿Se han ido?

—Sí. Hace dos horas más o menos.

—¿Al aeropuerto?

—No, no llevaban equipaje. Iban en un coche de los que el hotel ofrece a los vips.

Turner frunció el ceño. —¿Y a dónde coño han ido? —Frustrado vio cómo se encogía de hombros. —¿Diana estaba bien? ¿Han ido al hospital?

El chico le miró sorprendido. —No creo, señor. Parecía estar bien. De hecho, está algo enfadada. —Aliviado se pasó la mano por la frente. —Jefe, el coche tiene GPS. Si tiene prisa...

Preocupado negó con la cabeza entrando en el hotel. Todos le observaron ir hacia los ascensores y suspiraron del alivio cuando desapareció.

En cuanto llegó al ático se sirvió un whisky y fue hasta el ventanal sin ver realmente como atardecía. Bebió un buen trago y sonrió pensando en su abuelo. Al parecer sí que iba a conseguir la familia que tanto quería. Ahora

tendría que calmar a Diana, porque si estaba enfadada... Si la última vez que discutieron solo se relajó después de la pelea en la discoteca y de tirar doce mil pavos por la ventana. Hizo una mueca antes de tomar aire. Esta vez que era mucho más grave, puede que no le perdonara nunca. Preocupado miró por la ventana. Eso no podía pasar. Ahora que lo tenía todo al alcance de la mano no podía dejarla escapar. Además, su familia estaba con ella y el abuelo le había preguntado si aún la quería. Joder, que si la quería. No había podido apartarla de sus pensamientos en todo ese tiempo y los remordimientos por haberle hecho daño y a propósito además, no le daban descanso.

Bebió de su whisky de nuevo dándole vueltas y juró por lo bajo dándose cuenta de que igual ella pensaba que lo hacía por el bebé. Y la verdad es que ese embarazo había cambiado las cosas, pero si Diana pensaba eso, sería un problema aún más grave porque se sentiría infravalorada. Se negaría en redondo a regresar con él.

No, tenía que plantearle volver a su lado antes de que le dijera lo del embarazo. Sí, eso era lo mejor. Como si no supiera que estaba embarazada. Había ido hasta allí para contárselo, y debía ser más rápido que ella. Cortejarla de nuevo como si no supiera nada. Sí, eso haría. Apretó los labios recordando esas malditas lágrimas que había derramado cuando le dijo que rompían. Ahora tenía que borrarlas y puede que fuera lo más difícil que hiciera nunca, porque le daba la sensación de que no le iba a perdonar por las

buenas.

Diana miró a su alrededor sin poder creerse lo que veía. —¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó sentada en el asiento de atrás del coche.

—Cielo, es lo que dice el GPS. He metido la dirección de la última carta. Que es la misma dirección de todas las tarjetas que te ha enviado. Tiene que ser aquí —respondió su padre preocupado al ver las casas millonarias que les rodeaban. De hecho, en ese momento de la casa salía un Porsche blanco último modelo que descapotado dejó ver a un hombre de la edad de su padre con gafas de sol—. Larguémonos de aquí —dijo Robert encendiendo el motor.

—No papá. Vamos a averiguar lo que ocurre.

Decidida salió del coche y Robert y su padre se miraron. —No tiene pinta de ser la casa donde vive una prostituta de la calle —dijo su padre divertido—. Al parecer le ha ido bien.

—Muy gracioso, papá —dijo entre dientes bajando del coche. Cruzaron la calle y se acercaron a la verja que ya estaba cerrada.

Diana se mordía el labio inferior viendo el timbre y decidió llamar antes de que su padre saliera corriendo. Todo aquello era muy raro. ¿Y si se habían confundido de dirección? Estaba claro que no podía vivir allí. El

timbre sonó tres veces.

—¿Sí? Residencia de los McMurray.

—Sí, perdone. Buscamos a Meredith Grison. Le traigo una carta de un abogado.

Su padre la miró sorprendido, pero ella le hizo un gesto para que no dijera nada. —¿Grison? No es aquí, señorita. Aquí no hay ninguna Meredith. Se ha confundido de dirección.

—Sus últimas señas son estas. De hace casi cinco meses.

—Yo trabajo para los señores desde hace once años y no ha habido nadie... Oh, espere... Claro, es la anterior señora de la casa. Al principio le llegaron un par de cartas. Sí, se llamaba Meredith, pero no se apellidaba Grison.... Déjeme pensar... Se apellidaba como ese actor tan famoso... El que murió en un accidente de coche.

—¿Dean? —preguntó su abuelo—. ¿James Dean?

—No, hombre. Esto no fue hace tanto. ¡Walker! ¡Meredith Walker!

—¿Y no tiene otra dirección? ¿A dónde le enviaron esas cartas?

—No, señorita. No dejaron ninguna dirección, pero no me extraña nada porque los Walker tenían deudas. Muchas deudas. Perdieron la casa por no pagar al banco.

Robert apretó los labios. —Entiendo —dijo ella—. Gracias por su

ayuda.

—De nada, señorita.

Los tres se miraron y Robert siseó —Se casó otra vez.

—Y con un hombre que tenía mucho dinero para comprarse una casa así —apostilló su abuelo. Diana le reprendió con la mirada—. ¿Qué? Solo digo lo obvio. Después se arruinaron y se largaron. Seguía enviando las cartas con esta dirección porque nunca respondías. Y si pasabas por aquí tampoco la encontrarías.

—Vamos al Strip —dijo Diana decidida.

Su padre la cogió por el antebrazo. —No... dame un tiempo. Esto no me lo esperaba.

Diana le miró con pena. —Papá, no te rindas. Si todavía quieres...

—Necesito pensar en esto. Volvamos al hotel. Además, estoy cansado de no haber dormido en toda la noche. Y el abuelo también. Comeremos en el hotel y después el abuelo dormirá una siesta.

Le observó de reojo mientras cruzaban la calle hacia el coche. Mejor no agobiarle. Pero después de ver esa casa una pregunta le rondaba por la cabeza. —Papá, ¿cuándo te enteraste de que era prostituta?

Él abrió la puerta del conductor y la miró distraído. —¿Qué?

—¿Cuándo te enteraste? Porque hace once años es obvio que no lo era.

—Su padre miró de reojo a su abuelo. —¿Cómo te enteraste? Me dijiste que lo sabías desde hace tiempo.

—Un amigo vino a las Vegas sobre esa fecha más o menos. Así me enteré.

Se metió en el coche a toda prisa y Diana miró a su abuelo que carraspeó desviando la mirada. Esa era la cara que ponía su abuelo cuando ocultaba algo. Entrecerró los ojos y ellos desde el coche gimieron justo antes de que Diana se montara cerrando la puerta de golpe. Robert arrancó a toda prisa y se dirigió hacia el hotel. Les sorprendió que no preguntara nada más y su padre apretando el volante la miró por el espejo retrovisor para ver que su hija estaba dándole vueltas a algo. Miró de reojo a Bill que negó con la cabeza vehemente.

—Papá...

—¿Sí, cielo?

—No lo sabías, ¿verdad? Te lo dije yo creyendo que hablabas de mamá —dijo muy preocupada.

Robert suspiró. —Eso da igual.

—Claro que da igual.

—Me alegro de haberme enterado. Si puedo echarle una mano, pienso hacerlo. Y tenías toda la razón. Ha sido el amor de mi vida.

—¿Y vas a llevártela a casa?

—Tenemos que hablar, cielo. De momento quiero saber si está bien. Es muy importante para mí saberlo.

Mosqueada entrecerró los ojos. —¿Entonces de qué me hablabas cuando decías que me lo habías ocultado para no hacerme daño?

El abuelo negó con la cabeza. —Te oculté que Turner había llamado hacía unas semanas.

A Diana se le cortó el aliento. —¿De verdad?

—Sí, y te lo oculté para protegerte. Quería informarnos de que la policía no sospecha de ti en absoluto. Para que te quedaras tranquila con ese tema.

—Oh —dijo decepcionada sin darse cuenta—. ¿Y por qué te daba pena Turner? ¿Y por qué estabas de acuerdo con la separación? No, que tus palabras exactas fueron “estaba de acuerdo con la separación” como si fuera otra persona. ¿Recuerdas que me lo dijiste? Porque me lo dijiste ayer. ¿Quién estaba de acuerdo con la separación? ¿Turner? ¿Lo comentó contigo antes de dejarme? ¡Porque eso no tiene sentido! ¡Y es muy raro! —exclamó inquisitiva acercándose a ellos que gimieron por lo bajo—. ¿Qué coño estamos haciendo en las Vegas? ¡Porque es evidente que no venías a buscar a mamá cuando ayer no estabas hablando de ella! —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Ay

madre, que me estáis metiendo en otro lío.

—¡Oye guapa, que en el lío anterior te metiste tú sola! —protestó su abuelo.

—¡No me cuentes historias!

—Nadie te obligó a acostarte con él.

Diana se sonrojó. —¡Si no hubieras abierto la boca, yo jamás le hubiera pedido una cita!

—¡Pues dame las gracias!

—¡Gracias por nada!

El abuelo hizo una mueca. —Esta niña...

—Cuando estabas desaparecida perdí los nervios —dijo Robert muy serio. Diana miró su perfil preocupada. —Estaba bajo mucha presión y le eché la culpa a Turner. No sé cuáles fueron exactamente mis palabras porque ni me acuerdo, pero él dio su palabra sobre...

—Dejarme —Tragó saliva intentando pasar el nudo que tenía en la garganta.

—Tienes que entender que estábamos asustados —dijo el abuelo—. Temíamos por ti y cuando nos contó lo de su secuestro explicándonos cuál podía ser la situación en la que te encontrabas, nos acojonamos. Solo queríamos sacarte de la ciudad cuanto antes.

Diana asintió mirando por la ventanilla con tristeza. —Vosotros no tenéis la culpa. —Los dos suspiraron de alivio al escuchar esas palabras. — ¡La culpa es de ese imbécil que os hace caso!

—Claro que sí —dijeron los dos a la vez—. Turner tiene la culpa de todo. Céntrate en él.

—¡Eso no va a pasar porque me largo de aquí en el primer avión!

—Ah, no. ¡Tienes que ayudarme con lo de tu madre!

—Búscate otra excusa. —Su padre frenó en seco y la miró fijamente a los ojos como cuando hacía algo mal de pequeña. —¿Papá?

—¡Te quedas y no hay más que hablar! ¡Y como no me ayudes con Meredith, me voy a cabrear!

Uy, esa era la última amenaza. Solo le había visto realmente cabreado una vez y fue cuando incendió el colegio. La reprimenda de la jueza le asustó un poco y estuvo cabreado todo un mes hasta que se le pasó. Menos mal que llegaron las Navidades y se le olvidó con las fiestas porque ella ya no sabía qué hacer para que se le pasara. Pensar que volviera a enfadarse con ella le ponía los pelos de punta. Bah, con no encontrarse con Turner...

Su padre detuvo el coche ante el hotel y parpadeó al verle en la puerta mirando fijamente el coche como si fuera su objetivo. Estaba tan guapo que robaba el aliento. La madre que lo parió. ¿Qué hacía ahí con lo grande que era

el hotel?

—Está ahí... —dijo entre dientes.

—Cielo, no te ve. Los cristales son tintados. —Su abuelo estaba a punto de reírse.

—¿Y me oye? ¡Porque quiero soltar cuatro tacos!

—Ah, no. Eso no. Una señorita...

Su nieta salió del coche dando un portazo y furiosa pasó al lado de Turner que iba a decir algo, pero decidió callarse porque no estaba el horno para bollos. Robert y Bill se pusieron ante él y Turner les miró con rabia. —  
Creo que deberíamos hablar.

—Sí, chaval. Va a ser lo mejor porque la niña no te quiere ni ver.

Entraron sin esperarle y Turner gritó girándose —¿Cómo que no me quiere ni ver? ¿Y qué hace aquí?

## Capítulo 13

—¡Entonces no sabéis una mierda! Ni si está embarazada ni...

—Sabemos que está cabreada. ¿No te vale con eso? Porque es un indicativo de que no te ha olvidado. Sino pasaría de todo.

Turner gruñó pasándose la mano por el cabello antes de caminar de un lado a otro ante el sofá donde los demás estaban sentados bebiéndose su coñac de reserva. —La cuestión es si la has olvidado tú. Porque menudas fiestas te has pegado, bribón. Y ella lo sabe. Uy, lo tienes más complicado... —dijo el abuelo antes de beber un buen trago—. Qué bueno está esto.

—¡Lo tengo complicado por vuestra culpa! —bramó perdiendo los nervios—. ¡Y esa botella cuesta tres mil pavos!

—Por eso está tan rico —dijo como si nada dejándole de piedra—. Claro, lo caro, es caro por algo, hijo.

—Sí, papá.

—¿Queréis centraros? ¡Mi vida pende de un hilo! ¡Eso si todavía está aquí porque conociéndola igual ya se ha largado!

—No se ha largado. La he amenazado con enfadarme. —Robert soltó una risita al ver su cara de pasmo. —Te aseguro que ni se le ocurriría moverse del hotel. Otra cosa es que te hable, que lo veo más difícil. Ni yo puedo conseguir eso con amenazas.

El teléfono del ático sonó y furioso fue hasta él descolgando. —¡Ya puede ser importante! —Turner frunció el ceño escuchando lo que le decían al otro lado de la línea. —¿De qué estás hablando? ¿Qué fiesta? —Miró hacia el ventanal. —¿En la piscina? Pues no oigo nada desde aquí. Espera, que voy a mirar.

Con el inalámbrico en la mano fue hasta la puerta de cristal de la terraza y la abrió saliendo al exterior. El sonido de la música llegaba hasta allí y Robert y Bill se levantaron del sofá acercándose a la terraza. Parecía que en la piscina estaba toda las Vegas y dejaron caer la mandíbula cuando vieron a Diana con un bikini rojo y unos tacones altísimos sobre una plataforma moviendo la cabeza de un lado a otro al sonido de la música, mientras un montón de hombres saltaban bajo sus pies levantando las copas que tenían en la mano.

—La mato —dijo Turner atónito poniéndose el teléfono al oído—. ¿De dónde ha salido toda esa gente? ¿Del congreso de dermatólogos que acaba de terminar?

—Hijo, son médicos —susurró el abuelo haciendo que Turner le

fulminara con la mirada.

La voz de Diana llegó hasta ellos gritando —¡Barra libre! ¡A beber!  
¡Qué esto es las Vegas! Y lo que pasa en las Vegas...

—¡Se queda en las Vegas! —gritaron todos a la vez haciéndola reír.

Dos la cogieron de los brazos para bajarla de la plataforma. Uno muy alto con un bañador azul rodeó su cintura con el brazo susurrándole algo al oído y Turner lo vio todo rojo antes de sisear al teléfono —Espera, que bajo enseguida. —Miró a su suegro como si quisiera matarle. —¡Esto es culpa tuya!

—Siempre le ha gustado bailar y...

—¡Pues por tu culpa está bailando con otro!

Robert hizo una mueca viéndole salir del ático tan aprisa que ni cerró la puerta. —Papá, tomemos otra de esas copas que igual no lo catamos más.

—Bah, hijo... Seguro que lo arreglan. Pero por si acaso nos llevamos la botella.

Turner tomó aire en cuanto llegó a la piscina mirando a su alrededor porque aquello se había convertido en una fiesta en toda regla. Se notaba que los médicos querían relajarse. Buscó a Diana y uno de los camareros señaló

hacia la zona vip de la piscina. Se le revolvió la sangre al ver a Diana tumbada en una de las camas redondas hablando con el tipo del bañador azul y parecía que se lo estaba pasando demasiado bien. ¡Mucho mejor que con él!

Rodeó la piscina y cuando un tipo se le puso delante, le empujó tirándole al agua. Diana le vio llegar y sonrió aún más a su acompañante. — Así que tienes tu propia clínica. ¿Sabes? Yo soy auxiliar de dentista, pero mi jefe solo hace limpiezas dentales. Un rollo.

—Pues en Nueva York yo necesito una auxiliar en la consulta del dentista. Hablaré con Robert si quieres y...

Turner se puso ante ellos con los brazos en jarras y Diana se llevó la mano a la frente para que el sol no la deslumbrara mirándole de arriba abajo. —No llevas bañador. Lewis, este es el dueño del hotel —dijo con burla—. Ah, y de otros dos que están en algún sitio de la ciudad. —Bebió de su pajita y sonrió radiante a su acompañante que la miró embelesado. —Se llama Turner Bradley.

Lewis se levantó tendiéndole la mano. —Encantado, su hotel es una auténtica maravilla.

Turner miró su mano con desprecio antes de volver la cabeza hacia Diana ignorándole. —Nena, ¿qué estás haciendo?

—Una fiesta —dijo como si fuera idiota. Bebió de su copa de nuevo.

—Diana, ¿eso tiene alcohol?

Soltó una risita. —Espero que sí. Voy a celebrar que mi familia manipula y juega con mi vida como les da la gana. Ahora nos vamos, ahora regresamos... Lewis, ¿te he contado que mi madre es puta?

Lewis abrió los ojos como platos. —¿Perdón?

—¡Tú! ¡Lárgate o te vas del hotel tan rápido que ni te dará tiempo a ponerte los pantalones! —dijo Turner furioso.

Asombrada vio cómo se alejaba y se sentó de golpe indignada. —¿Te vas?

Lewis se volvió. —Es que tiene pinta de tener muy mala leche. ¿No has visto la película Casino?

Turner levantó las cejas y el tipo casi sale corriendo. Diana le miró con odio y más aún cuando le quitó la copa que tenía en la mano dejándola sobre la mesa que había al lado. —Ahora vas a subir a tu habitación y a tranquilizarte un poco.

—¡Qué te den! Estoy hospedada aquí y puedo hacer lo que me dé la gana. —Iba a coger la copa de nuevo, pero él le dio un manotazo tirándola al suelo y haciéndola añicos. Diana le miró a los ojos. —Puedo pedir otra.

—¡Y yo puedo dejarte en evidencia dando orden de que no te sirvan alcohol! Tú decides.

—Vale. De todas maneras, cotillearán igual. Mira cielo, empieza a no importarme lo que digan de mí. —Sonrió radiante. —Al parecer estoy madurando.

—¿Y a tus padres les gustaría que fueras pregonando por ahí a que se dedica tu madre? —Diana se tensó. —Te estás comportando como una cría.

—Por eso me dejaste entre otras cosas, así que puedo hacer lo que me venga en gana. Ahora si me disculpas, me tapas el sol.

Él suspiró sentándose a su lado. —Nena, sabes por qué lo hice. He estado hablando con tu familia y...

Furiosa se levantó. —¡Pues sigue hablando con ellos y a mí déjame en paz! —gritó desgañitada antes de bajar de la zona vip dejándole con la palabra en la boca. Uno de los de la fiesta levantó una botella de champán y como estaba mojada se le resbaló cayéndole a Diana en la cabeza. Confundida por el golpe se llevó una mano a la frente tambaleándose y perdió el pie al borde de la piscina cayendo al agua. Vio cuerpos a su alrededor mientras se sumergía, pero el cabello rodeó su cara desorientándola. Sintió que la cogían por las axilas tirando de ella hacia arriba y se dejó llevar. Mareada cerró los ojos al salir a la superficie y sintió que le apartaban el cabello de la cara.

—Nena, ¿estás bien?

—¿Qué? —Vio a Turner ante ella que gritaba y la cogieron de los

brazos sacándola del agua.

La dejaron en el suelo mientras alguien se arrodillaba a su lado. Era una chica morena de cabello cortó. —Vaya, te ha dado un buen golpe. Los culos de esas botellas son realmente duros —dijo abriendo sus párpados y pasando un dedo ante su cara—. ¿Cómo te encuentras?

—Mareada.

Turner se arrodilló a su lado totalmente empapado. —¿Está bien? ¡Joder, llamad a una ambulancia!

La chica le miró la cabeza. —Tienes una brecha. Habrá que ponerte puntos. Te los pondría yo, pero lo mejor es que te hagan unas pruebas en el hospital.

—Creo que está embarazada —dijo Turner muy nervioso quitándose la chaqueta.

—Pues más razón para ir al hospital.

Más centrada miró a Turner como si le hubieran salido cuernos. —¿De dónde has sacado eso del embarazo?

—Me lo ha dicho tu padre, nena.

Le cogió la mano y ella la apartó rabiosa. —¡Ahora lo entiendo todo! ¡Por eso querían que volviera! ¿Cómo su hija iba a quedarse embarazada y soltera? ¡No, eso no podía pasar! ¡Así que daba igual cargar con un yerno que

no deseaban!

—Diana...

—¡Qué te den! ¡Qué os den a todos!

Intentó incorporarse, pero la chica la cogió por el hombro impidiéndoselo. —Ah, no. No te vas a mover hasta que te hayan revisado en condiciones. Me importa un pito lo que tengas con este tío. En este momento mando yo. —Levantó la vista hacia la entrada de la piscina. —Vaya, sí que son rápidos.

—El hospital está cerca —dijo Turner mirando a Diana a los ojos que le miraba de una manera que ponía los pelos de punta—. Hablaremos de esto luego.

—¡No tengo nada que hablar contigo! ¡Desaparece de mi vista!

—Le aconsejaría que fuera a cambiarse.

—No me muevo de aquí hasta saber qué le ocurre.

Los sanitarios la rodearon y la mujer habló con ellos, pero Diana ni la escuchaba sintiendo una rabia enorme en su interior. Estaba claro que si no hubiera embarazo ninguno de los tres hubiera abierto la boca y hubieran dejado que siguiera en la inopia el resto de su vida. Turner nunca la hubiera llamado de nuevo y su familia hubiera dejado que se siguiera torturando por haber perdido el amor de su vida. El amor de su vida. Estaba claro que era un

concepto demasiado idealizado. Sobre todo cuando no era correspondido como ese era el caso. Él no la había amado nunca. Se lo había dicho claramente. Y jamás se lo diría en el futuro porque nunca podría amarla. ¿No habían sido esas sus palabras? Más o menos.

Quedándose allí solo hacía el ridículo. Se sintió humillada por cómo su familia la había tratado. Como si fuera una estúpida que no fuera capaz de saber lo que quería o necesitaba en la vida. Y Turner había demostrado ser un pelele en sus manos. Así que ahora que creía que había niño, quería que regresara a su lado. Pues antes le pegaba un tiro.

Turner vio como agachaba la mirada dolida y dejó que la atendieran. Impotente apretó los puños porque ahora sí que la había fastidiado. Si antes le tenía rencor, ahora le odiaba y ni siquiera podía mirarle.

—¿Así que está embarazada? —preguntó el sanitario.

—No. No es cierto. No estoy embarazada —respondió en voz baja—.

No sé de dónde lo ha sacado ese hombre.

El hombre le miró sobre su hombro. —¿Está embarazada o no?

—Su padre me había dicho que sí. Algo de vomitar por las mañanas.

—Se pasó la mano por el cabello muy nervioso. —¡Oiga por qué no le hacen la prueba, joder!

—¿Es necesaria? —le preguntó a Diana.

—Se me quitó el periodo hace una semana y después no he tenido relaciones, así que, ¿usted qué cree?

Turner juró por lo bajo volviéndose y poniendo los brazos en jarras. Les iba a matar cuando les pillara.

—¿Sigues mareada?

—No. Ya no.

El sanitario sonrió mientras Turner se volvía pálido. —Vamos a trasladarte al hospital y te haremos un par de pruebas. Si todo va bien podrás continuar la fiesta mañana.

—Perfecto, lo estoy deseando. Estas vacaciones las voy a disfrutar a tope. Por cierto, ese hombre me está molestando. Espero que no venga al hospital.

—Tranquila. Te aseguro que en la ambulancia no va a ir.

—¡Nena, no puedes ir sola!

—¡Pues llama a mi padre! ¡Tú no eres nada mío!

—Uy, uy... —El sanitario sonrió colocándola en la camilla. —Aquí ha habido romance.

—No creas. ¡El muy capullo miente más que habla!

—¡Diana, ya está bien! ¡Ni dejas que me explique!

—No necesito tus explicaciones —dijo intentando no llorar con todas sus fuerzas—. ¡No necesito nada de ti! ¿No te quedó claro? ¡Ahora ya no hay niño, así que puedes volver a tu maldita vida y deja la mía en paz!

Empujaron la camilla y Turner la siguió. —Si crees que vas a librarte de mí ahora...

—¡Claro que sí, porque soy muy capaz de quemarte el hotel y lo sabes de sobra!

—Nena, no bromees con esas cosas.

—¡No es una broma! —Le señaló con el dedo. —O me dejas en paz o vas a acabar en la calle, eso te lo juro.

Turner se quedó de piedra al ver que hablaba en serio y entrecerró los ojos. —Nena, no me amenes, que si quieres te refresco cierto incidente que no quieres que se recuerde... —Diana abrió los ojos como platos y él sonrió de oreja a oreja. —Ya estás haciendo memoria, ¿verdad? Tiene que ver con un restaurante.

—¡No tiene gracia!

—Claro que no. ¿A que ahora no te molesta nada que vaya contigo al hospital? ¡Y no quiero una protesta!

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas de la impotencia y gritó —¡Te odio!

—No, nena. Me quieres, pero el rencor te impide mostrarlo. Se te pasará en un par de años. Tengo paciencia. Puedo soportarlo.

—¿En un par de años? ¡Tú estás loco! —La metieron en la ambulancia y Turner se subió como si fuera el dueño. El sanitario iba a decir algo, pero con solo una mirada cerró la boca. Diana bufó dejando caer la cabeza sobre la camilla. ¡Aquello era una pesadilla! ¡El hombre que la había abandonado ahora la amenazaba con contar que era una asesina! ¡Pues se iba a fastidiar porque iba a tardar en dirigirle la palabra más de un par de años!

Cuatro horas después estaba sentada en la camilla con los brazos cruzados mirando hacia la puerta mientras Turner la observaba pensativo. No había dicho una palabra más y había sido él quien había hablado todo el tiempo, así que tuvo que someterse a un análisis de sangre para averiguar si había embarazo. Ella lo soportó todo estoica y no abrió la boca. Ni la iba a abrir. Le habían puesto dos miserables puntos en la cabeza y le habían hecho unas pruebas para comprobar que no hubiera hematoma. Estaba muerta de hambre porque ni había comido y tenía unas ganas de perderle de vista que no podía con ellas. En cuanto pudiera se largaba de las Vegas. Que su padre que era otro manipulador se arreglara solo con su madre. Eso si le importaba algo, que empezaba a dudarle también.

La puerta del box se abrió y un hombre que tenía pinta de querer irse a casa se acercó con una sonrisa forzada en los labios mirando su informe. — Bueno, al parecer hay buenas noticias. Puede irse.

Turner se levantó de golpe. —Así que no hay embarazo.

—Oh, sí. —Levantó una hoja. —El embarazo... Déjeme ver... Pues sí. ¡Felicidades!

Mierda. Sin mover el gesto vio como Turner la miraba asombrado. — ¿Le has mentado a los médicos? —gritó a los cuatro vientos—. ¿Es que estás loca?

Tuvo que morderse la lengua para no replicar que no esperaba que la acompañara al hospital, pero ahora ya daba igual. Que se fastidiara.

—¿Una riña de enamorados? No debe preocuparse, hombre. Todo va bien.

—Y mejor que va a ir. —La cogió de la mano y tuvo que saltar de la camilla descalza. Se sonrojó cuando vio como la observaban por su bikini rojo, pero levantó la barbilla. Él la miró de arriba abajo y jurando la cogió en brazos. —Esto lo vas a pagar, ¿lo sabes, verdad?

Chasqueó la lengua cruzándose de brazos. Se negaba a agarrarse a él. —Nena, eso de que no me hables puede ser una bendición cuando te cabreas, pero te juro que como sigas así, llamo a la policía. Tú veras lo que haces.

Vio que tenía una uña rota y jadeó mirándosela. Turner gruñó saliendo del hospital y metiéndola en el coche del hotel que les esperaba. —Al hotel —ordenó al chófer sentándose a su lado.

—Enseguida, señor Bradley.

—Enseguida, señor Bradley —dijo ella por lo bajo con burla.

La fulminó con la mirada. —¿Sabes, preciosa? Este comportamiento es muy maduro, sí señor. Te estás comportando como toda una mujer.

Apretó los puños con rabia y dijo sin poder evitarlo —¡Pues prefiero ser una cría a ser como tú! ¡Qué ni eres un hombre que sabe respetar su palabra! ¡Ni la que me diste a mí cuando me pediste matrimonio ni la que le diste a mi padre para dejarme y no verme más! Yo seré una cría, pero te aseguro que cuando digo una cosa, ¡la cumplo cueste lo que me cueste!

Turner perdió todo el color de la cara y miró al frente. —Será mejor que no hablemos de esto durante un rato. Podemos decir algo de lo que nos arrepintamos y lo nuestro ya no tenga arreglo.

Le miró incrédula. —¿Arreglo? ¡Por supuesto que no tiene arreglo! ¿Me crees tan estúpida como para volver contigo después de lo que me has hecho? ¡Te lo di todo! Mi vida, mi corazón y mi alma, ¿y tú lo despreciaste por unas palabras de mi padre? ¡Reconoce que querías echarme de tu vida y déjate de contarme historias para no dormir! —Se echó a reír. —No te sorprendiste

nada cuando dije que mi madre era puta. —Turner la miró furioso. —Así que Stuart te lo contó, ¿verdad? Hipócrita de mierda. ¡Me echaste en cara que no sabía enfrentarme a los rumores, pero tener una suegra con un turbio pasado te los puso por corbata! ¿Qué diría la gente? Aprovechaste lo que ocurrió para darme la patada con esas absurdas excusas. Pero el bebé lo ha cambiado todo y ahora tengo que ser buena, cerrar la boca y estar a tu lado. No volvería contigo ni muerta, así que ya puedes hacer lo que te venga en gana, porque yo me largo de aquí en cuanto llegue al hotel.

Turner la miró fijamente durante unos segundos y Diana levantó la barbilla. —Muy bien, nena. Has aprendido estupendamente a poner los puntos sobre las íes y a hacer daño de paso. Está claro que ya puedes enfrentarte a cualquiera.

—Gracias —dijo con ironía sonriendo maliciosa—. Tus lecciones no se olvidan. Eso te lo aseguro.

## Capítulo 14

Se quedaron en silencio hasta llegar al hotel y ella salió por el otro lado sin esperar a que le abrieran porque lo que menos quería es que la llevara en brazos por el hotel como si fueran la parejita feliz. Una mujer mayor la miró de arriba abajo. —¿Y tú qué miras? ¿Nunca has visto un bikini?

La mujer jadeó y Turner dijo algo por lo bajo entrando tras ella al hotel —Nena, es una cliente muy importante.

—Que le den a ella y a ti de paso.

Turner la cogió por el brazo deteniéndola y la volvió de golpe. —Te aconsejo que te comportes.

—¿O si no qué? —Soltó su brazo de manera brusca y puso las manos en jarras retándole con la mirada. —Vamos, Turner... Dime qué pasaría...

Los ojos de Turner la miraron fríamente. —Tienes razón, debo haberlo jodido muchísimo para que me odies tanto. Pero es que ni te imaginas lo que es tener a alguien a quien quieres desaparecido y saber que es culpa tuya. Que ni sabes si estará viva o no y todo es responsabilidad tuya. ¡Por eso le prometí

a tu padre que me alejaría de ti, porque sabía que eso podría volver a pasar! Pero aunque parezca una contradicción, pues sé que te hice daño, mi intención era que entendieras que lo nuestro se acababa con el menor daño posible. — Una lágrima cayó por la mejilla de Diana sin poder evitarlo. —Y si quiero que vuelvas a mi lado es porque te he echado de menos cada maldito segundo de cada maldito día. Sí, sabía lo del bebé porque el rumor corre por todo el hotel. Creía que venías a decirme lo de tu embarazo y decidí que nada me separaría de ti de nuevo. Pensaba que aún sentías algo por mí, pero después de lo que ha pasado en el hospital, es obvio que me he equivocado. Si necesitas algo por nuestro bebé... —Él apretó los labios antes de continuar —Por el bebé que no quieres que conozca, no dudes en ponerte en contacto con el hotel. Siento haberte molestado.

Se volvió dejándola sola en medio del hall. Arrepentida se apretó las manos viendo cómo se alejaba. ¿Había dejado que el dolor la volviera loca? Estaba disculpándose al querer volver con ella y había querido hablar, pero no le había dejado porque quería seguir enfadada. Ni eso le dejaba. Ahora se sentía culpable por tener una pataleta totalmente justificada. Menuda cara tenía. Ah, no. No se iba a ir de rositas y dejarla de nuevo. Ahora cargaba con ella y tendría su penitencia de por vida. —¡Turner! —gritó haciendo que todos la miraran. Él se tensó con fuerza antes de volverse. —¿Me estás dejando otra vez? —preguntó a voz en grito indignada.

Todo el personal miró a su jefe que carraspeó acercándose. —Nena...  
¿De qué rayos estás hablando? Si has dicho que no volverías conmigo ni  
muerta.

Se sonrojó intensamente. Vaya, ahí se había pasado un poco. —¿Lo he  
dicho?

—¡Sí!

—Igual fue el golpe en la cabeza.

Él entrecerró los ojos acercándose más. —El golpe en la cabeza, ¿eh?

—Sí, y el embarazo. Nos altera las hormonas. —Levantó la barbilla  
mintiendo como una bellaca.

—¿No me digas? —siseó acercándose más hasta ponerse ante ella.

—Sí, me da que voy a ser una de esas que dé mucho el coñazo. —La  
miró como si quisiera devorarla y ella se sonrojó sintiendo como la sangre  
corría por sus venas de manera alocada. Cuando bajó la vista hasta sus pechos  
estos se endurecieron con fuerza. —Así que ya lo sabes. —Le rodeó yendo  
hacia el ascensor y le escuchó gruñir siguiéndola.

—¿Y qué es lo que sé exactamente? —Se metió en el ascensor con ella  
casi acorralándola en la esquina antes de pulsar el último botón sin mirar  
siquiera.

Ella extendió el brazo, pero no llegaba y no quería tocarle. —Pues...

Turner, no llego. Te puedes...

La cogió por la cintura pegándola a él antes de atrapar su boca. Diana gimió de placer con los ojos como platos antes de acariciar su lengua rodeando sus caderas con las piernas. Turner amasó sus nalgas metiendo las manos por debajo del bikini y ella gritó en su boca cuando sus dedos la acariciaron íntimamente. Cuando lo hizo de nuevo se estremeció de arriba abajo entre sus brazos explotando en un intenso orgasmo y Turner apartó su boca asombrado. —¿Te has corrido?

Ella sonrió sin poder evitarlo con los ojos cerrados y él gruñó sacándola del ascensor deteniéndose en seco al ver que la puerta de su piso estaba abierta. —Mierda.

Diana acarició su cuello besando el lóbulo de su oreja. —Cariño, quiero más...

—Sí, nena y yo también, pero tenemos visita. Se me había olvidado que estaban ahí.

—¿Quiénes?

—Tu padre y tu abuelo. —Gruñó yendo hacia la puerta. Entraron en la casa y Turner se detuvo en seco al ver que no estaban solos.

Robert se levantó de inmediato. —¿Está bien? Me han dicho que había tenido un accidente en la piscina.

Ella se volvió sobre su hombro sonriendo. —Estoy bien, pa... —Al ver a su madre sentada en el sofá con cara de estar muy avergonzada se quedó helada mirándola. Era ella, la misma mujer que había visto en la calle, aunque iba vestida de manera más normal con unos vaqueros y una camiseta rosa, pero era ella. Todas sus sospechas se confirmaron en ese momento. Y fue algo duro de asimilar, aunque ya lo sabía. Ahora era una certeza y de enormes dimensiones.

Turner carraspeó dejándola en el suelo lentamente.

—Cielo, ¿no tenías un vestido en la piscina? —dijo su abuelo incómodo.

—Voy a por un albornoz —dijo Turner subiendo las escaleras a toda prisa sin dejar de observar a Meredith que se apretaba las manos convulsivamente.

—Bueno... —Incómoda porque no decía nada se acercó y extendió la mano. —Veo que papá te ha encontrado. Soy Diana.

La observó de arriba abajo antes de echarse a llorar. Sin saber qué hacer miró a su padre que se sentó al lado de su ex cogiéndola por los hombros como si quisiera protegerla. Sintió el albornoz sobre sus hombros y miró a Turner que le ayudó a ponérselo atándole el cinturón sin dejar de mirarla a los ojos. —Cielo...

—Shusss, no pasa nada. ¿Recuerdas? La barbilla muy alta —susurró antes de besarla en la sien.

Asintió girándose hacia sus padres y forzó una sonrisa antes de sentarse ante ellos con Turner a su lado que le cogió la mano.

—Creo que me voy a tomar una copa —dijo su abuelo preocupado.

Diana al ver la botella de cristal vacía sobre la mesa levantó un dedo señalándole. —Ni se te ocurra, abuelo. Ya habéis bebido demasiado para mi gusto. Siéntate.

Se sentó resignado y Robert sonrió con pena. —Está algo avergonzada.

—Es capaz de hablar sola, papá. —Miró a su madre a los ojos. —¿No es cierto, Meredith?

Su madre se sonrojó agachando la cabeza. —Entiendo que no me llames mamá. No me lo he ganado.

—Exacto. No te lo has ganado, pero al parecer hay mucho que contar y no es momento para reproches.

—Ya te lo reprochará más tarde —dijo el abuelo por lo bajo—. No la conoces, pero tiene un carácter.

Los tres asintieron vehementes y Meredith sonrió sin poder evitarlo. —Como tu abuela.

—Igualita, igualita —dijo el abuelo sonriendo satisfecho.

Meredith miró a Turner a los ojos. —Gracias por ayudarme.

Sorprendida le miró. —¿Ayudarla?

El padre de su hijo carraspeó incómodo. —Nena, no me dejes otra vez.

—¿No puedo dejarte cuando no hemos vuelto!

—¿Cómo que no hemos vuelto? Pues bien que te lo estabas pasando hace unos minutos.

—¿Eso fue una cana al aire! ¡Contesta a la pregunta! ¿En qué la has ayudado?

—¿En nada!

—Turner ha pagado por ella, cielo.

Sorprendida miró a su padre. —¿Qué has dicho?

—La ha comprado a su chulo. Le ha dado cinco mil dólares para liberarla. Nos lo ha contado antes de que llegaras. Y no la he encontrado yo. Ha venido ella al hotel porque ha oído que estabas aquí. Ahora trabaja en la heladería de enfrente gracias a Turner que le consiguió el empleo —dijo sonriendo de oreja a oreja.

Miró a su madre. —¿Cómo que te ha comprado a tu chulo? ¡No eres mercancía para comprar o vender! —gritó indignada.

—Nena, tu madre le debía mucho dinero y no era libre para hacer lo que quisiera —le explicó Turner.

—¡Explícate mamá! ¡Porque estoy a punto de cometer una tontería!

—Me engañó. —Al ver que no la entendía continuó —Me casé por segunda vez, ¿sabes? Aquí en las Vegas. Quería ser cantante y conseguí un trabajo de camarera en un local de moda donde se buscaban a nuevos talentos. Me dejaban cantar un par de veces a la semana y... —Al ver la incredulidad en su rostro se echó a llorar. —Sé que no lo entiendes porque te abandoné, pero yo tenía sueños y...

—Los seguiste dejándome atrás —dijo sin poder creérselo todavía.

—Fui una egoísta, lo sé. Abandoné a un marido que me adoraba y a mi niñita, pero creía que hacía lo correcto. Después cuando triunfara, te visitaría... Sabía que estabas bien cuidada y...

—Te olvidaste de mí.

—Nunca me olvidé de ti —dijo llorando—. Pero conocí a Gregory y me volvió loca con su dinero y su manera de tratarme. Me sentía... especial a su lado, deslumbrada por el lujo y todo lo que me ofrecía. Cuando me pidió matrimonio no podía creérmelo y acepté de inmediato. Pero entonces llegaron los problemas. Apenas dos meses después de casarnos llegó un hombre a casa exigiendo dinero porque Gregory le había timado. Yo no sabía qué decirle y cuando llegó mi marido a casa se lo comenté. Me dijo que era una mentira y que pensaba demandarle por difamación. Me quedé más tranquila, pero al

cabo del tiempo llegaron más y sus mentiras quedaron al descubierto. Pero aún así no le dejé y cuando nos quitaron la casa me fui con él. Mi sorpresa fue cuando me llevó a un bar del extrarradio y me metió en aquel sitio, colocándome ante un hombre que ponía los pelos de punta. Allí me entregó. Tenía una deuda con él y yo era el pago.

Diana se quedó sin aliento. —Dios mío. —Turner pasó el brazo por sus hombros pegándola a él.

—La primera noche intenté escaparme y acabé en el hospital. Y después vinieron las drogas para que dependiera de ellos. Cuando se dieron cuenta de que ya no me escaparía, me dejaron más a mi aire si les daba mis ganancias. Así conseguí desengancharme buscando mi oportunidad.

—Esa amiga tuya...

—Jenny, sigue dentro. Esa lo hace porque quiere protección. Hace más de diez años casi la matan en la calle y así se siente segura. Fue ahí cuando nos conocimos. Siente haberte mentido, pero hizo lo que yo hubiera hecho. Nos protegemos las unas a las otras.

De repente Diana sonrió a su madre sorprendiéndolos a todos. —Eres la persona más valiente que he conocido.

Turner sonrió viendo como Meredith se relajaba. —¿No estás enfadada?

—Has sobrevivido. A veces por sobrevivir hacemos cosas que nunca nos creeríamos capaces de hacer. Yo he matado a dos tipos.

Meredith la miró asombrada mientras los demás ponían los ojos en blanco. —¿De verdad? ¿Por qué?

—Oh, me secuestraron. Bueno, es una historia muy larga que ya te contaré. Pero me los cargué y no me dio ninguna pena. ¿Quieres que nos carguemos a ese cerdo? Será muy fácil y nadie sospecharía de mí.

—¡No! —gritaron los hombres sobresaltándolas.

—¡Tú no vas a matar a nadie más! ¡De hecho, Meredith va a olvidar de inmediato lo que has dicho y nunca, repito nunca, se va a volver a hablar del tema! —dijo Turner cabreado—. ¡Tú a parir y a criar a nuestra familia!

—¿Parir? —Los ojos de su madre brillaron de ilusión. —¿Vas a ser madre?

—Pues sí. —Sonrió mirando a su padre. —Aunque tú ya lo sabías. Por eso estamos aquí, ¿no papá?

—Pues sí. Y me alegro mucho por vosotros —dijo su padre emocionado—. Meredith, vamos a ser abuelos.

Su exmujer se sonrojó ligeramente sonriendo. —Sí, es estupendo. ¿Podré verle de vez en cuando?

Entendía sus dudas y que debían ir poco a poco. —Claro que sí.

Podrás verla siempre que quieras.

—¿Cómo que verla? —Turner frunció el ceño. —¿Sabes el sexo del bebé?

—Claro que lo sé. Estoy de tres meses. En la semana diez me hice un test casero para saber el sexo. Estaba impaciente. —Sonrió radiante. —Y se puso rojo. Es niña.

—Nena, ¿eso es fiable? Nunca había oído hablar de ese método.

—En un ochenta por ciento o algo así. Es un porcentaje muy alto.

—Me alegro por vosotros —dijo Meredith.

—¿Y cómo la vais a llamar?

Ambos se miraron antes de echarse a reír. —Preciosa, ¿tienes alguna idea?

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Mi madre no fue una mujer muy feliz, cielo. No sé si ponerle su nombre...

—¿Cómo se llamaba?

—Linda.

Miró a su madre. —Pues será una combinación de los nombres de ambas abuelas. Se llamará Melinda. —Meredith se emocionó —Porque son

nombres de mujeres fuertes que tuvieron mala suerte.

Turner la besó en la sien. —Gracias, nena.

Le miró sorprendida—¿Por qué?

—Por perdonarme. Porque lo has hecho, ¿verdad?

—No sé, no sé. Todavía tienes que explicarme cierto tema de esa exmujer que me has ocultado. Y más te vale que tengas una excusa buenísima.

—Te lo expliqué, cielo. Simuló tener una posición que no tenía y me enteré en la luna de miel cuando me pidió dinero para el negocio de su padre. Le pedí explicaciones y me exigió que no la dejara porque se había gastado lo que le quedaba en la ostentosa boda que ella quiso preparar. Y me lo echó en cara como si se la hubiera exigido. No te hablé de Teresa porque nos acabábamos de conocer y no quería entrar en detalles. Se fue de ese matrimonio con una mano delante y otra detrás como se merecía.

—Menuda aprovechada —siseó furiosa—. ¿Y ahora dónde vive? — Todos se echaron a reír y Meredith sonrió sin entender muy bien de qué iba a aquello. Ya tendría tiempo para explicárselo. Todo el tiempo del mundo.

—Mamá, ¿te gusta este? —Se colocó el body de bebé rosa sobre su enorme vientre haciéndola reír. —A papá le gustaría, ¿no?

—Tengo los mejores abuelos del mundo —leyó su madre en el slogan —. Sí que le gustaría.

—Pues nos lo llevamos. ¿Qué tienes ahí? —Su madre le mostró un llavero de plástico con diferentes llaves de colores y se le cortó el aliento. — ¡Yo tenía uno igual!

—Lo sé. Te encantaba. —Perdió la sonrisa poco a poco mirando el llavero entre sus dedos. —Es de los pocos recuerdos que tengo de ti.

—Mamá, ya hemos hablado de eso. —La abrazó por los hombros pegándola a ella. —Haremos muchos recuerdos nuevos. Ya verás.

—Sí, al menos te he recuperado antes de que fuera demasiado tarde — dijo emocionada.

—Eh, no llores que sabes que lloro por todo y nos echarán de la tienda. —La besó en la mejilla demostrándole lo que le importaba. —Vamos a elegir un carrito, que Turner ya está de los nervios porque no lo tenemos.

—Sí cielo, pero que no sea rosa.

—¡Va a ser niña! Qué pesados estáis con el tema.

—Es que esa prueba no es fiable al cien por cien. Y si luego... —Se quedó callada viendo como un hombre la miraba y sonreía con malicia.

Diana se tensó y caminó hasta él sujetándose el vientre. —¿Qué miras?

El tipo perdió la sonrisa de golpe. —¿Perdón?

—¿Qué? ¿Qué estás mirando? ¿Te gusta mi madre? ¡Pues está casada, así que ya te estás pirando!

El hombre se sonrojó porque les estaban mirando. —No, no la miraba me pareció conocerla y... pero no. No es ella.

—¿Pues eso! ¡Lárgate de aquí, mirón! ¡Stuart, este hombre nos está molestando!

Su guardaespaldas que estaba tras él le cogió por el brazo tirando hacia la salida. Meredith se sonrojó mirando a su alrededor y cuando el tipo se fue de la tienda Diana regresó a su lado sonriendo de oreja a oreja. —¿Ves? Si te enfrentas a ellos salen corriendo. Hazte la loca y no te des por aludida. No pueden estar seguros de que seas tú. Ese color rojo intenso de cabello te queda muy bien y te aclara la piel. No saben que eres tú, mamá. No debes preocuparte.

—¿Y si un día alguien me reconoce? Me da pena por tu padre —dijo avergonzada.

—Papá no se avergüenza de ti en absoluto. Ni nadie de la familia. Así que cástate con papá y hazlo oficial. —Meredith se puso como un tomate y Diana frunció el ceño. —Porque quieres casarte con él otra vez, ¿verdad? Le quieres...

—No sé cómo se me ocurrió dejarle. Ha sido el peor error de mi vida.

Dejaros a los dos...

—¿Pero le amas? ¿Quieres volver a ser su esposa?

La miró a los ojos. —¿Y tú?

—¿Yo? Estamos hablando de ti.

—Tú también quieres a Turner y no te casas. Y mira que te lo ha pedido mil veces.

Apretó los labios mirando unos patucos de bebé y acarició el lacito azul. —Es que no sé. Le quiero muchísimo, pero lo de la boda me recuerda ciertas cosas que prefiero olvidar.

—Pues ya somos dos.

Se miraron antes de echarse a reír. —¿Cómo nos soportan?

—Porque nos quieren, cielo. Y nos deben querer muchísimo.

Tumbada al lado de Turner acariciaba su cicatriz del torso distraída y él la besó en la coronilla. —Nena, ¿has comprado el carrito? —Sonrió sin poder evitarlo. —Espero que no sea rosa.

—No es rosa...

Él suspiró de alivio. —Así que lo has comprado.

—Es fucsia.

Gimió haciéndola reír y levantó la cabeza para mirarle a los ojos. — Melinda va a ir monísima en ese carrito de bebé. Ya verás.

—Como no sea niña...

—Qué negativos estáis todos. —Le besó suavemente en los labios y susurró —Sabes que te quiero, ¿verdad?

A Turner se le cortó el aliento. —Hacía mucho que no me lo decías. Desde antes de...

—Lo siento. —Se emocionó viendo la alegría en sus ojos y se sintió fatal levantándose y metiéndose en el baño mientras repetía —Lo siento.

—Diana... —Preocupado fue hacia la puerta y giró el pomo, pero la había cerrado con llave. —Nena, ¿qué te pasa?

Diana dentro del baño se sentó en el canto de la bañera tapándose la cara y llorando sin poder evitarlo.

—Diana abre la puerta.

—No pasa nada. Son las hormonas que las tengo disparadas —dijo porque estaba preocupado—. Lloro por todo.

—Déjame entrar, cielo. Si es porque yo no te lo he dicho es porque no quería presionarte. Soy idiota ya lo sabes. Nena, abre la puerta.

Sorbió por la nariz mirando la puerta. —¿Me quieres?

—Más que a nada, cielo. No quería decírtelo así la primera vez y la verdad me parece un poco raro.

Rió sin poder evitarlo y se levantó girando la llave para abrir la puerta lentamente. Turner la miró como si fuera lo más importante de su vida y se abrazó a él con fuerza. —Te quiero y siento haberte hecho daño —dijo Diana mientras una lágrima mojaba su cuello—. Siento haber dicho que no tenías palabra y haberte torturado porque solo querías protegerme cuando me dejaste.

Él sonrió pegándola a su cuerpo. —Y yo siento no haber luchado por ti como te merecías y no haberte dado las gracias por lo de Nicolas.

Se echó a reír sin soltarle y la cogió en brazos para llevarla hasta la cama donde la tumbó con cuidado. —Creo que ya va siendo hora de que te lo vuelvas a poner, mi amor —dijo él abriendo el cajón y mostrándole su anillo de compromiso. Sonriendo alargó la mano—. ¿Recuerdas todo lo que te dije la primera vez?

—Sí.

—Pues me faltaba lo más importante porque te quiero tanto que moriría sin ti. No soportaría estar solo de nuevo o despertarme aunque solo fuera un día sin ver esa preciosa sonrisa. Te amo de tal manera que me asusta y seré un pesado con tu seguridad, pero jamás dudes que te amo y que te amaré

por encima de todo. Así que deberás tener una paciencia infinita conmigo.  
¿Todavía quieres casarte?

Diana acarició su mejilla con ternura y él cerró los ojos como si su contacto fuera lo mejor del mundo. —Lo deseo más que nada. Eres mi compañero, mi amigo, mi amante y te amo de tal manera que todavía no me puedo creer que me tocara ese viaje para poder encontrarte. Porque te necesitaba tanto...

—Como yo te necesitaba a ti, mi amor —La besó suavemente en los labios. —Y te necesitaré siempre. No lo olvides nunca.

## Epílogo

—Nena, ¿no es algo raro irse de luna de miel con los suegros, el abuelo y la niña? —gritó sentado en la cama de la suite en París impaciente por la sorpresa que decía que tenía preparada. Se cubrió las caderas con la sábana de seda, no fuera a ser que apareciera su suegro o algún otro de la familia en cualquier momento y le pillara en pelotas esperando a su mujer.

—¿No querías familia? Toma familia. Además, ellos también están de luna de miel. Son las primeras vacaciones todos juntos. ¡No podíamos irnos sin ellos! —gritó desde el baño haciéndole reír. Abrió la puerta de golpe y Turner dejó caer la mandíbula al ver su figura cubierta por un mono de encaje blanco que estaba tan pegado a la piel que dejaba poco a la imaginación. —  
¿Te gusta?

—¿Cómo se quita esa cosa? —preguntó indignado haciéndola reír.

—Ese es el juego. Lo he comprado por internet. Tenía muy buenas opiniones —dijo maliciosa.

Él gruñó caminando a gatas por la cama hasta ella y cogiéndola por la cintura la tiró sobre la cama. —Vamos a ver cómo podemos liberarte, señora

Bradley —dijo antes de llevar su boca a uno de sus pechos y lamer su pezón por encima del encaje. Diana gimió arqueando la espalda y Turner se lo mordisqueó retorciéndola de placer. —Ya veo —susurró con voz ronca mirando su pezón al aire—, es comestible. —Sonrió malicioso mientras sus labios bajaron por su vientre hasta llegar a su sexo y pasó la lengua sobre él haciendo que casi saltara de la cama.

—¡Dios! —gritó ella apretando la almohada entre sus dedos.

—Tiene un sabor delicioso, nena —dijo antes de pasar la lengua de nuevo torturándola de placer. —Ya queda poco. Enseguida se romperá y... — Pasó la lengua otra vez y Diana gritó sin poder evitarlo sin darse cuenta de que el encaje se había roto. Cuando su sexo entró en ella de un solo empujón, se le cortó el aliento porque su cuerpo ya temblaba por lo que sabía que estaba por llegar. Turner atrapó sus labios y Diana se abrazó a él rodeando sus caderas con las piernas provocando que su sexo entrara en ella más profundamente. Apoyándose en las palmas de las manos, Turner salió de su cuerpo muy lentamente provocándole sensaciones exquisitas antes de entrar de nuevo con contundencia robándole el aliento. Besó suavemente su labio inferior antes de acariciarlo con la lengua y Diana gimió aferrándose a sus hombros cuando le sintió salir de nuevo. —Eres tan perfecta, y eres mía—dijo sujetándola por la nuca antes de entrar en su boca besándola apasionadamente. Movié sus caderas con fuerza una y otra vez sin dejar de besarla y Diana gritó

en su boca estallando de placer, pero Turner sin dejar de moverse alargando su éxtasis, continuó hasta que todo su cuerpo se tensó, derramándose dentro de ella.

Suspiró tumbándose a su lado y Diana le acarició el pecho necesitando sentirle. —Esta vez será niño.

Turner abrió los ojos de golpe. —¿Qué?

—Y espero que sea igualito a ti.

—Nena. Acabas de parir.

—Hace ya dos meses, cielo.

—Acabamos de pasar la cuarentena. ¡Es imposible! ¡Precisamente retrasamos la boda para tener una luna de miel como Dios manda! —Ella hizo una mueca. —No fastidies. ¿Te has hecho la prueba?

—Claro.

—La madre que me... ¿Estás embarazada?

Se sentó en la cama sorprendida. —Cariño, ¿no te alegras?

—¿Eso es sano? ¡Acabas de parir! —Diana vio que se ponía nervioso.

—¿Cómo vas a estar embarazada de nuevo?

—Cariño, la naturaleza es así.

—¡Joder con la naturaleza! ¡Al final vamos a tener veinte!

Soltó una risita. —¿Y qué? Tenemos habitaciones de sobra. —Diana sonrió porque estaba histérico. —Ya entiendo lo que ocurre. Lo pasaste un poco mal en el parto.

—¿Un poco mal? ¡Casi me desmayo, joder! —Diana soltó una risita. —No tiene gracia. ¡Después de veintitrés horas de parto casi me da un infarto cuando te vi roja como un tomate, sudando a mares! ¡Creía que la espichabas! ¡Hasta tuvieron que sedarme! Es demasiada tensión como para pasarla cada poco. ¡Eso si no quieres quedarte viuda, claro, porque si es así, vas por buen camino!

Diana no lo soportó más y se echó a reír a carcajadas. Turner entrecerró los ojos. —Es mentira, ¿verdad?

—¡Qué cara has puesto! —Le dolía el estómago de tanto reírse.

—Nena, dime que me has gastado una broma y no me pienso enfadar —dijo más relajado.

Ella se calmó poco a poco y besó suavemente sus labios. —Lo siento, pero no. Tranquilo, prometo no espicharla.

—Muy graciosa. —Vio cómo se ponía de pie sobre la cama y se quitaba el body quedándose desnuda ante él. Turner acarició su pantorrilla. —Así que vamos a tener otro...

Se sentó a horcajadas sobre él y le acarició el pecho. —Vamos a hacer

una generación de futuros hoteleros. —Le guiñó un ojo. —Los mejores hoteles del mundo.

—Yo con teneros a vosotros me conformo.

Con lo que había luchado para conseguir todo lo que tenía, que dijera eso, demostraba que les quería más que a nada. Le miró a los ojos y susurró —Me haces muy feliz, mi amor.

Acarició su cintura mirándola con amor. —Entonces ya tengo todo lo que deseaba.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)

- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella

- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)

- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras

- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo

- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)

- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.

#### Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. No cambiaría nunca
- 5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

- 1. Elizabeth Bilford
- 2. Lady Johanna

3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. La consentida de la Reina
7. Lady Emily
8. Condenada por tu amor
9. Juramento de amor
10. Una moneda por tu corazón
11. Lady Corianne
12. No quiero amarte (Serie época)

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

